B. G. SOLALINDE

COLECCION UNIVERSAL

N.os 261 y 262

X54Y
.M585
D
.S

NICOLAS GARIN

# La primavera de la vida

NOVELA

Precio: Una peseta.

MADRID, 1920

Library

of the

University of Wisconsin

FROM THE LIBRARY OF
ANTONIO GARCIA SOLALINDE
1893-1937
PROFESSOR OF SPANISH
1924-1937

COLECCIÓN UNIVERSAL

Nicolás Garín

—

# LA PRIMAVERA DE LA VIDA

MCMXX

ES PROPIEDAD
**Copyright by Calpe, 1920.**

Papel especialmente fabricado por La Papelera Española.

COLECCIÓN UNIVERSAL

[Mikhailovskii Nikolai G.]

NICOLAS GARÍN [PSEUD.]

# La primavera de la vida

La traducción del ruso
ha sido hecha por N. Tasin.

MADRID, 1920

"Tipográfica Renovación" (C. A.), Larra, 6 y 8.—MADRID.

X54Y
.M585
D
.S
495405
APR 26 1941
A. G. SOLALINDE

*Los últimos diez años han sido fatales para la literatura rusa. Después de Tolstói, toda una generación de grandes maestros de la novela rusa han bajado a la tumba. Esa literatura ha tenido que llorar, entre otras, la muerte de Nicolás Garin, una de cuyas mejores obras tenemos el honor de presentar hoy a nuestros lectores.*

*Garin no es un Tolstói ni un Dostoyevsky. No es un literato de aquellos que, según la expresión alemana, marcan una época. Pero, no obstante, es muy estimado y leído, alcanzando sus novelas, así como sus cuentos, numerosas ediciones.*

*Al lado de Chejov, se le reputa como uno de los mejores cuentistas. Garin no busca medios literarios nuevos, y es extraño por completo a las tendencias modernistas, muy acentuadas en Rusia. Pero tiene en su paleta colores vivos, frescos, emocionantes. Describe a sus personajes con mucho amor y con un lirismo conmovedor.*

*El campo de acción de sus novelas es casi siempre el sur de Rusia, las vastas estepas de la Crimea, que él conoce a fondo y por las que siente un cariño profundo. Allí, a orillas del mar Negro, mecido por la dulce música y por el suave arrullo de las olas, concibió Garin casi todas sus creaciones, impregnadas de la calma panteís-*

*ta de la naturaleza que le circundaba. Y también allí trabó amistad íntima con Tolstói, Gorky y otros grandes escritores rusos, a quienes placía el pasar en Crimea, lejos de los grandes centros urbanos, en el seno de la naturaleza dulce y serena, los meses estivales.*

*La obra principal de Garin consiste en una tetralogía, cuya primera novela—que, por lo demás, es absolutamente independiente de las otras—presentamos hoy al público español. Las novelas siguientes se titulan:* Los colegiales, Los estudiantes *y* Los ingenieros. *No hay entre ellas más nexo que el nombre de su héroe principal. El autor sigue a Tioma Kartachev desde su más tierna infancia hasta la tumba. Son esas novelas la historia de una vida seguida y narrada paso a paso. Garin ama su héroe, y, para describirlo, halla colores maravillosos; pero no lo idealiza, sino que nos lo muestra bajo todos sus aspectos, buenos y malos, preocupado únicamente el autor de que lo que él pinta corresponda a la realidad. Y éste es el realismo sano, digno del país que dió al mundo un Tolstói, el más grande realista de la literatura contemporánea.*

---

# LA PRIMAVERA DE LA VIDA

## I

### Un mal día.

Tioma tiene ocho años. Está de pie ante una flor tronchada, sumido en el desconsuelo por el trance cruel en que se halla.

Habíase levantado algunos minutos antes, y después de rezar su oración cotidiana y de tomar el desayuno—una taza de te con dos trocitos de pan y manteca—, cumpliendo así todos sus deberes de niño bien educado, había salido a la terraza, después al jardín, sintiéndose alegre y dichoso. ¡Qué dulce ambiente el del jardín!... El pequeñuelo se pasea por sus hermosas avenidas, respirando la deliciosa frescura de la mañana estival, y mira en derredor suyo.

De súbito, el corazón del niño ha palpitado de alegría. ¡La flor favorita de papá, que él ha cuidado con cariño mucho tiempo, está abierta! Ayer mismo la examinó papá atentamente y dijo que no se abriría antes de ocho días. ¡Qué encanta-

dora, magnífica flor! Papá dice que nadie, ni el mismo *Jardinero del Botánico,* herr Gottlieb, vió nunca una flor semejante. ¡Y él, Tioma, ha sido el primero que la ha visto *florecer!...* Inmediatamente irá al comedor y gritará con todas sus fuerzas:

—¡Está abierta! ¡Está abierta!... la flor de papá.

Y papá se levantará en seguida de su silla, y con su uniforme militar y su pipa en la mano, irá al jardín. Tioma correrá delante de él, volviéndose a cada instante para ver qué contento está papá.

Sin la menor duda, papá, después de haber admirado la flor, irá presuroso a la ciudad, a casa del jardinero del *Botánico,* herr Gottlieb. Y el cochero de papá, Eremey, un hombrazo tuerto, buenote, muy pesado y perezoso, enganchará al coche el caballo *Moreno.* Eremey jura que es el caballo más ligero de toda la ciudad, y que no hay otro que corra como él.

Y el caso es que tal vez papá le lleve en el coche a él, ¡a Tioma! ¡Qué alegría!

El pequeño corazón de Tioma se inunda de felicidad. En un acceso de ternura se inclina hacia la flor, se pone ante ella, casi sentado sobre las piernas, y quiere besarla. Pero, ¡ay! A causa de la posición violenta en que se halla, pierde el equilibrio... y cae.

¡Todo se ha perdido! ¡Dios mío! ¿Cómo ha podido ocurrir esto? Acaso puede repararse el mal todavía... ¡No!... Nada puede hacerse. ¡Qué des-

gracia! Toda la alegría del niño se ha extinguido de súbito, y su corazón se llena de tristeza.

En derredor, los pájaros cantan gozosamente; los rayos del Sol proyectan manchas de luz sobre el follaje; los insectos revolotean en el aire matinal. Pero esto no *dice ya nada* a Tioma, no le causa ahora ninguna alegría. ¡Oh! ¡Si pudiera olvidar, no pensar en lo que ha hecho! ¿Por qué es tan desgraciado? ¿Por qué cuando quiere obrar bien, ser un niño bueno, acaba siempre por hacer mal? Decididamente, Tioma es un mal muchacho. Ha cometido una falta grave y merece el castigo. Las que han hecho el daño son sus manos, ¡esas malas manos! El quiere hacer bien, y ellas, sus manos, hacen siempre mal. Irá a ver a papá y le dirá:

—Papá, ahora sé quién es *culpable;* son mis manos. Córtamelas, y de esta manera seré un buen niño. Porque es el caso que te quiero a ti, a mamá y a todos; pero a causa de estas manos os hago sufrir. Córtamelas; no sentiré no tenerlas.

Tioma está seguro de que sus argumentos serán comprendidos y apreciados por su padre.

Y la flor tronchada sigue allí, en el suelo. Muy pronto vendrá al jardín papá. Verá lo que Tioma ha hecho; entonces le mirará severamente, y sin decir una palabra, le cogerá de la mano y le llevará a su despacho, procurando que mamá no le vea. Luego, su papá, cerrará la puerta con llave y quedarán los dos frente a frente.

Será terrible ver a papá. Tendrá un semblante severo. No dirá nada; ni una palabra; pero desabotonará su uniforme y se quitará la correa. Tioma se quedará como paralizado al ver aquella abominable correa. Papá doblará el cinturón, su rostro se pondrá encarnado de ira y Tioma verá con horror que el hombre a quien ama tanto puede llegar a ser terrible y *extraño* para él; que ese papá, a quien quisiera amar con todo su corazoncito puede convertirse en su enemigo y en su verdugo.

Pálido, con los ojos muy abiertos, Tioma sigue mirando la flor tronchada, y piensa en el castigo que le espera... Hay que buscar un remedio a lo sucedido; pero, ¿cómo?...

Óyese un ruido, que procede de la terraza, y el niño lo percibe. Sin darse apenas cuenta de lo que hace, coge la flor y la entierra. Así no se verá la flor. Esto le permitirá a Tioma ganar algún tiempo, hasta que su madre se levante. Entonces le contará a su mamá lo ocurrido, y, acaso, ella pueda salvarle, disipar la tempestad que se cierne sobre su infantil cabeza.

Tioma echa a correr a través del jardín, como si le persiguiesen las brujas o los diablos de que le habla por las noches la nodriza. Corre en dirección opuesta a la terraza, para no encontrarse con papá, quien, con verle nada más, comprenderá que ha hecho algo malo.

Tioma sigue su carrera. Ve entre los árboles un espacio claro en cuyo centro hay un trapecio

y otros objetos gimnásticos. Sus hermanas y el aya alemana, a quien los niños llaman *fräulein*, están allí... Es menester que no le vean; agachándose, atraviesa la viña que está al final del jardín; da la vuelta a un cobertizo, salta la valla que separa el jardín del patio, y, por fin, llega a la cocina. Entonces lanza un suspiro de satisfacción.

En la cocina, ennegrecida por el humo, baja y espaciosa, todo sigue su curso normal. El cocinero, Akim, un joven rubio, con un mandil sucio, se dispone a encender la hornilla. No debe de tener muchas ganas de comenzar la faena cotidiana, pues sus movimientos son perezosos, tardíos; mira despacio la hornilla, como si la viese por primera vez, se rasca el cogote, y masculla palabras de disgusto.

Sobre una mesa grande de pino se ven acumulados, en desorden, los platos sucios. La doncella, Tania, que lleva una larga trenza sin peinar todavía, roe en un rincón, presurosa, un hueso que quedó de la comida de la víspera. El cochero, Eremey, sentado en un rincón, arregla las correas del arnés. Nastasia, su mujer, que está encargada de lavar la vajilla, y que es gruesa y poco aseada, lava los platos, que sumerge con estrépito en una caldera de agua caliente. Está irritada, hasta el punto de que se diría que cada plato es su enemigo mortal; tiembla todo su cuerpo a cada movimiento; aprieta fuertemente los labios, y sus ojos despiden chispas.

—Papá y mamá—responde la nodriza—; van a la ciudad.

En verdad, esto es un acontecimiento para el niño.

—¿Se marchan en seguida?—torna a preguntar.

—Sí; están acabando de vestirse.

Tioma piensa que papá tiene prisa y no puede, por consiguiente, bajar al jardín. Lo que quiere decir que hasta la vuelta de sus padres de la ciudad nada tiene que temer...

Entonces se siente aliviado y dice alegremente:

—¡Joska! ¡Vamos a jugar!

Sin miedo ya, vuelve al jardín, y decidido se acerca a sus hermanas.

—Juguemos a los indios—les dice.

Y, lleno de alegría, da delante de sus hermanas un salto prodigioso.

Mientras *fräulein* y las hermanas de Tioma deliberan, presididas por la hermana mayor, Zina, acerca de la proposición, el muchacho recorre el jardín en busca de materiales para la fabricación de los arcos. No tarda en encontrar unas vides, colocadas en un tonel. Prueba si se doblan bien, pero es el caso que las vides se quiebran conforme las va probando.

—¡Tioma!—gritan de repente sus hermanas, asustadas.

El niño presiente una nueva desdicha y se estremece.

—Son las vides de papá—dicen las hermanas—. ¿Qué has hecho?

Tioma se da cuenta de su nuevo crimen. "Hay que ganar tiempo antes de la vuelta de papá" —se dice.

—Lo sé—contesta—. Pero papá me dijo que las tirara, porque no valían.

Y para convencerlas definitivamente dice a Joska, que llega en ese momento:

—Ayúdame a tirar al foso estos sarmientos.

Y los dos muchachos comienzan la tarea. Zina, recelosa, sigue con la mirada a su hermano. Este representa bien su papel, y va despacio, como una persona que tiene la conciencia tranquila. Pero cuando observa que su hermana no le ve, tira las vides y se abandona a la desesperación. Siente que nuevas nubes se acumulan sobre su cabeza. ¡Dios mío! ¡Si su padre se marchase pronto!...

Entonces va al encuentro del cochero. Este se halla de pie ante el coche; se rasca con indecisión la espalda; dirige extrañas miradas al coche, cubierto de barro, y no se decide a comenzar la tarea. El niño, nervioso, procura animar al cochero.

—Vamos, Eremey, ¡acabe pronto!...

—Sí. sí—dice flemáticamente el cochero.

Por fin, engancha el caballo con la mayor calma.

Los minutos parecen siglos a Tioma.

Un momento después, el coche está dispuesto.

Eremey se pone su casaca y un sombrero de

hule de bordes rotos; se coloca en su puesto y conduce el carruaje hasta la escalinata.

—¿Por qué tardarán tanto papá y mamá? ¡Dios mío!—piensa Tioma.

Por fin se oye el ruido de la puerta y aparecen los padres del niño.

El padre, de cabellos blancos, con su aire grave de siempre, vestido de chaqueta blanca, parece ensimismado; la madre, con miriñaque, arregla su sombrero de largas cintas negras. Las hermanas de Tioma acuden del jardín. La madre les da un beso, y busca con la mirada al niño, que, en compañía de Joska, se ha escondido en un rincón.

—Está en el jardín—dice una de las hermanas.

—Sed buenas con él—les recomienda la madre.

Al oír estas palabras, Tioma sale de su escondite y corre hacia su madre. Si el padre no hubiese estado allí, se lo habría confesado todo a ella. Pero se limita a besarla con mucha efusión.

—Bueno, bien está, hijo mío—dice, como adivinando que la conciencia del muchacho no está muy tranquila.

Pero en este momento recuerda haber olvidado las llaves.

—¿Dónde están las llaves?—dice.

Todos se dirigen hacia la casa para buscarlas.

El padre ha visto con mal humor las caricias del niño y de la madre.

"Qué educación más estúpida—se dice—. De esa manera harán de Tioma un hombre débil, sentimental."

Y como buscando un derivativo a su irritación, se vuelve hacia el cochero Eremey.

—Parece que el *Moreno* tiene la mano derecha lastimada—dice.

Eremey se inclina desde su asiento y mira atentamente la pierna del caballo. Tioma, inquieto, observa al cochero. Este tose y dice con cierta timidez:

—Habrá dado un mal paso...

—¡Animal!—grita el padre de Tioma—. Este grito suena como un tiro.

Eremey, temblando, guarda silencio. Y el niño, que no comprende la causa de que su papá riña al cochero, se asusta.

—¡Animal! ¡Gandul! El coche está tan sucio que no puede uno sentarse en él.

Tioma dirige una mirada rápida al coche, y comprende que su padre tiene razón. Entonces se siente más tranquilo, suspira y experimenta cierta gratitud hacia su padre.

Por fin aparecen las llaves que había olvidado la madre.

Los padres del niño se acomodan en el coche. Eremey coge las riendas.

—¡Vamos!—ordena el padre.

La madre hace la señal de la cruz sobre sus hijos y mira a Tioma.

—Tioma, sé bueno—dice.

Y el coche sale del patio.

Cuando el carruaje se pierde de vista, Tioma siente una alegría tan intensa, que no puede sus-

traerse al deseo irresistible de hacer algo extraordinario que maraville a sus hermanas, al aya, a Nastasia y a Joska. Reflexiona un instante, y luego corre rápidamente hacia la calle, dispuesto a cortar el camino a un coche que pasa en aquel momento.

—¡Tioma!—gritan sus hermanas, asustadas.

Y el aya grita más fuerte que ellas.

—¡Tioma!...

La madre del niño ha oído esos gritos, y, mirando hacia atrás, hace al niño signos desesperados.

Tioma se detiene en medio de la calle, y, siempre corriendo, vuelve al patio.

Entonces se le ocurre una nueva idea, una idea bizarra.

—¿Qué te parece? Voy a montar el *Rubio* como lo monta Eremey—dice a su hermana Zina.

—Te caerás.

—¿Yo? Vas a ver si me caigo.

La duda de Zina basta para acrecentar su deseo de montar el caballo. El corazón de Tioma palpita con más fuerza al pensar en el asombro de todos cuando le vean montado en el *Rubio*. Dice algunas palabras al oído de Joska, y los dos niños desaparecen.

Tioma no halla ningún obstáculo. En la cuadra no hay nadie. No se oye el ruido que hace el *Rubio* al comer la avena. Tioma, apresuradamente, temblándole las manos, coge la brida. El *Rubio*, caballo hermoso y fuerte, olfatea con cierto

desdén la minúscula figura de Tioma, que tira de la brida con toda su fuerza.

—¡Vamos, gandul!—grita al caballo, esforzándose por imitar al cochero Eremey.

Pero el *Rubio* mueve la cabeza, relincha y no quiere salir de la cuadra.

—Joska, empújale por detrás, o, mejor, dale con el látigo—dice Tioma.

Al recibir el latigazo, el *Rubio* sale de la cuadra disparado, y Tioma a duras penas puede contenerle.

—Cuando me monte—dice Tioma a Joska—le das otro latigazo.

Joska queda encantado de la orden.

Tioma conduce el caballo hasta un tonel que se halla cerca y que le servirá para montarse.

En aquel momento siente Joska un súbito pensamiento de prudencia.

—Os caeréis, señorito—dice a Tioma, con acento poco convencido.

—No tengas miedo—responde Tioma, cuya garganta está seca por la emoción—. Y no te olvides de dar al *Rubio* un buen latigazo cuando me monte; así verás cómo corre.

Dicho esto, se sube al tonel, coge la brida y monta fácilmente sobre el *Rubio*.

—¡Mirad! ¡niñas!—grita entonces a sus hermanas, lleno de orgullo y de alegría.

—¡Oh! ¡Dios mío!, miradle—exclaman, asustadas, las hermanas, lanzándose hacia él.

—¡Dale!—ordena Tioma al otro muchacho.

Joska da entonces al caballo un fuerte latigazo, y el *Rubio*, espantado, furioso, se lanza hacia la calle; pero al momento, como si hubiese reflexionado, se encabrita, da una vuelta rápida y corre hacia la cuadra.

Tioma, que ha podido sostenerse por un milagro, se da cuenta del peligro que corre; puede romperse la cabeza contra la pared de la cuadra. Entonces reconcentra sus fuerzas y tira de la brida. El *Rubio* se encabrita de nuevo, da otra vuelta, y, de repente, cae de espaldas. Pero Tioma ha tenido tiempo de saltar del caballo. Felizmente cae sobre un montón de estiércol, de suerte que no se lastima. El *Rubio* se levanta y corre hacia la cuadra. Tioma, que se ha levantado también, cierra la puerta de la cuadra cuando el caballo entra en ella.

La emoción del niño es tan intensa, que siente vivos deseos de llorar; pero en ese instante ve a sus hermanas y al aya, y, por la expresión de sus semblantes, comprende que lo han visto todo. Entonces hace esfuerzos por sonreír; pero su sonrisa forzada parece más bien una mueca.

Una lluvia de admoniciones cae sobre su cabeza; pero el niño siente por ello cierto orgullo, a modo de admiración, por su valentía.

—¿Te has asustado?—le pregunta Zina—. ¡Qué pálido estás!... Bebe un poco de agua. Hay que mojarte la cabeza.

Las hermanas y el aya le llevan a la fuente y le echan agua en la cabeza.

Entonces se hacen apacibles, amistosas, las relaciones entre Tioma, sus hermanas y *fräulein*.

—Tioma—dice Zina con tono cariñoso, acariciador—, debes ser un buen chico; modérate. Comprende que una vez que has comenzado no puedes contenerte ya. De este modo harás tonterías de las que luego te arrepentirás.

Tioma se siente halagado por el tono cariñoso y suplicante de su hermana.

—Sí; seré bueno—contesta.

Pero Zina, que sólo tiene un año más que su hermano, piensa que no le será fácil a Tioma el cumplir la promesa.

—¿Sabes una cosa?—le dice entonces—. Sería mejor que dieras palabra de honor de ser bueno. Repite formalmente estas palabras: "Como quiero a papá y a mamá, debo ser bueno..."

Tioma siente una ligera contrariedad.

—En interés tuyo te aconsejo esto—insiste Zina—. Siempre que papá y mamá vuelven a casa, se te castiga. Pero ahora les diremos que has sido bueno...

—Bien—dice Tioma.

Y repite las palabras de Zina:

"Como quiero a papá y a mamá, debo ser bueno."

—Muy bien—dice Zina con toda la aprobación.

Luego añade con acento más serio:

—Pero, fíjate ahora: si no eres bueno, faltarás a tu palabra de honor. No hay que hacer nada malo, ni aun a ocultas, pues Dios está en todas

partes y nos ve. Si papá y mamá no te castigan, te castigará Dios.

—Pero ¿puedo jugar?

—Sí; mas siguiendo los consejos de *fräulein.* Si ella te dice que tal cosa es buena, entonces es buena; si no, es un pecado.

Tioma mira con recelo al aya y dice maliciosamente.

—¿Entonces... *fräulein* es una santa?

—¿Ves? Ya empiezas con tus tonterías—dice Zina.

—Bueno; vamos a jugar a los indios—propone Tioma.

—No; sin estar mamá, es ése un juego peligroso...

—¡Pues yo quiero! ¡Yo quiero jugar a los indios!—exclama Tioma con caprichosa terquedad.

—Bueno; vamos a ver. Pregúntale primero a *fräulein.* Has prometido obedecerla.

Y al decir esto, Zina se coloca de una forma que el aya ve su cara, pero Tioma no.

—*Fräulein*—dice Zina al aya. ¿No es verdad que no se debe jugar a los indios?...

Pero Tioma se apercibe, sin embargo, de que su hermana hace guiños significativos al aya. Entonces se ríe.

—¡Tú haces trampa! Veo los guiños que haces a *fräulein.*

Diciendo esto, se lanza hacia el aya, la coge por el vestido y se esfuerza por que no siga mirando a Zina. El aya se ríe.

Zina acude y procura rechazar a Tioma, haciendo al mismo tiempo gestos al aya. Tioma lo ve y quiere, a su vez, impedir que Zina mire al aya. Con una mano coge el vestido de ésta, y con la otra el de su hermana. Zina hace esfuerzos por soltarse, y, de pronto, el vestido del aya se desgarra de arriba abajo.

—*¡Dummer Knabe!* (¡Niño estúpido!)—dice el aya.

Tioma tiene la profunda convicción de que, a excepción de papá y mamá, nadie puede regañarle. Desconcertado y confuso por ello, pero indignado al mismo tiempo por aquel insulto, replica:

—¡La estúpida eres tú!

—*Ah, mein Gott!*—exclama el aya fuera de sí.

—¿Qué es lo que has dicho?—pregunta Zina a su hermano—. ¿Sabes lo que te espera por haber insultado a *fräulein?* Pídele perdón ahora mismo.

Pero el tono imperativo no produce nunca efecto en Tioma. Se abstiene hasta la terquedad, y no quiere pedir perdón.

—¿De modo que no quieres?...—torna a preguntar Zina con tono amenazador.

El niño está algo atemorizado; pero el amor propio vence en él, y no capitula.

—Muy bien. Puesto que no quieres pedir perdón, nosotros nos vamos todos de aquí. Quédate solo.

Se alejaron entonces, quedándose solo Joska con Tioma. Mientras anda, Zina se vuelve, para

ver si su hermano manifiesta signos de pesar por lo que ha hecho. Pero Tioma no da muestras de arrepentimiento. Zina comprende que, en el fondo de su alma, Tioma siente su mal proceder; pero que su terquedad puede más.

Zina vuelve adonde están los muchachos, coge a Joska de la mano y le dice con tono imperioso:

—¡Tú también! ¡Vete de aquí! Que se quede solo Tioma...

En vez de mejorar las cosas, esto exaspera a Tioma, quien se arroja sobre Zina y la empuja, con tanta fuerza, que la niña cae al suelo.

—¡Vete al diablo!—grita Tioma.

Pero Zina da un grito, se incorpora sobre las manos y mira en derredor, con ojos espantados. La emoción oprime su garganta, y durante algunos instantes parece haber perdido la voz.

Tioma, aterrorizado, retrocede un poco. Su hermana lanza un nuevo grito, más desesperado. Pero a Tioma le parece esta vez que el grito es algo fingido.

—¿Finges que te duele?—pregunta a su hermana.

Por fin levantan a la niña del suelo, y al andar se ve que cojea. Tioma la sigue con la mirada, y, embargado por una gran ansiedad, se pregunta si será verdad que Zina cojea, o si finge estar coja.

—Vámonos, Joska—dice con un suspiro ahogado.

Pero Joska, asustado, dice que tiene miedo y que prefiere volver a la cocina.

—No tengas miedo, Joska. No será nada—le dice Tioma—. Yo mismo se lo contaré todo a mamá.

Pero su crédito moral está ya comprometido en el concepto de Joska. Este guarda silencio y comprende que el chico ya no le cree. Pero en ese momento dramático siente el niño la necesidad absoluta de un apoyo amistoso, y recurre a una maniobra diplomática.

—Joska—le dice—, si te quedas conmigo, te traeré azúcar después de comer.

Esto hace cambiar la situación.

—¿Cuántos pedazos?...

—Dos, tres—dice Tioma.

—¿Y adónde iremos?

—Allá, al fondo del jardín, detrás de la colina.

Joska comprende que Tioma no quiere encontrarse con sus hermanas y el aya.

Entonces pasan al jardín, no por la puerta, sino saltando la valla.

Un instante después se hallan en un sendero apartado del jardín.

Tioma está emocionado. Una reacción muy intensa agita su ser.

—¡Qué feliz eres tú, Joska, que no tienes hermanas!... Yo quisiera no tener ninguna... ni una sola. Si de repente se murieran, no lloraría nada... nada... Yo quisiera que tú fueses mi hermano... Y tú, ¿quieres serlo también?

Joska no responde.

—Escucha, Joska—sigue diciendo el niño con voz conmovida—. Yo te quiero, te quiero mucho. Lo haría todo por ti...

Y al decir esto, se golpea la cabeza con la mano, como para hallar un medio de probar a Joska su profundo cariño.

—Si quieres, puedes enterrarme en el suelo... U otra cosa: escúpeme a la cara.

Joska mira a Tioma con extrañeza.

—¡Vamos, Joska! ¡Escúpeme!

Y al decir esto, Tioma abraza y besa a Joska, suplicándole que le escupa.

Después de mucho vacilar, Joska escupe suavemente el extremo del vestido de Tioma; pero éste levanta su extremo y lo frota sobre su rostro.

Joska parece muy confuso.

—Ya ves hasta qué punto te quiero—dice Tioma con convicción.

Los amigos se aproximan al muro que separa el jardín de un antiguo cementerio abandonado.

—¿Te dan miedo los muertos? — preguntó Tioma.

—Sí.

Tioma quisiera decir que él no tiene miedo, como su padre, que no teme a nada; pero en un momento de ingenuidad confiesa que él también tiene miedo a los muertos.

—¡Ya lo creo!—dice, más animado, Joska—. A todo el mundo le dan miedo los muertos. Hasta el general más grande, al verlos salir de sus tumbas y sentarse sobre los muros del cementerio, echará

a correr... Y a veces saltan sobre las personas como a caballo, y, dándolas con los pies, las obligan a llevarlos así, a *coscoletas*...

En aquel momento se oye la voz, fresca y sonora, de la doncella Tania, que dice:

—¡Artemy Nicolayevich! ¡A comer!

Artemy Nicolayevich, o sea Tioma, divisa a través de los árboles el vestido de Tania.

A los pocos instantes se halla al lado de Tioma, le da un beso y le dice con tono cariñoso:

—Vamos a comer.

Tania le quiere.

Exhala la doncella un olor de frescura; su espesa trenza está bien peinada; sus hermosos ojos azules miran gozosamente.

Con la mano colocada sobre el hombro de Tioma se inclina y cuchichean al oído del niño:

—¡La alemana ha llorado!...

La servidumbre no quiere a la alemana, a pesar de que ésta es una persona absolutamente inofensiva.

Tioma recuerda que todos los criados simpatizan con él en estos conflictos con el aya, y esto le halaga. Al mismo tiempo se siente más tranquilo en su situación.

—Me ha llamado estúpido—dice Tioma—. ¿Es que tiene derecho a insultarme?

—Es claro que no. Vuestro papá es general, mientras que esa alemana es una cualquiera...

—¿No es verdad que no me castigarán cuando se lo cuente todo a mamá?

Tania no quiere afligir a Tioma. Se inclina hacia él, le besa y acaricia sus dorados cabellos.

Durante la comida ocurre lo de siempre. Tioma no come apenas. Tiene delante una chuleta, pero no la toca casi y sólo come muy poco pan. En vista de que todos le declaran una especie de boicot, es a Tania a quien incumbe el deber de hacerle comer.

—Coma, Artemy...

Tioma frunce el ceño.

Zina, que se halla sentada frente a su hermano, está irritada, y, al mismo tiempo, quiere que el niño coma. Dirige una mirada a través de la ventana, y dice, sin dirigirse directamente a nadie:

—Me parece que llega mamá.

—Artemy Nicolayevich, ¡coma ligero!—dice Tania, como asustada.

En el primer momento, Tioma cae en el lazo tendido por Zina y coge precipitadamente el tenedor; pero se da cuenta de que ha sido una falsa alarma, y vuelve a dejarlo sobre la mesa.

—Todos los que coman tendrán dulces—dice Zina.

A Tioma le gustan mucho los dulces. Pero no quiere la chuleta, y comienza a hacer las cosas más caprichosas. Primero, quiere echar aceite sobre la chuleta. Tania procura convencerle de que no debe echarlo; pero el muchacho no escucha sus razones y va a coger la botellita del aceite. Mas Zina no puede tolerar ya sus caprichos: coge la botella y la esconde debajo de la mesa, sin soltarla de la mano.

Tioma hace como que no se acuerda más del aceite, y parece indiferente. Engañada por esa indiferencia ficticia, Zina vuelve a colocar la botella sobre la mesa, cerca de sí. Tioma da un salto para cogerla, y entonces se inicia una lucha... la botella cae al suelo y se rompe.

—¡Tú has sido!—exclama Zina.

—¡No!... ¡Tú!... ¡Has sido tú!...

—Es Dios, que te ha castigado porque no quieres a papá ni a mamá.

—¡No es verdad!... ¡Sí los quiero!...—protesta Tioma.

—*Zassen sie ihu!* (¡Dejadle!)—dice el aya, levantándose.

Los demás siguen su ejemplo. Entonces el aya distribuye los dulces. Cuando le llega la vez a Tioma, titubea el aya; pero al fin coloca delante de él una porción más pequeña que la de los otros. Indignado, Tioma tira al suelo los dulces.

—¡Qué bonito!—exclama Zina—. ¡Cuando venga mamá lo sabrá todo!...

Tioma no contesta, y comienza a dar vueltas por el comedor. A Zina le intriga esto. ¿Por qué no se va al jardín, como hace siempre después de comer?

La niña piensa que tal vez Tioma quiera pedir perdón al aya. Y al pensar esto intenta convencerle de que es ya demasiado tarde para hacerlo...

—Has cometido tantas faltas...—comienza a decir.

—¡Vete al diablo!—grita Tioma, interrumpiendo la elocuencia de su hermana.

—¡Todo lo sabrá mamá!...

Al mismo tiempo que dice esto, Zina se pregunta: "¿Por qué no se irá de aquí?"

Tioma sigue paseando por el comedor.

Por fin le dejan solo. Entonces, con sigilo, mete la mano en el azucarero. Pero en el instante se abre la puerta y aparecen Zina y el aya. Tioma sale corriendo hasta la terraza.

"Ahora todo está perdido; ni su mamá le perdonará este último delito"—piensa Tioma.

Para colmo de desdicha, el cielo anuncia la tempestad. Grandes nubes lo ocultan por completo. El Sol ha desaparecido, quedando todo sumergido en la penumbra. Un relámpago surca el aire, como una serpiente deslumbradora; el trueno ruge en el cielo. Luego, al instante, todo vuelve a quedar silencioso, como ocultándose y al acecho. Transcurre un minuto; se oye un ruido sordo, y comienzan a caer las primeras gotas de lluvia, pesadas y gruesas. Minutos después la lluvia es de una verdadera tempestad meridional, y puede decirse que ríos enteros caen del cielo.

Tioma tenía que entrar en casa. Y como quiera que a Joska le estaba vedada la entrada en ella, el niño debe permanecer a solas con sus tristes reflexiones.

Nuestro hérce se aburre. El tiempo se le hace interminable.

Desde la ventana del "cuarto de los niños" si-

gue tristemente con la mirada el agua, que azota los vidrios y llena el patio de pequeñas lagunas.

—Artemy Nicolayevich—dice Tania apareciendo bajo el dintel de la habitación—, ¿tiene apetito?

Tioma lo tiene hace largo rato, pero no quiere separarse de la ventana.

—Bueno; pero tráigame aquí pan con manteca.

—¿Y la chuleta?...

Tioma hace signos negativos con la cabeza.

Tania desaparece, y el niño sigue mirando por la ventana. De pronto se acuerda de su pequeño *Yuchka*, un perro muy lindo. No lo ha visto en todo el día. ¿Qué habrá sido de él?

Entonces recordó que Akim, el cocinero, no quería bien al perro porque le robaba las viandas, y Akim había dicho que lo mataría... Tioma tiene un triste presentimiento.

En el acto deja la ventana, atraviesa varias habitaciones y llega a la cocina.

—Akim, ¿dónde está *Yuchka?*—pregunta al cocinero?

—Yo no sé.

—¿No le has matado?

—¡Graciosa idea! Yo no quiero manchar mis manos matando a un bicho semejante.

—Pero tú habías dicho que lo matarías...

—Era una broma.

Y después de una corta pausa, Akim añade:

—El perro debe de estar escondido en algún sitio, resguardándose de la lluvia. ¿No le has visto hoy, Tioma?

—No.

—Pues yo no le he visto tampoco. ¿Lo habrán robado?...

—No lo creo. ¿Quién iba a robarlo?

—También es verdad. ¿Quién necesita un perrucho así? No vale nada.

—Jura que no lo has matado—dice Tioma.

Y al decir esto devora con los ojos a Akim, como queriendo adivinar sus más recónditos pensamientos.

—He dicho que no he matado al perro. ¿Por qué no quiere creerme?

Tioma siente cierta vergüenza por sus sospechas. Y sin dirigirse a Akim directamente, pregunta:

—¿Dónde podrá estar?

Nadie le responde. El niño vuelve entonces a su cuarto; se sienta otra vez junto a la ventana y comienza a reflexionar sobre la suerte del perro. ¡Pobre *Yuchka!* ¡Tan cariñoso! ¡Tan inofensivo!... ¿Será posible que hayan tenido la crueldad de matarlo?...

El corazón del niño se llena de congoja. Abre la ventana y comienza a llamar al perro.

—¡*Yuchka!* ¡*Yuchka!* ¡Ven aquí!, ¡pequeñín!... ¡perrito, ven!...

En la estancia se oye el rumor del agua. Mas el perro no responde a la voz de su amo. Todas las tristezas de este días infausto; todas las cuitas, todo el horror del castigo que le espera por su mala conducta pasan a segundo término ante

esta nueva desdicha: la pérdida de *Yuchka*. El pensamiento de que no verá más a su perrito, que se ponía tan graciosamente boca arriba cuando él se acercaba, y movía sin cesar la cola; la idea de que no le verá más, de que acaso no viva ya, le sume en el desconsuelo.

—¡*Yuchka!* ¡*Yuchka!*—vuelve a gritar.

Había tanta ternura en su voz, que *Yuchka*, sin duda, acudiría inmediatamente al oírle, si viviese y le oyera. Pero *Yuchka* no responde.

¿Qué hacer?

Hay que ir en busca suya, sin perder tiempo.

En ese momento entra Tania con el pan y la manteca.

—Espera; vuelvo en seguida—le dice Tioma.

Pasó por delante de la cocina, procurando que no le viesen, y, después de un instante de vacilación, salió corriendo al patio.

Entonces examina cuidadosamente todos los sitios en que cree hallar a *Yuchka;* pero en vano. Se le ocurre una idea: registrar el cobertizo. Pero al acercarse a la puerta cochera oye el ruido de un carruaje. Y antes de que pueda darse cuenta de la situación, Tioma ve llegar a su padre.

A todo correr vuelve a su habitación.

## II

### El castigo.

Informado de todas las faltas de Tioma, el padre está lleno de ira. "Este sistema de educación no vale nada—afirma—. Tal vez sea propio para las niñas, pero en un muchacho no puede menos de tener consecuencias desastrosas, funestas."

—Con este sistema, Tioma no podrá ser sino un tunante, un vago, un pilluelo—dice, colérico, dirigiéndose a su mujer—. Ya empezamos a tocar los resultados; ¡ha comenzado a robar!... ¿Adónde llegaremos por este camino? A que nos cubra de vergüenza... Pero ¡no! Prefiero matarlo antes con mis propias manos...

Esos argumentos han producido su efecto. La madre tiene que capitular. El pobre pasa provisionalmente al padre.

La puerta del despacho se cierra detrás de Tioma Este mira a todas partes, con desesperación. Sus piernas tiemblan y debe hacer grandes esfuerzos para sostenerse. Mil pensamientos atraviesan, como relámpagos, su cabeza. Intenta recordar las palabras que había pensado decir a su padre, cuando estaba delante de la flor tronchada. Por fin, se acuerda. Y las dirá en seguida; no hay tiempo que perder. Traga la saliva para humedecer un poco su seca garganta.

y, procurando dar a su voz un tono de emoción, convincente, dice:

—Querido papá; sé lo que puedes hacer de mí. Sé que merezco un castigo... Pues bien: córtame las manos...

Pero ¡ay! Lo que a él le pareció tan decisivo y convincente cuando lo de la flor, carece ahora de toda virtud. Tioma se da cuenta de ello, y para salir de la situación propone una nueva idea que se le acaba de ocurrir.

—... O dame a los bandidos.

—Sí, sí—responde el padre, que ha terminado los preparativos necesarios—. Pero, ahora, desabróchate los pantalones.

El alma de Tioma se llena de terror. Sus manos temblorosas buscan los botones. Quisiera todavía decir algo, pero su cerebro está paralizado por el miedo, y no encuentra ninguna idea. Con voz embargada por el temor y la angustia, profiere palabras rápidas, incoherentes.

—Papá, mi querido papá... Espérate... Un instante... Papaíto... No..., no...

De pronto, lanza un grito desgarrador.

Los golpes de correa son rápidos. Tioma, cuya cabeza sostiene el padre entre sus rodillas, intenta escaparse, grita, coge la mano que le hiere, la besa, suplica en vano..., y de súbito en su pequeño corazón surge un nuevo sentimiento; quisiera, no besar, sino morder aquella mala mano, aquella mano abominable. Un odio inmenso, feroz, inunda su ser. Sigue haciendo esfuerzos por es-

caparse, pero las rodillas del padre le sujetan como fuertes tenazas.

—¡Malo! ¡Malo! ¡Ya no te quiero!—grita Tioma con cólera impotente.

—¿Sí?—dice el padre con ironía aviesa, sin cesar de darle golpes con la correa.

En este instante, Tioma hunde con furia sus dientes en la mano de su padre.

—¡Oh, pequeña serpiente!—grita éste.

Y arrojando al niño sobre el sofá y sujetándole con una mano, le golpea con la otra. Los golpes son incesantes y marcan rayas de sangre en el cuerpecito, que se ha puesto cárdeno.

La madre, con la emoción retratada en el semblante, esperaba en la habitación inmediata. Cada grito de Tioma le desgarra el corazón; cada golpe que oye es un martirio para su alma. ¡Dios mío! ¿Por qué ha dado a su marido palabra de no intervenir esta vez?... Pero no, su marido no tiene derecho a excederse por su promesa. Arrebatado por la ira, puede ser demasiado cruel con el niño... Pero, ¿qué grito es éste que oye?... No, no puede esperar pasivamente...

El alma de la madre se llena de horror.

—¡Basta! ¡Basta!—grita, apareciendo bajo el dintel del despacho—. ¡Te he dicho que basta! —agrega dirigiéndose a su marido.

—Mira lo que ha hecho tu hijo..., este caimancito—le dice su marido, enseñándole el dedo mordido por Tioma.

Pero ella no lo mira siquiera. Contempla con

terror a Tioma, que está ensangrentado, con el vestido en desorden, y que, cual un animalito maltratado, aprovecha el momento favorable y se escapa.

La madre siente una ira inmensa, irresistible, y dirige a su marido palabras llenas de indignación y de amargura.

—¿Es ese vuestro sistema de educación? ¿Así es como comprendéis el alma infantil? ¡Ah!, ¡no! Con tales procedimientos podéis hacer del chico un idiota, matar en él todo amor propio...

Al decir esto la embarga la emoción, y su marido hace esfuerzos por replicarla.

—¡Vaya un educador!—añade la madre—. Tendrás que amaestrar perros y no educar niños.

—¡Vete de aquí!—grita el padre de Tioma.

—Sí; me voy—dice ella, deteniéndose en el umbral de la estancia—. Pero he de decirte que antes morirás que permitir otra vez que maltrates al niño... Eso se ha acabado. Jamás volverás a pegarle ni a tocarle siquiera con un dedo... ¿Me oyes?...

El está fuera de sí, frenético de ira. Pero pronto se calma un poco y comienza a pasearse por el despacho. Luego se detiene ante la ventana, mira distraídamente las campiñas lejanas envueltas en las penumbras del crepúsculo, y dice en voz baja, pero indignada:

—¡Cuando las madres se mezclan en la educación de los niños, no puede nunca resultar nada bueno!

## III

### El perdón.

La madre se dirige rápidamente al cuarto de los niños; los examina con una mirada y ve que Tioma no está allí. Pasa a otra estancia, luego a una tercera... Por fin, le ve. Está tendido boca abajo, con el rostro oculto, sobre el sofá de un cuarto pequeño.

La madre no entra en él. Vale más dejarlo solo un rato, para que tenga tiempo de tranquilizarse...

Después, entra en su habitación, se aproxima a la ventana, y, como su marido, mira también las campiñas lejanas, veladas por las penumbras del crepúsculo. En su cerebro bullen mil pensamientos tristes.

Sí; conviene dejar solo a Tioma un rato. Su amor propio sufre demasiado. Y habría que cambiarle la ropa... ¡Oh! ¡Dios mío! ¡Cómo ha podido ella permitir!... Fué un error fatal. ¡Y qué estupidez la de querer considerar al niño como un ser completamente responsable!... ¿Cómo no comprender que si hace tonterías es porque no ve en ello nada malo? El padre está inspirado, en su sistema de educación, por la disciplina del cuartel. El mismo fué educado de esa manera, y no concibe que pueda existir otra...

La nodriza de Anita asoma la cabeza por la puerta entreabierta.

—¿Quiere la señora bendecir a Anita?—pregunta.

—Sí, dámela—contesta la madre.

Y hace amorosamente la señal de la cruz sobre su hija.

—¿Está en su cuarto Artemy Nicolayevich?—pregunta luego la madre.

—Sí, señora. Está sentado junto a la ventana.

—¿Tiene bujía?

—Sí, señora; pero la ha apagado. ¡Y la habitación está a obscuras!...

—¿Has entrado en ella?

—Sí, señora; pero él ni siquiera ha vuelto la cabeza... ¡Oh! ¡Dios mío!...

La nodriza quisiera expresar sus sentimientos; pero sabe que a la señora no le agradan tales efusiones, y se calla.

—¿No ha entrado nadie más en la habitación?

—Sí, señora. Tania estaba allí... Le llevaba la comida...

—¿Y ha comido?

—No, señora. Ni siquiera ha querido mirar la comida... En todo el día no ha comido nada...

La nodriza suspira y añade en voz baja:

—Habrá que mudarle de ropa y lavarle un poco. Yo creo que por eso más que nada es por lo que tiene vergüenza...

—¿Le han hablado de la ropa?

—No. Cuando yo me inclinaba para hablarle, él me rechazó. Tal vez Tania sea más afortunada...

—No hay que decirle nada. Como si nada se supiese... Di que preparen los dos baños para los niños. Y que venga el aya.

—Bien, señora.

Un momento después llega el aya.

Expresa su profundo pesar por lo ocurrido aquel día; pero Tioma estaba tan indócil...

—Hoy se bañará a los niños—dice la madre secamente, interrumpiéndola—. Veintidós grados.

—*Sehr gut* (muy bien), señora.

La alemana hace una reverencia. Comprende que la señora está disgustada; pero a ella nada le reprocha su conciencia.

—Mi conciencia está tranquila, señora — dice *fräulein*—. Zina, la señorita, puede atestiguar que Tioma estaba intratable.

La señora no dice nada, y el aya comprende que sus justificaciones no producen ningún efecto. Entonces se dirige hacia la puerta, con cierto aire de dignidad ofendida.

—¡Que venga Tania!

—*Sehr gut*, señora—dice el aya, y al llegar a la puerta hace otra reverencia.

A pesar de lo ocurrido, espera conservar su puesto, que considera muy ventajoso. Y al momento se oye que dice:

—Tania. Vaya al cuarto de la señora.

Tania entra en la habitación.

Era ella la que lavaba siempre a Tioma en el

baño. En verano se permitía a veces al niño bañarse solo, y esto era un motivo de alegría para Tioma. ¡Se bañaba como su papá! ¡Solo!...

—Escucha, Tania. Si Artemy Nicolayevich quiere bañarse solo, déjale que lo haga Antes de que él entre en el cuarto de baño, dejarás un pedazo de pan, sin cortar, como si se hubiese quedado allí por olvido. ¿Has comprendido?...

Tania ha comprendido muy bien, y contesta alegremente:

—Sí, señora.

—Primero se bañarán las niñas; después, Artemy. La temperatura de veintidós grados. Vete...

Tania tenía impaciencia por marcharse; pero la señora la detiene.

—Antes de llevar a Artemy al cuarto de baño disminuirás la luz de la lámpara, de manera que haya una semiobscuridad. Y cuando pase, procura que no haya nadie por aquel sitio.

—Bien, señora.

El baño era siempre un motivo de alegría para los niños; pero esta vez hay poca animación en el cuarto de ellos. Se hallan bajo la impresión del castigo impuesto a Tioma, y, por otra parte, era éste quien provocaba siempre la alegría general.

Los niños se dirigen, sin contento alguno, al cuarto de baño, y unos veinte minutos después vuelven a su habitación, con sus gorritos blancos, tristes, silenciosos.

La madre va, nerviosa, desde la ventana a la

puerta y desde ésta a la ventana. La dulzura de la noche meridional calma un poco sus nervios. Y se dice para sí misma que el error cometido por ella en el castigo de Tioma no se repetirá más.

Luego sale a la terraza, desde donde puede ver a los niños, que vuelven del baño.

He aquí Zina, muy exigente y severa para sí misma y para los demás. Es seria, prudente, reservada. Sus grandes ojos, negros como la noche, miran, soñadores, ante ella.

Ved a la dulce y delicada Natacha. Parece toda atención. Se diría que escucha los sonidos misteriosos de la vida, que todavía no comprende; pero que se abre poco a poco ante sus miradas.

Esta otra es Mania, serena como una mañana primaveral, pronta a iluminar y a incendiar a todo el mundo con sus ojos brillantes.

Ved ahora el pequeño Sergio, a quien llaman *el filósofo*. Se diría que afina sólo el instrumento musical, que es su pequeño corazón; toca dulcemente las cuerdas de la vida y escucha la música de la Naturaleza. Todo le intriga, le interesa; quiere saberlo todo.

—¿Qué es eso?—pregunta con su vocecita cantante, levantando su diminuto dedo.

—Es el cielo azul, niño.

—¿El cielo?

—Sí, querido; el cielo azul, que atrae siempre las miradas de los hombres, aunque anden por la tierra.

Allá, en la habitación próxima, en su cuna, está Anita... un punto de interrogación en la vida. Su mirada es dulce y gozosa.

La madre piensa luego en su favorito, Tioma, animado como el mercurio, nervioso, agitado siempre, impresionable, de sentimientos vehementes, desordenados. Pero al través de ese desorden se adivina un corazón apasionado, generoso, noble.

La madre va entonces al cuarto de los niños. Está abierta la puerta. El pequeño "filósofo", Sergio, comienza a balbucear:

—Papá pe...gar Tio... ma...

—¡Cállate!—le dice Zina.

La niña sabe que su madre ha prohibido en absoluto que se hable del castigo impuesto a alguno de los niños.

Pero Sergio es todavía muy pequeño y no se preocupa poco ni mucho de las reglas establecidas.

—Papa... pegar...

—¡Calla!—le dice Zina, poniendo su mano en la boca del niño.

El "filósofo" va a llorar; pero Zina musita algo a su oído y le da un libro con estampas de animales. Sergio se pone razonable y comienza a mirar las estampas.

—Artemy—dice Tania con voz alegre, abriendo el cuarto de Tioma—. Ya puede ir a bañarse.

El niño se levanta silencioso, y, muy avergonzado, pasa por delante de Tania.

—¿Se bañará solo, o quiere que le ayude?—pre-

gunta Tania, procurando dar a su voz un tono indiferente.

—Solo—contesta Tioma.

En el corredor por donde pasa el niño hay una semiobscuridad. Esto le satisface mucho. Una vez en el cuarto de baño, cierra la puerta por dentro. Luego se desnuda de prisa y se mete en el agua.

Después de lavarse sale del baño, coge su ropa sucia y comienza a lavarla. Le parece a Tioma que moriría de vergüenza si alguien viese que su ropa estaba manchada de sangre.

Después de lavada la ropa, busca Tioma con la mirada un sitio donde poder ocultarla, y acaba por ponerla detrás de una cómoda cubierta de polvo. Luego comienza a vestirse; pero en ese momento apercibe un trozo de pan. Probablemente, alguien lo ha olvidado allí. Lo coge ávidamente, pues no ha comido en todo el día. Niño al fin, olvida todos sus pesares, se sienta sobre un banco, y, balanceando sus piernas, come con verdadera fruición.

Al través de la ventana, la madre observa esa escena, y lágrimas de emoción corren por sus ojos.

Cuando se ha comido el pan, sale Tioma al corredor. Se acerca a la escalera que conduce al patio, se detiene un instante, y, luego, después de una corta vacilación, grita con voz ahogada:

—¡*Yuchka!* ¡*Yuchka!*

Esperó un momento, creyendo oír el ladrido de un perro. Pero se había engañado. Entonces aspi-

ró el olor de la noche, bajó al patio y se dirigió al jardín.

El silencio y el misterio de la noche envolvían el jardín. Tioma sintió miedo. La Luna lo iluminaba con sus rayos plateados, proyectando sombras acá y allá. Nubes desparramadas surcaban el cielo. Y entre la tierra y el cielo, en los infinitos espacios, corría el viento. Allá, en el fondo del jardín, se destaca un quiosco, un pabellón. "Tal vez—se dijo el niño—los muertos, para divertirse un poco, han salido del pabellón y están ahora mirando a Tioma."

Todo sigue en silencio, y Tioma tiene miedo. Solitarios, los árboles agitan sus ramas, se inclinan unos hacia otros y parecen decirse: "¡Tengo miedo!"

En este instante advierte Tioma entre los árboles una sombra movediza. "Tal vez sea *Yuchka* —piensa el niño—. Pero, ¿no estaría muerto *Yuchka?*

La puerta del jardín se abre en este momento y se oye la voz de Tania, que dice:

—Artemy Nicolayevich, ¡es hora de acostarse!

Esta voz hace volver al niño a la realidad. Se acostará con mucho placer; pero, antes de hacerlo, es preciso ir a decir "buenas noches" a papá y a mamá, y esto es muy penoso para Tioma.

Reclina su frente en un árbol y se queda pensativo.

Tania se aproxima, le besa y le dice con tono cariñoso:

—Vamos, Artemy... Monín. Vamos a ver a mamá... vamos, rico...

Y Tania le cubre de besos y le conduce a la casa.

Un minuto después, Tioma se halla en la habitación de su madre.

La estancia se encuentra casi a obscuras. Sólo hay en ella la mortecina luz de una lamparilla, que alumbra un icono.

El niño está en pie, sobre la alfombra, delante de su madre, que se halla sentada en un sillón. Ella le dice algo severo; pero sus palabras no llegan a la conciencia del niño.

Por el contrario, las palabras de la madre impresionan mucho a Zina, escondida detrás de la puerta.

—¿De modo que no quieres a tu papá ni a tu mamá?—pregunta la madre.

Zina, al oír estas palabras, no puede dominar su emoción. Irrumpe en la habitación y dice con acento apasionado:

—Yo se lo previne muchas veces, pero...

No puede terminar.

—¡Te has atrevido a escuchar detrás de la puerta! ¡Niña mal educada!—grita la madre.

Y al mismo tiempo la coge, iracunda, por la mano, y la "niña mal educada" es casi arrojada de la estancia.

La expulsión de uno de sus enemigos anima algo a Tioma. Siente sus angustias con más intensidad. Todo su ser queda embargado por la cons-

ciencia, por la convicción íntima, del mal que Zina le ha hecho. Se siente como un ser cuya justificación nadie quiere escuchar, hacia el cual todo el mundo es injusto.

—No se atiende más que a Zina—dice con tono de lamentación—. Y a mí se me ataca todo el día... Nadie me quiere; nadie quiere escuchar lo que yo digo, y...

Poco a poco va calmándose. Con tono más tranquilo cuenta a su madre todas las peripecias del día. Sus ojos están anegados de lágrimas, y a ratos se estremece y suspira. Su madre, sentada junto al niño en el sofá, le acaricia amorosamente y procura tranquilizarle.

—Bueno, hijo mío... Mamá no está disgustada... mamá quiere a su niño y está segura de que será bueno, generoso, pero a condición de que comprenda una cosa muy sencilla... Y Tioma la comprenderá, estoy segura. ¿Sabes, hijo mío, por qué te ha ocurrido hoy todo eso? Yo te lo diré: porque eres todavía un cobardón...

Tioma se queda asombrado. Esperaba todas las acusaciones posibles, pero nunca ésa. ¡Cómo, cobarde él!... ¡El, que se atreve a montar a caballo!...

—Sí, eres un cobardón—prosigue la madre—. Todo el día has tenido miedo a decir la verdad, y a causa de ese miedo te ha ocurrido todo. Tronchaste la flor, y en vez de confesarlo en seguida, la has escondido y has hecho una porción de tonterías. Papá es severo, pero se te hubiese perdonado; porque tú no quisiste, porque tu voluntad no

fué tronchar la flor. Y aun cuando te hubiese castigado, ¿es que has evitado ese castigo a pesar de haber ocultado la verdad? En fin: si no te atrevías a decírselo a papá, pudiste venir a decírmelo a mí.

—Quise hacerlo cuando vosotros estabais ya en el coche.

—¿Y qué te lo impidió?

—Tenía miedo a papá.

—¿Ves? Tengo razón. Tenías miedo; luego eres un cobardón. Jamás se debe tener miedo a la verdad. Sólo los malos tienen miedo a la verdad, mientras que los buenos están prontos incluso a sacrificar su vida por ella.

Diciendo esto, la madre se levanta, se dirige a un ángulo de la estancia, descuelga una imagen del Salvador y torna a sentarse al lado de Tioma.

—¿Quién es éste?—le pregunta.

—Dios.

—Sí; Dios, que tomó las apariencias de un hombre y bajó del cielo a la tierra. ¿Y sabes para qué bajó a la tierra? Para enseñar a las gentes a decir la verdad y a vivir conforme a la verdad... ¿Ves las trazas de sangre sobre su cuerpo?

—Sí.

—Pues es porque le crucificaron. Le clavaron en una cruz y en ella murió. Y, sin embargo, Dios es omnipotente; le basta hacer un signo con un dedo para que al instante muramos todos y todo desaparezca: nuestra casa, nuestro jardín, la tierra y el cielo... ¿Y por qué crees tú que El permitió que

lo crucificasen cuando podía, con una sola mirada, matar a sus verdugos? ¿Por qué?

La madre hace una pausa. Luego, fijando su mirada, una mirada amorosa en su hijo predilecto, continúa:

—Pues porque no temía a la verdad; porque ella le era más amada que la vida; porque quiso enseñarnos a todos que se puede morir por la verdad. Y en el momento de morir dijo: "Quien me ame, quien quiera estar a mi lado, no debe temer a la verdad." Y yo quiero, hijo mío, que tampoco la temas tú y que estés pronto, cuando seas hombre, a morir por ella. Este es el verdadero valor, la bravura verdadera. Al montar en un caballo desmandado, furioso, no probarás sino que tu indiscreción temeraria no es el verdadero valor. Al mismo tiempo huiste de la verdad por temor al castigo... Pero, basta por hoy; es menester que te acuestes. Da un beso a mamá y prométele que serás un buen muchacho.

Tioma, en silencio, la besó con ternura y ocultó su cabecita sobre el pecho maternal.

## IV

### El pozo antiguo.

Es de noche. Tioma duerme. Su sueño es nervioso, agitado, entrecortado por pesadillas. De vez en cuando se estremece todo su cuerpo.

Sueña que se halla en la playa, a orillas del mar, donde toda su familia suele ir a bañarse. Las olas transparentes y verdes le amenazan, alzándose ante él como altas montañas, produciéndole una inexplicable sensación de angustia aquellas enormes masas de agua. Luego, las olas retroceden y Tioma se siente aliviado.

En uno de estos momentos se despierta, abre los ojos y se sienta sobre el lecho.

La débil luz de la mariposa ilumina cuatro lechos infantiles y otro mayor, sobre el cual está incorporada la nodriza, que, envuelta en una camisa de noche, mece a Anita.

—Ama, ¿donde está *Yuchka?*—le pregunta Tioma.

—¡Ah hijo mío! Ya no existe *Yuchka.* Un mal hombre lo tiró al pozo antiguo.

Y añade después de una breve pausa:

—Si al menos lo hubiese matado antes. Pero no; lo arrojó vivo al pozo. Y me han dicho que el pobre animal estuvo aullando todo el día...

Tioma se imagina el viejo pozo del extremo del jardín: un pozo abandonado hacía tiempo y donde se arrojaban los desperdicios de la casa. Y le parecía ver al pobre *Yuchka* en el fondo de aquel terrible pozo, que él y Joska se complacían en alumbrar algunas veces arrojando papeles encendidos.

—¿Quién lo tiró al pozo?

—Yo no sé. El que lo hizo no lo dirá...

El corazón de Tioma se llena de tristeza. En su

cabecita bullen los pensamientos. ¿Cómo salvar a *Yuchka?* El niño elabora un plan, luego otro, y acaba por dormirse.

Sueña que, con ayuda de una cuerda, saca del pozo al perro; pero *Yuchka* pesaba mucho, y cuando ya estaba cerca del borde volvía a caer al fondo. Entonces Tioma sujeta la cuerda al brocal del pozo y quiere bajar él mismo al fondo, por la cuerda, y coger al perro; mas la cuerda se rompe y Tioma cae vertiginosamente.

En este instante se despierta.

Mirando por la ventana ve que se acerca el día.

Sentíase cansado, débil; pero la situación de *Yuchka* le daba fuerzas. Se había decidido a salvar al perro. Se viste apresuradamente. Teme que lo que va a hacer le cause nuevos pesares, pero está decidido.

—Hasta ahora—se dijo—no he hecho todavía nada malo.

Esta idea le tranquiliza. Se acerca a la cama de la nodriza, que está dormida; coge la caja de fósforos, que estaba siempre sobre una mesita; guarda una buena porción en su bolsillo, y andando de puntillas llega al comedor, donde, gracias a una puerta de cristales que daba a la terraza, había bastante claridad. En el comedor reinaba el desorden matinal de costumbre. Sobre la mesa se hallaba el *samovar*, vasos sucios, tazas, pedazos de pan y un trozo de carne con manteca blanca.

Tioma se dirigió hacia una mesita sobre la cual había un montón de periódicos; cogió unos cuantos, y después de abrir suavemente la puerta, salió a la terraza.

El fresco de la mañana le reanimó.

No había salido aún el Sol. El cielo, azul pálido, se hallaba cubierto a trechos por densas nubes. Envolvía el jardín una neblina azulada.

Tioma vió que en el jardín reinaba un gran desorden; las flores, tronchadas por la tormenta del día anterior, yacían en el lodo; los senderos y avenidas estaban cubiertos de barro, y los árboles ofrecían signos visibles de los estragos de la tempestad.

Tioma se dirige por la avenida principal hacia la cuadra para apoderarse de las bridas de un caballo.

Se sentía mal y tenía fiebre. La cabeza le ardía y flaqueaban sus piernas. Un momento sintió deseo casi irresistible de tenderse en la hierba.

La cuadra estaba cerrada con llave; pero él sabía por dónde entrar. Por debajo de la puerta había un agujero abierto por los perros. Tioma se tendió boca abajo, y aunque con gran esfuerzo, penetró en la cuadra. Entonces descolgó las bridas y una cuerda que servía para tender la ropa. Se proveyó también de una linterna, diciéndose a sí mismo que ella alumbraría el pozo mejor que los papeles encendidos.

Una vez fuera de la cuadra quiso seguir el ca-

mino más corto para llegar antes al pozo. Para esto debía saltar la tapia.

Tioma sujeta la linterna entre los dientes; anuda las bridas alrededor de su cuello y comienza a escalar la tapia. Sabía hacerlo muy bien; pero ahora le cuesta trabajo, a causa de su estado de debilidad.

Una vez sobre la tapia, descansa un poco. Al pie de ella, en el lado opuesto, la hojarasca estaba empapada por la lluvia. Tioma comprende que se mojará al tirarse abajo; pero no hay otro remedió. Y, en efecto, después de saltar de la tapia, su vestido estaba empapado de agua. Ese baño frío le reanimó un poco. Corrió hacia la valla que separaba el jardín y el antiguo cementerio para buscar algunos palos. Aunque Tioma se decía a sí mismo que lo dicho por Joska el día antes acerca de los muertos no era más que una fábula, lo cierto es que tenía miedo y pensaba no mirar del lado del cementerio. A cada instante le dominaba más el miedo. Ahora está seguro de que los muertos se hallan sentados encima de la tapia y le siguen atentamente con la mirada. Un estremecimiento corre por todo su cuerpo, y Tioma cree que los muertos le persiguen; sus cabellos se erizan, lanza un grito de terror y emprende veloz carrera.

La vista del viejo pozo le hace olvidar a los muertos, recobra su valor y comienza a gritar:

—¡*Yuchka!* ¡*Yuchka!*

Luego escucha con atención.

Al principio, no oye sino las palpitaciones de su corazón y como si un martillo golpease su cabeza. Luego, le parece oír en el fondo del pozo algo así como un gemido muy débil, un lamento apagado. El corazón de Tioma se oprime y vuelve a gritar, con voz ahogada:

—¡*Yuchka!* ¡*Yuchka!*

Esta vez, el perro ha oído la voz de su amo y lanza un aullido.

—¡Mi *Yuchka!* ¡Mi *Yuchka!* ¡Mi perrito!—grita el niño—. Espérate un poco, que voy a sacarte.

El perro responde con un nuevo ladrido. A Tioma le parece que *Yuchka* le dice que no tarde en sacarle del pozo.

—¡Ahora mismo! ¡Ahora mismo!—exclama.

Y entonces se pone a la tarea. Siéntese lleno de fuerza y de resolución. Su malestar ha desaparecido.

Junto al brocal del pozo enciende la linterna y la hace descender al fondo por medio de una cuerda. Hecho esto, se inclina y examina el pozo. La linterna ilumina débilmente las paredes, y, a una profundidad de cinco metros, el fondo. Tioma no ve más que un fango verdusco y le parece que un olor de muerte sube del fondo. Un instantes después percibe en medio de aquel lodazal un pequeño bulto negro, y, con el corazón oprimido, piensa que es *Yuchka*. Era el perro, en efecto, que se sostenía sobre un pedazo de viga que sobresalía de la pared.

No hay tiempo que perder. Tioma retira la linterna. Y para que el perro no crea que él va a abandonarle, le grita sin cesar, mientras hace sus preparativos:

—¡No tengas miedo, *Yuchka!* Estoy aquí...

El can le responde con alegres e impacientes ladridos.

Por fin, todo está dispuesto. Con las bridas, la cuerda y uno de los palos, Tioma ha hecho un instrumento de salvamento muy complicado. Lo desciende al fondo del pozo. Pero la impaciencia del perro lo estropea todo. Cogió tan precipitadamente el armatoste que éste cayó al agua, arrastrando al pobre *Yuchka.* El animal comenzó a lanzar aullidos, agitándose en el fango del pozo. Su situación era peor, pues había perdido el extremo de la viga en que se hallaba.

La impresión de Tioma es de verdadera desesperación. Ahora sí que está perdido *Yuchka.* ¡Y por culpa suya, de Tioma!...

El niño medita; se esfuerza por hallar otro medio para salvar al perro. ¡Ya lo tiene! ¡El mismo bajará al fondo del pozo!

Sujeta una brida al brocal del pozo, y suspendido de ella comienza el descenso. Ciertas emanaciones sofocantes suben del fondo. Tioma se siente aterrorizado un instante al pensar que puede asfixiarse; pero piensa que el perro respira aquel ambiente veinticuatro horas, por lo menos, y no ha muerto, sin embargo. Esto le tranquiliza y sigue descendiendo por la brida.

Con ayuda de los pies busca en la pared algún punto de apoyo, y cuando lo halla se sostiene en él y busca otra parte saliente. Las emanaciones aumentan. Tioma comienza a respirar sólo por la boca y observa que se siente mejor. Esta observación la anima. Desde abajo, las circunstancias son también favorables. *Yuchka* ha conseguido subirse otra vez al extremo de la viga. Esto le ha calmado, y con sus ladridos alborozados manifiesta su aprobación al temerario intento de Tioma. Este ha recobrado su ánimo y está seguro del éxito.

Al llegar al fondo del pozo se produce una escena conmovedora entre el niño y el perro, como entre dos buenos amigos que no esperan volverse a ver más en el mundo. Tioma se inclina y acaricia al perro, que le lame las manos. La triste experiencia de antes hace que *Yuchka* no se mueva de su sitio para no caer otra vez en el pantanoso fondo. Pero, en cambio, ladra tan alborozadamente, que Tioma siente ganas de llorar, tan conmovido está.

Sin perder tiempo, pasa un extremo de la brida alrededor del cuerpo del perro, y luego comienza él a ascender el pozo por la otra brida, suspendida del brocal. Pero *Yuchka* cree que quiere abandonarle, y comienza a lanzar desesperados aullidos. Estos aullidos redoblan la energía de Tioma. Pero es mucho más difícil subir que bajar. Le faltan fuerzas y aire. A cada instante pierde las energías. A la mitad del camino levan-

ta la cabeza y ve el lejano cielo azul; un pajarito salta, gozoso, en el borde del pozo.

El corazón de Tioma se oprime dolorosamente. Teme no llegar a la boca del pozo. Desesperado, se detiene. ¿Qué hará? ¿Gritar, llorar, llamar en su socorro a mamá? El terrible pensamiento atraviesa su mente: dentro de un instante va a caer abajo, a aquel pantano espantoso, y morirá allí, al lado de *Yuchka*. "No se debe tener miedo —dice en alta voz para infundirse ánimo—. Es vergonzoso tener miedo. Sólo los cobardones tienen miedo. Yo no hago nada malo; quiero salvar a mi *Yuchka*. No sólo mamá, sino papá mismo dirá que he obrado bien. ¿Por qué tener miedo entonces? Descansaré un instante y seguiré subiendo. Luego sacaré a *Yuchka*... Todo el mundo se maravillará cuando sepa lo que he hecho..."

Habla en alta voz, y el sonido de sus propias palabras le infunde energía.

Poco a poco llega al borde del pozo. Un último esfuerzo, y salta sobre el brocal, tirando entonces con todas sus fuerzas de la cuerda.

Un minuto después, *Yuchka* está salvado.

Tioma, rendido, se tiende sobre la hierba húmeda. Y en cuanto al perro, está loco de alegría. Se arroja sobre su salvador y le lame la cara; después, no sabiendo ya cómo demostrarle su agradecimiento, vuelve a lanzarse sobre él a lamerle el rostro, las manos... Es un verdadero delirio de alegría.

Tioma, doliente, hace esfuerzos para librarse

de las caricias delirantes del perro, todo cubierto de lodo.

De repente dirige la mirada hacia las tapias del viejo cementerio, y lo que ve le hiela la sangre de terror. Por encima de la tapia aparece una cabeza negra y terrible.

Las fuerzas abandonan al niño, que lanza un grito de terror y pierde el conocimiento. *Yuchka* está satisfecho. Ahora puede, con toda libertad, manifestar su agradecimiento a su salvador.

La cabeza que había aparecido encima de la tapia era la de Eremey, el cochero, quien llevaba un manojo de hierba que había cortado en el cementerio abandonado. Saltaba la tapia del jardín para evitar un gran rodeo.

Al ver a Tioma tendido en tierra se precipita hacia él.

Una hora después, Tioma, acostado en su lecho, con la cabeza cubierta de hielo, recobró el conocimiento. No comprendía lo que ocurría en derredor suyo, ni recordaba nada de lo pasado. ¿Cómo están todos allí? ¿Por qué parecen todos tan tristes y asustados, sobre todo su mamá?

—¡Mamá!...

¿Por qué llorará? ¿Y cómo él mismo tiene deseos de llorar? Mamá le dice algo, pero ¿qué le dice? Ahora se van todos. Se queda solo, y tiene miedo. Todo se pone negro, y ya no ve. Una figura se destaca delante de su lecho. Es papá.

—Papá... querido papá... ¿Eres tú?

—No, no es papá.

Es algo tan horrible, que, aterrorizado, Tioma comienza a gritar:

—¡Vete! ¡Vete!

Y mientras pronuncia estas palabras se incorpora, mira con espanto aquella figura que había creído era su papá, y vuelve a gritar:

—¡Vete! ¡Vete! ¡Déjame!... ¡Me das miedo!...

Con el corazón oprimido por el dolor, oyen todos esos gritos de pesadilla. Reina un silencio imponente. La madre de Tioma, con los ojos arrasados de lágrimas, acaricia la cabecita del niño, procurando tranquilizarle.

El frío hálito de la muerte agita la débil llama del candelero. La cera se funde con rapidez creciente. Parece que muy pronto se extinguirá la luz—y con ella acabará para siempre el alma ardiente, llena de ternura y de amor del pequeño Tioma—¡cuando apenas ha comenzado a vivir!...

## V

## La banda infantil.

Transcurren los días y las semanas en una incertidumbre dolorosa.

Por fin triunfa el robusto organismo de Tioma.

Cuando el niño reaparece por primera vez en la terraza—demacrado, algo más alto, con el cabello cortado casi *al rape*—, el otoño ha sucedido al estío.

Entornados los ojos ante los deslumbradores rayos de aquel Sol otoñal, Tioma se siente feliz, como todos los convalecientes. Todo le alegra y le divierte, le llena de gozo, le atrae todo: el Sol, el cielo, el jardín que se extiende bajo la terraza.

Le parece que nada ha cambiado desde su enfermedad. Se le antoja que ha sido una escena de dos o tres horas nada más...

En medio del patio se ve el mismo tonel, con agua; el mismo coche gris, cubierto de polvo; el mismo cochero, Eremey, que conduce el caballo *Moreno* para engancharlo al carruaje; hasta el mismo gallo parece decir algo a las gallinas, y está furioso porque éstas no le atienden.

Todo está igual y todo parece alegrarse de la curación de Tioma. Y al niño se le antoja a modo de un sueño su larga enfermedad. ¡La lástima es que haya pasado el verano!...

De pronto oye un rumor de conversación que proviene del despacho de su padre. Reconoce la voz de éste y de su madre. Hablaban de él. No ha comprendido todos los detalles de la conversación, pero sí el sentido; sus padres han decidido permitir a Tioma que vaya a jugar a la explanada.

Era un enorme solar que pertenecía al padre de Tioma, Nicolás Semenich Kartachev. No separaba a ese terreno del patio de la residencia señorial más que una tapia. Estaba sucio, fangoso, cubierto de estiércol y montones de desperdicios. Había diseminadas por el terreno unas casitas

bajas. El padre de Tioma lo arrendaba al judío Leiba, quien, a su vez, lo subarrendaba en parcelas; en una parcela había una posada para los trajinantes que pasaban por allí con sus carromatos; en otra estaba la tienda del judío Abrumka; las casitas eran habitadas por pobres diablos de la ciudad que tenían muy poco dinero para mucha prole.

Sucios y harapientos, pero alegres y robustos, los chiquillos jugaban todo el día en la explanada y la llenaban con sus gritos.

El mismo judío Leiba tenía establecida una taberna.

La madre de Tioma, Aglaida Vasilievna, pensaba hacía tiempo en la conveniencia de permitir al niño que jugase en el solar. A menudo, sentada en el jardín con un libro en la mano, oía los alegres gritos de aquella banda infantil, y miraba con unos gemelos sus bulliciosos juegos. Y el mismo Tioma, mirando muchas veces por la abertura de la puerta que separaba el patio del solar, veía con envidia los juegos de los muchachos. Aquello era para él un paraíso prohibido. En ocasiones rogaba a su madre que le permitiese tomar parte en aquellos juegos; pero la señora Kartachev, algo indecisa, acababa por negarle ese permiso.

La enfermedad de Tioma y las continuas lamentaciones del padre de que se le educaba, no como a un chico, sino como a una niña, desvanecieron por fin las dudas de su madre. Habló con

su esposo, y el niño obtuvo el permiso de jugar en el solar.

Dos semanas después formaba parte de la banda infantil. Una nueva vida se había abierto ante él—una vida que no se parecía en nada a la que había hecho hasta allí.

Los montones de residuos o desperdicios dispersos por todo el solar eran para los chiquillos una fuente inagotable de riqueza. Había verdaderos tesoros para ellos: huesos para sus juegos, hilos, alambres, botones... Los sábados, día en que se vertían los desperdicios de todas las casitas del terreno, eran para los chicos verdaderas fiestas. Se lanzaban sobre ellos con un placer indescriptible, como si aquellos desperdicios fuesen montones de oro. Tioma tomaba parte en la rebusca con el mismo regocijo que los demás. ¡Qué alborozo cuando encontraban un hilo bastante largo para atarlo a un "aeroplano", como ellos llamaban a unas hojitas de papel fijas con trozos de madera, y que lanzaban al aire con un hilo muy largo.

Después de cuidadosas exploraciones en los montones de desperdicios como basureros y de coger todo lo que les parecía interesante, los muchachos saltan la tapia del cementerio, y sentados sobre una tumba cualquiera, comienzan a poner en cierto orden riquezas que han hallado. Absorto en su tarea, Tioma dirige de vez en cuando miradas distraídas a los viejos y ruinosos mau-

soleos, y se dice que fué un tonto cuando se asustó de la cabeza de Eremey.

El jefe de la banda infantil, Gueraska, cuenta lo que acaece con los muertos que fueron enterrados sin decírseles misas.

—No se pueden estar tranquilos en sus tumbas. Salen por las noches y hacen perrerías con las personas que encuentran. Las llevan por un camino en que no existe la verdad; un labriego cualquiera anda, anda toda la noche, y por la mañana se da cuenta de que está en el mismo sitio y no ha dado un solo paso.

Y para dar mayor autoridad a sus palabras, Gueraska se santigua y pone a Dios por testigo.

—¡Pues a mí no me dan miedo!—dice Tioma.

—¿De veras?—pregunta Gueraska, agitado—. Yo quisiera verte en su compañía la Nochebuena. Tendrías tanto miedo, amigo mío, que ni siquiera te atreverías a gritar. Y, si no, cuando lo de Pulchija...

Pulchija, una vieja de ochenta años, vivía en una de las casitas del solar. Era alta, encorvada, gruesa y tenía un carácter taciturno, sombrío; su voz, baja y malhumorada, infundía miedo a los muchachos, que no se atrevían a pasar por delante de su puerta.

Una mañana no vieron salir a la vieja Pulchija, que tenía la costumbre de salir muy temprano. Al notar aquella anormalidad, Gueraska se atrevió a acercarse despacio a la ventana, y al instante retrocedió espantado. Había visto en el centro de

la habitación a la vieja colgando de una cuerda, ahorcada... Las vecinas acudieron, cortando la cuerda, pero ya era tarde. Pulchija fué enterrada en un rincón apartado del cementerio. Y en cuanto a la casita, nadie quiso ya vivir en ella.

Esa trágica muerte causó impresión en la banda infantil.

—¿Creéis que estiró la pata?—preguntó un día Gueraska a sus camaradas—. ¡Quia! Por algo no quiere vivir nadie en su casa. Si alguien se atreviese a hacerlo, Pulchija le arreglaría las cuentas. Vendría todas las noches; se asomaría por la ventana, terrible de ver, con la cara hinchada, azulada, castañeteando los dientes, con los ojos como los de un lobo... Que Dios me castigue si no es verdad lo que os digo. Y ahora, la vieja embrujada merodea por las noches en el solar. Para que no se meta con ellos ni con nadie y se esté tranquila en su tumba es menester hundirle en el vientre un tronco de álamo, ¡no hay otro remedio!...

El relato causa una impresión indescriptible. Tioma no manifiesta ya su incredulidad y escucha a Gueraska, conteniendo la respiración. Uno de los chicos, Kolka, tiene la boca muy abierta; hasta tal punto está excitada su imaginación.

—¡Cierra la tienda!—le grita uno de los muchachos, metiéndole el dedo en la boca—. Nos tragarán a todos.

Kolka, furioso, da una bofetada al chico. Este quiere darle la réplica, pero Kolka echa a correr como alma que lleva el diablo. Los otros mucha-

chos ríen y olvidan los horrores que acaba de contarles Gueraska.

El Sol desaparece detrás de los árboles. Se oyen voces repetidas: ¡Gueraska!... ¡Kolka!... ¡Senka!... ¡Jachka!... Son las madres de los muchachos, que los llaman. Entonces la banda salta con algazara las tapias del cementerio, penetra en la explanada y se dispersa.

Por lo general, las madres de los chicos los reciben con algunos golpes o tirones de orejas por haberse recogido tarde. En cuanto a Tioma, obligado también a volver a su casa en compañía de Joska, lanza un suspiro Le agrada todo tanto en aquel solar, que se estaría allí toda su vida jugando con sus camaradas.

Por la noche, en el comedor, Tioma está sentado a la mesa, cuando toda la familia toma el te. Está absorto por los recuerdos del solar, y no escucha sino muy distraídamente la conversación general. Cuando ve llegar al administrador de los terrenos, el judío Leiba, es cuando se anima algo.

Leiba se lamenta porque la casita que ocupaba la vieja Pulchija está todavía sin alquilar.

—¡Y lo estará siempre!—exclama Tioma con la mayor convicción.

—¿Por qué?—pregunta su padre.

El niño expone sus razones. Dándose cuenta de que sus palabras despiertan el interés general, prosigue con más animación, queriendo imitar el estilo de Gueraska.

—Si alguien alquila la casita, esa bruja de Pulchija irá por la noche a mirar por la ventana, con el rostro terrible de ver, azulado, con los ojos de lobo, toda hinchada, y comenzará a hacer brujerías ¡la muy perra! ¡Canalla!

Estas últimas palabras las pronuncia con mucha indignación.

—¡Dios mío! ¿Qué es esto?—exclama la madre, asustada.

Tioma queda algo desconcertado, pero añade:

—Mas si se le mete en el vientre una rama de álamo, se estará tranquila en su tumba.

Al día siguiente no se le permite al niño ir al solar. Todo ese día se ha consagrado a la reforma moral de Tioma. Pero no pesaban grandes delitos sobre la conciencia del infantil pecador. Sin embargo, es cierto que ha hecho una operación financiera un poco vitanda. He aquí lo sucedido, tal como resulta después de una indagación minuciosa.

La banda infantil jugaba mucho a las avellanas. Mas como quiera que no se encontraban avellanas en los montones de desperdicios, había que comprarlas, y para esto hacía falta dinero. Tioma no lo tenía. Esto era grave. Había que encontrar avellanas, fuese como fuese. Después de madura reflexión, Tioma tuvo una buena idea. Fué al tendero Abrumka y le dijo:

—Escucha, Abrumka: muy pronto va a ser mi cumpleaños y me darán veinte *copecks*. Dame ahora avellanas y te pagaré el día de mi cumpleaños.

Abrumka aceptó el trato. Tioma volvió muchas veces, agotando de ese modo su crédito de veinte *copecks*. Pero necesitaba aún avellanas. Tornó entonces a la tienda y dijo a Abrumka:

—Dame más avellanas.

El tendero le arguye que, no debiendo tener en su cumpleaños más de veinte *copecks*, no puede hacerle más crédito.

—Había olvidado—repuso Tioma — que Tania me ha prometido diez *copecks*.

Abrumka dirigió a Tioma una mirada recelosa. El niño se puso encarnado, y hubiera querido escaparse de allí; pero el tendero había ido a buscar las avellanas, entre las pobres mercancías, que, entre todas, no valdrían más de diez rublos.

La familia del tendero ocupaba una habitación contigua. Estaba abierta la puerta, y Tioma pudo ver a la mujer del tendero tendida, inmóvil, sobre un lecho espacioso. Pálida, demacrada, con los ojos inflamados, nunca se levantaba del lecho y lanzaba continuamente lastimeros gemidos. Tioma sabía que estaba gravemente enferma. Pero el caso es que Gueraska afirmaba que era una bruja y que él mismo había visto una vez la punta de su cola; hasta la había visto una noche salir por la chimenea montada en una escoba y volar por los aires hacia las estrellas.

Tioma la miraba con cierto miedo, y cuando Abrumka le dió las avellanas salió corriendo de la tienda.

Desde ese día no se atrevió a pedir más ave-

llanas al tendero. Mas el hecho de haberle engañado atormentaba su conciencia. Esquivaba el encuentro con él y volvía la vista cuando percibía la figura encorvada y delgaducha de Abrumka en la puerta de su tienda.

A medida que se acerca el día de su cumpleaños, Tioma está más preocupado. Se ingenia para encontrar un medio de salir de la dificultad, pero ¿dónde hallar el dinero para pagar su deuda? La situación le parecía sin salida, y esto le turbaba y no le permitía disfrutar del placer de los juegos.

Un día, bastante tiempo aun antes del cumpleaños, Tioma ve a Abrumka, que viene a su encuentro. El niño se esconde apresuradamente en una barraca; pero Abrumka le sigue hasta allí y le reclama su dinero. Su mujer ha muerto de repente y no tiene dinero bastante para los gastos del entierro.

Tioma había oído hablar aquella mañana de la muerte de la mujer del tendero; Gueraska mismo le había contado todos los detalles de esa muerte. Según él, Abrumka la había estrangulado poniendo un cojín sobre su cabeza y sentándose luego encima de él. Y así había estado hasta que la mujer dió el último suspiro. Luego se acostó muy tranquilamente. Y por la mañana anunció a los vecinos la muerte de su mujer.

Gueraska hablaba de eso con tono de convicción, y para dar más fuerza a su relato, juró y se santiguó. Así era imposible no creerle.

—¿Y lo has visto tú con tus propios ojos?—le pregunta, sin embargo, Tioma.

—¡Que Dios me castigue si no lo he visto!—exclamó Gueraska.

No había duda posible. Abrumka había estrangulado a su mujer. ¡Y en este momento se halla ante él un hombre terrible, en la barraca casi obscura, hablándole tranquilamente como si no hubiese estrangulado a su mujer!...

Tioma siente un estremecimiento. Abrumka podía muy bien matarle a él también y decir luego que Tioma se murió él mismo...

—No tengo dinero—balbució temblando.

—Entonces voy a pedírselo a vuestro señor padre... Porque ya veis que no tengo dinero para enterrar a mi pobre mujer...

Diciendo esto, Abrumka se seca una lágrima.

—No, no—replica Tioma—. No vaya a papá. Yo te traeré ahora mismo el dinero.

El tono sincero y el dolor de Abrumka le habían impresionado, y decidióse a ir en seguida en busca de su madre y contárselo todo.

La madre estaba sentada en su habitación, con un libro en la mano.

Tioma la besó tiernamente.

—Mamá, dame treinta *copecks*—le dijo.

—¿Para qué?

El niño vaciló un momento; luego contestó:

—Me ha dado pena el pobre Abrumka, que no tiene dinero para enterrar a su mujer, y se lo he prometido.

—Está muy bien que te compadezcas de él; pero tú no debiste hacerle ninguna promesa, puesto que no tienes dinero. Y no se puede disponer sino del dinero propio.

Cuando su madre le da los treinta *copecks*, la abraza amorosamente, y atormentado por su conciencia, le dice con resolución:

—Mamá, no lo haré nunca más.

—Muy bien—contesta la madre, dándole un beso.

El niño corrió a la tienda de Abrumka, pensando en la alegría de éste cuando él le entregue el dinero.

—¡Aquí tienes el dinero!—exclamó al entrar en la tienda.

Abrumka levantó la cabeza, y sin manifestar ninguna alegría, al contrario, muy triste y sombrío, cogió el dinero. Pero al mirar a Tioma comprendió que el niño sentía una decepción por su fría acogida. Entonces cogió un bombón, se lo entregó a Tioma, y, dándole familiarmente un golpecito en el hombro, le dijo:

—Sois un buen chico.

Tioma se sintió ofendido por aquella familiaridad. Abrumka no debía olvidar que no era sino un pobre diablo, mientras que él, Tioma, es hijo de un general. Tenía intención de no aceptar el bombón, pero en aquel momento vió por la puerta entreabierta el cuerpo de la mujer difunta, tendido en el lecho, y esto le llenó de tristeza. "Muy pronto—se dijo—van a enterrarla; se quedará

para siempre bajo la tierra fría, mientras que él, Tioma, va a correr, a jugar, a vivir..."

Mil ideas tristes le asaltaron. Salió de la tienda y fué a reunirse con la banda infantil, que jugaba bullicosamente a las avellanas. ¡Oh! ¡Si se pudiese jugar toda la vida! Pero, ¡ay!, esto es imposible... A las personas mayores no les gusta jugar. Ni papá, ni mamá, ni Abrumka, ni *fräulein* juegan jamás. ¡Cómo deben aburrirse las personas mayores! No les gusta el balón, ni la pelota, ni los botones; no juegan a las avellanas ni a ningún otro juego. En cambio, a él seguirá gustándole jugar cuando sea mayor. ¡Lo jura! Y convendrá con Gueraska, Joska y Yachka en que toda la vida "ha de gustarles jugar..."

En este instante recuerda Tioma que acaba de engañar a su madre; pero muy pronto se consuela.

—Esto no es nada—se dice—. Cuando le pedí perdón lo hice implícitamente, por haberla engañado. Esta era mi intención. Un día se lo contaré todo.

Tioma se tranquilizó y olvidó toda historia. Pero es el caso que su madre se enteró de lo ocurrido entre su hijo y Abrumka. Con gran asombro del muchacho, su madre no le riñó mucho. Pero le obligó a prometer que le diría siempre la verdad; en otro caso, no iría más a jugar con la banda infantil.

Ha pasado un año.

Tioma ha crecido bastante y se ha hecho más fuerte, más robusto.

La banda infantil hacía la misma vida, bulliciosa y alegre; pero se había operado en ella un cambio importante. En lugar de jugar en el viejo cementerio o en el solar, los muchachos pasaban días enteros a orillas del mar, que se hallaba no lejos de la población.

Tioma amaba mucho el mar. Se pasaba horas enteras contemplando su inmensidad azul; la brisa acariciaba sus cabellos, y el muchacho sentía vagos anhelos que él mismo no hubiera acertado a explicar. Cuando veía a lo lejos un buque, que desaparecía tras la línea del horizonte, experimentaba una especie de pesar, de tristeza. Quisiera él en ese momento estar en el puesto de los seres felices que van en el buque, partir lejos, muy lejos...

Los pescadores que en sus pequeñas embarcaciones osaban internarse en el mar eran, a los ojos de Tioma y de sus camaradas, algo así como semidioses. Los muchachos veían sus rostros atezados, curtidos por el Sol y el viento con una admiración sin límites. ¡Qué felices se sentían cuando podían prestar a los pescadores cualquier servicio, el más insignificante, el de empujar las embarcaciones hacia el mar, por ejemplo!...

—¡Buen hombre!—gritaba uno de ellos lleno de alegría, dirigiéndose a uno de los pescadores—. ¡Habéis olvidado la correa!...

Los otros muchachos, celosos de la suerte que

a aquél le había deparado el Destino, examinaban la costa, la playa, por si encontraban ellos también algún objeto olvidado por los pescadores y podían de este modo hacer un favor a aquellos hombres intrépidos y buenos.

—¡Chico!—grita uno de los pescadores—. Por favor, traiga ese cesto que hay ahí en la playa...

La banda corre vertiginosa hacia donde está el cesto, y todos se disputan el favor de llevárselo al pescador.

El pescador echa en el cesto un pescado que acaba de coger.

—¡Qué gordo es!—gritan los muchachos.

El pescador no contesta. Silencioso, tiene sus ojos fijos en el hilo del aparejo.

El mar ofrece a la banda infantil diversiones innumerables. Cogen chinas y pequeños guijarros, que lanzan luego al mar. La china se desliza por la superficie del agua provocando la alegría general. A veces, los chicos, con los pantalones subidos hasta las rodillas, se meten en el agua, buscando entre los peñascos cangrejos, almejas y lapas.

Cierto día, la banda, impulsada por la curiosidad, penetró en el patio del matadero, que estaba a orillas del mar. En aquel momento, justamente, un buey furioso, que había roto la cuerda, corría despavorido por el patio. Viendo a Tioma, el animal se dirigió hacia él. Y fué un milagro salvarle. El matarife que le libró del buey dió a Tioma un tirón de orejas.

El niño se sintió ofendido, sobre todo porque la escena ocurrió ante un público numeroso. Decidió vengar su dignidad menoscabada y muy pronto elaboró un plan de venganza.

Sabía que los matarifes, una vez terminado su trabajo, debían pasar por delante de su casa, de la de Tioma. Ocultóse en una esquina, con una piedra en la mano. Cuando el que le había tirado de las orejas pasó cerca de él, el muchacho arrojó la piedra con todas sus fuerzas. Ha dado en el blanco. La piedra hiere al matarife en la cara.

—¡Ah! ¡Granuja!—gritan los compañeros del matarife herido, saltando de su carromato para cogerlo.

Tioma corrió hacia el patio de su casa y echó la llave.

Oíanse los gritos desesperados del matarife herido.

—¡Me ha matado!... ¡Ese bribón!... ¡Me ha matado!...

Los compañeros del herido gritaban también.

—¡Lo he matado!—se dijo Tioma con terror.

Un instante después habían acudido las hermanas de Tioma, el aya, y, luego, la madre, terriblemente asustada y pálida de emoción.

—¿Qué ocurre ¿Qué has hecho?—pregunta la madre al niño.

—Yo he... yo he matado a un carnicero—dice sollozando Tioma, cuyas piernas tiemblan de miedo.

En este instante llega su padre, que se había

enterado de lo ocurrido. Examinó la herida del matarife. No tenía importancia. El matarife, que sólo había recibido un buen escarmiento, se reanimó y siguió su camino en unión de sus compañeros.

Tioma lanzó un suspiro de satisfacción al ver que no lo había matado.

—¡Eres un mal hijo y un perverso!—gritó entonces su madre.

El muchacho bajó los ojos lleno de vergüenza.

Pero, en esta ocasión, el padre no era del parecer de la madre.

—¿Por qué le molestas?—Tenía perfecta razón al defender su dignidad. ¿O acaso debía besar la mano del que le ofendió?

Su mujer exclamó entonces llena de ira:

—Si apruebas la conducta de este niño indigno, llévatelo; yo no quiero verle más. Ya no es mi hijo...

Y penetró en la casa sin decir más.

Tioma no sintió la menor alegría al ver que su padre salía en su defensa. Hubiera preferido que él le riñera; pero que su madre alabase su conducta.

Después de pasearse un rato por el patio se decidió a ir en busca de su madre. Con arreglo a su sistema, le dijo:

—Mamá, ya no lo haré nunca más.

—¡Mal niño! ¿Comprendes, por lo menos, el delito que has cometido?

—Haber herido al carnicero.

—Te has conducido tan malamente como el matarife que te maltrató. Pero él te había salvado del peligro del animal furioso, y así se lo has agradecido. Sin el rasgo de él, te hubiera matado el toro.

—¿Y por qué me ha ofendido después?

—¿Y qué es lo que tenías que hacer tú en el matadero? ¿Qué buscabas allí? El matarife es un hombre mal educado, grosero, pero bueno; mientras que tú eres ingrato y perverso. ¡Vete! ¡No quiero un hijo semejante!

Mas, al decir eso, no había ya cólera ni en su voz ni en su mirada.

Tioma comprende que está pronta a reconciliarse con ese "mal hijo".

Un cuarto de hora después estaban hechas las paces.

—No olvides que eres ya mayorcito. Tienes nueve años. Un muchacho de tu edad fué zar.

Tioma abrió los ojos desmesuradamente al oír eso.

—¿Y yo no seré zar nunca?—preguntó.

—No; pero puedes llegar a ser un hombre célebre.

Y la madre comenzó a referirle rasgos de la vida de los grandes hombres, como Lomonosov, que, a pesar de su pobre origen, fué un escritor célebre; de Puchkim y de otros.

—Lomonosov no era más que un pobre pescador...

Tioma piensa, al oír esto, en el mar, en los pes-

cadores de rostros curtidos, en las redes y en los canastos de pescado.

—¡Mamá! ¡Yo también!... ¡Yo ayudo muchas veces a los pescadores!...

Al acostarse aquella noche, Tioma no deja de pensar en el pescador que llegó a ser un gran hombre. Tuvo sueños extraños, creyéndose, ora un hombre célebre, ante el cual se inclinaba respetuosamente la sociedad, ora un humilde e intrépido pescador que desafiaba la tempestad en su minúscula embarcación...

"Pero yo he hecho bien al tirar la piedra al carnicero; ahora nadie se atreverá a tirarme de las orejas." Tal fué su último pensamiento antes de sumirse en un profundo sueño.

## VI

### En el colegio.

Ha transcurrido un año más. Y es tiempo de que Tioma entre en un colegio.

Aprobado en los exámenes, obtuvo el ingreso. Y un hermoso día vistió su flamante uniforme de colegial.

¡Qué día más feliz! Todo el mundo admiraba a Tioma y decía que el uniforme le iba a maravilla.

Luego pidió permiso para ir a la explanada, dirigiéndose allí contento, radiante de alegría.

Era un hermoso domingo de agosto. Los rayos deslumbradores del Sol inundaban la tierra y el cielo semejaba un océano azul sin límites.

Tioma llegó a la explanada.

Ve a la familia del ebanista Keiser, que está almorzando a la puerta de su casa. Keiser, un anciano seco y de aspecto grave, así como su hijo primogénito, que se le parece mucho, miran fríamente a Tioma; pero la señora Keiser acoge al nuevo colegial con una sonrisa amable. El hijo menor, que tiene un gran parecido con su madre, le sonríe también con bondad.

—Buenos días, querido Tioma—dice la buena mujer—. ¡Bendito sea Dios! Ya vas al colegio... Cualquiera diría que sois un general.

Tioma tiene sus dudas sobre eso de parecerse a un general; pero tales palabras no pueden menos de halagar su vanidad infantil.

—¡Qué contentos estarán sus papás!—añadió la señora Keiser—. ¿Papá está bien?

—Sí.

—¿Y mamá también?

Tioma responde que toda su familia está bien, saluda y sigue su camino.

En el umbral de su casucha se halla Jacob, un buen hombre, grandón, de cara encarnada y ojillos negros. Está calentándose al Sol con visible placer.

Se nota al instante que ha bebido un poco. Vuelve de la pesca, a la que se dedica todos los domingos. Los otros días de la semana carga sa-

cos de cien kilos. Vive con su madre. Su mujer le abandonó ha tiempo.

—Jacob—le dice Tioma deteniéndose ante él—, ya soy colegial.

—¿De veras?

—Ya ves que llevo el uniforme.

Hay una pausa.

—¿Has hecho buena pesca?—pregunta Tioma al fin.

—Regular.

—Ahora no podré acompañarte más a la pesca—dijo suspirando Tioma—. Esto está prohibido a los colegiales.

—Sí; ahora todo cambiará.

Aquí termina la conversación. Tioma sigue su camino. Se encuentra con Iván Ivanovich, un suboficial retirado. Está ebrio. Tioma no puede verle en ese estado y pasa por delante sin detenerse.

—¡Alto!—le grita Iván—. ¡Arriba el fusil!...

—¡Imbécil!—dice Tioma.

Iván hace como que quiere lanzarse sobre el niño, y éste apresura el paso.

La banda infantil recibe a Tioma con verdadero alborozo. Todos contemplan su uniforme y le hacen mil preguntas. Tioma, muy satisfecho de la impresión que ha producido, les habla de la vida del colegio, recordando anécdotas de antiguos colegiales.

—Si algún colegial denuncia a otro al profesor, los demás le castigan. En cuanto el profesor se marcha cogen al denunciante, le llevan al guarda-

rropa, le cubren con los abrigos y le dan una paliza.

La banda, sentada al pie de la tapia del cementerio, escucha ávidamente, con la boca abierta, las palabras de Tioma.

Cuando ha acabado, alguien propone ir todos al mar para bañarse. Pero se presenta una cuestión: Tioma, desde el momento que es colegial, ¿puede ir a bañarse con sus antiguos camaradas? El *conclave* decide que puede ir, pero tomando ciertas precauciones. Tioma ordena a la banda que vaya algo separada de él; un colegial no puede ir mezclado con ellos.

La banda se pone en marcha. Tioma va delante, siguiéndole los demás. Todos miran a su camarada transformado. Este vuelve a menudo la cabeza y mira si hay personas que contemplen su flamante uniforme.

La banda llega a orillas del mar. Su superficie está llena de chispas resplandecientes; se diría que es oro pulverizado, cerca de la playa sobre todo. El agua está tranquila, y las olas tienen un murmurio dulce, acariciante. A lo lejos, las aguas están aún más tranquilas, lisas como un espejo, y tienen un color azul obscuro.

¡Qué dicha estar aquí, entre el cielo y el mar!

Tioma se quita su uniforme y con la mirada busca un sitio donde colocarlo.

—Démelo, yo tendré cuidado de él—le dice un viejo que hay en la playa.

Tioma se muestra contento y le entrega su uniforme para que lo guarde.

—Debéis bañaros un poco separado de estos pilluelos—le dice el viejo—. Su amistad es poco honrosa para un colegial y un niño bien educado como usted.

Tioma comprende que el viejo tiene razón.

—Bañaos aquí—dice, dirigiéndose a la banda—, y yo iré un poco más lejos... Porque debéis saber que el reglamento de nuestro colegio es muy severo.

Y diciendo esto se retiró un trecho, acompañado del viejo.

—¡Aquí!—dijo el viejo, cuando estuvieron separados de la banda, detrás de una colina.

Tioma se desnudó y entró en el agua. El viejo, sentado sobre la arena, admiraba la facilidad con que nadaba Tioma.

—¡Soy capaz de bogar un gran rato!—dijo Tioma, envanecido de su habilidad.

—También hago el muerto. Y estoy debajo del agua con los ojos abiertos...

Cada una de sus afirmaciones era seguida de ejemplos prácticos. Y Tioma se sentía feliz.

—También puedo...

No ha acabado la frase y Tioma se queda con la boca abierta. En la playa no está ya el viejo... ni el uniforme tampoco.

En el primer instante, Tioma no se da cuenta de su verdadera situación. Pero se asusta de estar solo y sale del agua. "Probablemente—se

dijo—el viejo estará cerca." Pero no le vió por ninguna parte. Entonces comprendió el muchacho que el viejo le había robado. Lleno de desconsuelo, va en busca de la banda infantil y cuenta lo que le sucede.

Todos buscan al ladrón, pero en vano. Todo estaba desierto en la playa, hasta donde abarcaba la vista. Al viejo se lo había tragado la tierra.

—¿Sería el diablo?—pregunta uno de los chicos.

Todos se estremecen al oír estas palabras.

—¡Vámonos de aquí! — exclama Yachka, que era poco valiente.

—¿Y qué haré yo?—pregunta Tioma, con voz llorosa.

Alguien propone que Tioma espere en la playa hasta que le lleven ropa de su casa; pero el muchacho no quiere quedarse solo.

Y se decide a partir con los otros, escogiendo el camino por las callejuelas desiertas, solitarias.

Pero no lo estaban hasta el punto de que dejasen de transitar algunas personas. Estas, al ver a Tioma desnudo, se detenían y le contemplaban con la mayor curiosidad.

—¡Un chico en cueros! ¡Un chico en cueros!—gritaban los chiquillos.

Y se ponían en seguimiento de la banda y de Tioma.

Tioma caminaba con la cabeza baja, llorando amargamente. Casi todos los que pasaban querían

enterarse del motivo de ir desnudo; pero, como Tioma no podía hablar a causa de la impresión, sus camaradas se encargaban de hacerlo.

—Podías tomar un coche—decían algunos de los transeuntes.

No había pensado en ello. Pero, por otra parte, no era fácil hallar un coche en aquellos sitios casi desiertos.

—¿Cómo os llamáis?—preguntó a Tioma un caballero con lentes de oro que se había aproximado con otro amigo.

—Kartachev.

—¡Ah! ¡El hijo del general Kartachev!

Y, dirigiéndose a su acompañante, le dijo con cierta ironía:

—El héroe de la guerra contra los húngaros.

Y luego se marcharon, sonriendo irónicamente.

El corazón de Tioma se oprime. Ha comprendido que se burlan de su padre.

Cuando llegaban a la plaza del mercado, un viejo, medio borracho, se acerca a Tioma y comienza a interrogarle.

—¿Cómo te llamas, pequeño?

—Kar-ta-chev—balbucea, llorando.

—¿Cómo? ¡El hijo del general Kartachev, Nicolás Semenich! ¡Pero si es mi antiguo jefe! ¡Y una vez me salvó la vida!...

Al decir esto, grita a su mujer:

—¡Eh, tú! Trae el carricoche aquí. Vamos a meter al chico. ¡Es el hijo del general Kartachev!...

La mujer mira curiosamente a Tioma.

—¡Que traigas el carro!—grita de nuevo el marido.

—¿Y qué hago con las legumbres?—pregunta la mujer, perpleja.

—¡Tíralas! El general Kartachev es para mí como un padre... y tú ¡imbécil! me hablas ahora de legumbres...

Por fin, Tioma montó en el vehículo y éste se puso en marcha. El viejo estaba muy agitado y no cesaba de hablar en alta voz, dirigiéndose a todos los que querían oírle:

—¡Ese sí que es un general!—exclamaba—. Para nosotros era un verdadero padre. Recto, pero justo... Nosotros le queríamos todos... Todos estábamos dispuestos a morir por él...

Tioma se sentía feliz al oír esas palabras. Envuelto en una capa que le había dado el viejo, preguntó:

—¿Conoces mucho a mi papá?

—¡Que si le conozco! ¡Ah! ¡Dios santo!... Mejor que usted. He servido veinte años a sus órdenes, y jamás vi un jefe parecido. Un corazón de oro, propicio a darlo todo, hasta su última camisa...

Tioma estaba tan contento, que las lágrimas de alegría reemplazan en él a las del dolor.

La banda de chiquillos seguía siempre detrás del carromato.

—¡Fuera de ahí!—les gritó el viejo.

—Son mis amigos—dijo Tioma, saliendo en su defensa—. Viven al lado de mi casa.

—¿Sí? Pues, entonces, ¡montar vosotros también en el carro!

Y los muchachos, alborozados, así lo hicieron.

Hasta una semana después no estuvo terminado el nuevo uniforme encargado por los padres de Tioma.

Cuando llegó el muchacho al colegio por primera vez habían comenzado ya las clases.

Antes de salir de su casa, un sacerdote, invitado por los padres de Tioma, celebró la misa. La madre hizo muchas veces la señal de la cruz sobre el chico, como si se marchase a la guerra, y colgó de su cuello una pequeña imagen de la Santa Virgen. Todos le besaron como si partiese para muy lejos y su ausencia hubiese de durar muchos años.

El padre le acompañó hasta el colegio. El cochero Eremey, que conducía el carruaje, tenía un aire en extremo solemne. Hasta el mismo caballo, el *Moreno*, parecía percatarse de la importancia de su misión, y tenía una actitud como orgullosa. En el portal de la casa estaba Joska. No se atrevía a saludar a Tioma, contentándose con sonreírle, no sin cierta tristeza. Desde el solar han llegado al portal, para ver ir a Tioma al colegio por primera vez, todos los de la banda infantil, capitaneados por Gueraska, Yachka, Kolka, Timochka, Petka y Vaska.

Cuando el cochero pasó cerca de la tapia del viejo cementerio y del solar donde Tioma había transcurrido tantas horas felices, el muchacho sintió oprimírsele el corazón, y le pareció que daba el último adiós a su infancia.

En el trayecto, el padre le hablaba de la necesidad de ser buen camarada de los colegiales, y de no quejarse nunca a los profesores. Los que denuncian a sus compañeros son traidores y villanos, que merecen ser apaleados.

Tioma escuchaba a su padre y se sentía capaz de ser un buen camarada, un compañero fiel que jamás traiciona a sus amigos. Hasta pensaba en las "hazañas" que podría realizar en honor de la camaradería.

En la entrada del colegio besó Tioma a su padre. Este se marchó y Tioma quedó solo.

Su corazón se oprimió no poco al ver las grandes aulas llenas de niños. Estos le miraban con curiosidad; algunos, con ironía. Pero muy pronto dejó de atraer su atención, y los colegiales no se ocuparon más de él.

Llega un inspector, Iván Petrovich, alto, moreno, muy joven, con aire tímido y bondadoso.

—¿Hay algún sitio para el nuevo alumno?—pregunta a los colegiales.

En cada banco había sentados cuatro alumnos; pero en el último banco no se veían más que tres.

—Siéntate allí—dijo Iván Ivanovich a Tioma. Luego salió de la clase.

Tioma obedece, algo impresionado. Había oído decir que el último banco es el que ocupan siempre los colegiales más desaplicados.

—Ven aquí—le dice un robusto muchacho de catorce años.

Hacía un extraño contraste con los otros alumnos, que eran bastante más pequeños.

Se llamaba Vajnov.

—¡Siéntate ahí!—ordenó Vajnov a Tioma.

Y sin decir más, le cogió por la mano y le hizo sentarse entre él y otro alumno muy moreno, de espesa cabellera despeinada y de ojos negros y expresión perversa.

Muchos alumnos se habían levantado de sus bancos, y, aproximándose a Tioma, se pusieron a mirarle con descaro. Tioma estaba muy confuso y no sabía qué hacer. Entre los que le miraban se destacaba un muchacho llamado Kornev. Este le examinaba con excesiva atención. Vajnov se volvió hacia Tioma, y después de mirarle de arriba abajo, le preguntó con tono insolente:

—¿Cómo te llamas?

—Kartachev.

—¿Cómo? ¿Cacachev?

Kornev dijo entonces con desdén, dirigiéndose a Vajnov:

—¿Crees que eso tiene gracia?

Y alzando los hombros, se dirigió a su sitio.

—Ese Kornev es un pillo—cuchicheó Vajnov al oído de Tioma.

—¿Un "traidor"?—pregunta Tioma en tono confidencial.

El otro hace con la cabeza un signo afirmativo.

—¿Y se le ha dado ya la paliza?—vuelve a preguntar Tioma en el mismo tono.

—Todavía no. Se esperaba que vinieses tú—contestó de un modo enigmático Vajnov.

En este momento entra en la clase el profesor de Geografía. Es un hombre de rostro amarillento y adusto. Se sienta como hombre que está muy cansado, y comienza a pasar lista para ver si todos los alumnos están en clase. Mientras lo hace, escupe a todos lados. Al llegar la vez a Tioma, el muchacho contesta como los otros discípulos.

—Presente.

El profesor quiso ver al *novato*.

—Levántese usted—ordenó.

Vajnov tocó con el brazo a Tioma. Este se puso en pie. Pero era demasiado pequeño, y el profesor no le veía.

—¿Pero dónde está usted? ¡Venga aquí!

Tioma fué a colocarse delante del profesor.

Este le miró de pies a cabeza, y preguntó:

—¿Cómo viene tan atrasado? Hace tiempo que empezaron los estudios.

—Estaba enfermo.

—La culpa no es mía. ¿Qué haré ahora con usted? No puedo hacer esperar a toda la clase para dar a usted tiempo de ponerse a su altura.

Tioma guarda silencio.

—Pues bien: le daré una semana de plazo para

ponerse a la altura de los otros colegiales. En caso contrario, cada día le pondré malas notas. ¿Ha comprendido?

—Sí, señor.

—Pues siéntese.

—No tengas miedo—le dice al oído Vajnov cuando Tioma ocupa su sitio—. Todavía estarás un año en esta clase. No hay otro remedio. ¿Sabes el tiempo que llevo yo en ella?

—No sé.

—Adivínalo...

—Según me han dicho, no se puede estar más de dos años en la misma clase.

—Pues yo llevo tres. Se ha hecho una excepción para mí, por ser mi padre un héroe de la guerra de Crimea.

Ahora corresponde la clase de dibujo. A Tioma se le ha dado una hoja de papel y un lápiz. Sobre el pupitre había una nariz de yeso que debía ser copiada. Tioma no tenía ninguna disposición para el dibujo, y el que hace en este momento es malísimo.

—¿No sabes dibujar nada?

—Nada.

—Deja que yo lo haga por ti.

Y trazando varios rasgos con el lápiz, Vajnov dibujó sobre el papel de Tioma una gruesa nariz, con una pequeña verruga en medio.

—Pero no se parece nada al modelo... El profesor va a reñirme...

—Esas son tonterías. Se puede dibujar todo lo

que se quiere, con tal de que sea una nariz. Tú puedes decir que es la nariz de tu tío la que has dibujado.

Y tras una breve pausa, añade:

—¿Quieres que te enseñe un truco muy interesante?

Y puso un objeto en la mano de Tioma, diciendo:

—Muy bien; cierra la mano.

Tioma tuvo cierto recelo.

—¿No me harás daño?

—¡No! Lo que hace falta es que la tengas bien cerrada. ¡Una! ¡dos! ¡tres!...

Y Vajnov tira con fuerza del hilo que estaba atado al objeto misterioso.

En el mismo instante, Tioma, picado en la mano por dos agujas, lanza un grito y al mismo tiempo da una bofetada a Vajnov.

Al oír el grito, se levanta el profesor y se dirige hacia Tioma.

—Si le dices algo, te daremos una gran paliza—cuchichea Vajnov a su oído.

El profesor, con semblante enfermizo y enervado, dirige a Tioma una severa mirada.

—¿Cómo se llama?

—Kartachev.

—¡Levántese cuando le habla el profesor!

Tioma se levanta de su asiento.

—¿Cree acaso que esto es una plazuela?

Tioma no contesta nada.

—¡A ver su dibujo!

El muchacho le entrega la hoja de papel con la nariz pintada por Vajnov.

—¿Qué es esto?

—Es la nariz de mi tío...

—¡Ah! ¡De su tío!... Bien, bien... Salga inmediatamente de la clase.

—¡No lo haré más!...

—Bueno, bueno; salga, ¡lo mando yo!

Y el profesor vuelve a su sitio.

—¡Sal!—le dice Vajnov—. Esto no será nada. Te quedas en el corredor hasta que termine la clase, y luego vuelves a entrar. Te estás portando muy bien, como buen camarada, ¡bravo!...

Tioma sale de la clase y se queda en el corredor, medio obscuro, cerca de la puerta del aula.

A los pocos minutos se aproxima un señor con uniforme de botones dorados.

—¿Qué hace usted aquí?—le pregunta, inclinándose hacia él.

—Yo... el señor profesor... me ha ordenado que salga de la clase.

—¿Qué ha hecho usted?

—Nada.

—¿Cómo se llama usted?

—Kartachev.

—¡Perillán!...—dice con tono agrio el señor de uniforme, mirándole de modo amenazador.

Tioma tiembla de miedo.

El señor del uniforme abre la puerta del aula y todos los colegiales se ponen de pie inmediatamente.

—¿Por qué ha mandado salir de la clase a Kartachev?—pregunta al profesor.

—Ha reñido con otro—contesta el profesor—. Y, además, vea usted lo que ha dibujado... Dice que es la nariz de su tío...

Tioma siente vivos deseos de hablar, de explicarlo todo. Pero no quiere ser un "delator".

—Cierto que no haré nunca traición a mis camaradas—dice Tioma—; pero yo debo decir que...

—¡Basta!—dice, iracundo, el señor del uniforme—. Ni una palabra más, ¡bribón!

Tioma no estaba acostumbrado a la disciplina del colegio.

—Perdón, señor—dice con voz temblorosa—; pero no tenéis derecho a gritarme y a insultarme.

—¡Cómo, insolente! ¡Fuera de aquí!...

Y al decir esto, el señor del uniforme le cogió violentamente y le empujó hasta el corredor.

—¡Déjeme!—protesta Tioma—. ¡No quiero ir con usted!

Pero el del uniforme sigue empujándole por el corredor. En seguida acude un inspector del colegio. Lleno de cólera, el del uniforme le dice:

—¡Lleve a este insolente a su casa, y diga a sus padres que ha sido expulsado del colegio!

La madre de Tioma se encontraba en el comedor, en compañía de su marido, de Zina y de Natacha.

El padre refería cómo había conducido al niño al colegio.

—¿Estaría algo asustado?

—Sí; un poco... Pero eso no es nada... Ya se acostumbrará.

—¡Pobrecito! Le costará trabajo acostumbrarse a la disciplina del colegio—dice la madre, suspirando—. Habrá que hacerle hoy un recibimiento solemne, al volver de clase por primera vez. He ordenado que se preparen para la cena sus platos preferidos.

—¡Lo que más le gusta es la compota!—grita Zina.

—Y yo voy a hacerle un regalo... Le daré mi carnet.

—¿Cuál? ¿El de marfil?

—Sí.

—Pues yo le daré mi cajita azul—arguye Zina.

—Y yo, chocolate—dice Natacha—. Lo que más le gusta es el chocolate.

—Muy bien, hijas mías. Pondremos todo eso en su plato de plata y se lo entregaremos solemnemente al entrar en casa.

—Yo también le haré un regalo. Le voy a dar mi puñal metido en un estuche de terciopelo.

—¡Va a ser esto para él una verdadera fiesta!...

La campanilla interrumpe esta conversación.

—¿Quién puede venir ahora?—pregunta la madre, acercándose a la ventana para mirar a la calle.

Cerca de la puerta se hallaba Tioma con un caballero desconocido.

El corazón de la madre se oprimió.

Cuando Tioma entró en la estancia un instante después, su semblante estaba demudado. Jamás le vió su madre así. No había duda: alguna cosa muy grave le ha ocurrido.

Se lanza hacia él y le pregunta con acento de ternura y de dolor:

—¿Qué tienes, hijo mío?

Esa voz tierna y acariciadora torna a colocar a Tioma en la atmósfera del cariño familiar y le conmueve hasta el fondo de su corazón. El contraste entre ese ambiente y lo que acababa de ver en el colegio, entre tantos rostros indiferentes o pérfidos, era demasiado grande y le llenó de emoción.

—¡Mamá!—exclama, y se lanza hacia ella sollozando.

Después de cenar, los padres de Tioma van al colegio para hablar con el director.

Era éste el mismo que había expulsado a Tioma y ordenado que lo condujesen a su casa. Recibe a los padres del niño en forma fría y reservada, pero cortés, como hombre bien educado.

Desde el principio de la conversación, la vehemencia de la madre choca con el tono frío, reservado, del director. Este, después de haber escuchado las ideas de la señora Kartachev en lo relativo a la educación de los niños, hace grandes esfuerzos para no manifestar su menosprecio hacia tales ideas.

—Perdóneme, señora—dice cuando ella ha concluído—. Están confiados a mi cuidado más de cuatrocientos niños. Como es natural, cada madre educa a su hijo conforme a sus propias ideas, en la seguridad de que su sistema pedagógico es el mejor, el ideal... Pero las madres olvidan, sin embargo, una cosa muy importante. Olvidan, en efecto, que sus hijos no han de estar siempre a su lado; que entrarán en las escuelas, en la vida; que deberán someterse a una educación pública, social, a los profesores y directores. No se puede permitir a los niños que razonen demasiado, que critiquen la actitud de sus profesores y jefes, que hagan tonterías en nombre de esta estúpida camaradería que trastorna la cabeza de los chicos. Hay que ser lógico, señora. Una vez que renunciáis, por una u otra razón, a continuar educando a vuestros hijos, y nos confiáis a nosotros esa educación, esa tarea, debéis aceptar nuestro sistema, aceptar el reglamento, que está establecido no para uno solo, sino para todos los niños que se nos confían. Esto sería lo justo; nosotros no nos mezclamos en la educación de vuestros hijos antes de su llegada al colegio.

—Pero olvidáis una sola cosa: para usted él no es más que uno de los numerosos niños confiados a su cuidado, mientras que para mí siempre será mi hijo.

—Pero mientras está en el colegio es a nosotros a quien debe usted abandonar sus derechos.

El debe comprender que durante algunos años somos nosotros quienes tenemos todo el poder sobre él, por lo menos en el terreno de los estudios. Sólo así podrá terminar sus estudios y hacer su carrera. De otro modo, tendremos, más pronto o más tarde, que renunciar a su educación para no perturbar el régimen establecido en el colegio. Le digo esto como director. Como particular sólo puedo añadir que, aun cuando yo quisiese modificar algo el régimen de los colegios, no podría hacerlo, y me vería en el caso de dimitir. Ese régimen nos es impuesto desde arriba. Y os digo esto para que se pueda usted dar cuenta exacta de la situación. Naturalmente, su hijo no será excluído del colegio. Si empleé esa amenaza fué para castigar su falta. Comprenderéis que no puedo dejar impune esa falta... Esto comprometería nuestra autoridad ante los otros alumnos. Yo creo que es inocente su hijo, que toda la culpa es de Vajnov, un mal muchacho a quien no tenemos en el colegio cierta tolerancia sino por su padre, que es un héroe de Sebastopol. Haré todo lo posible por deshacerme de este Vajnov, que es la plaga, la calamidad del colegio... El consejo de disciplina determinará hoy el castigo que merezca vuestro hijo, y yo os haré conocer su resolución esta misma noche. Lo siento profundamente, pero es lo único que puedo hacer.

La señora Kartachev se levantó. Se hallaba turbada, conmovida e indignada al mismo tiempo por aquella lógica oficial. A esa lógica fría y severa

podía oponerle ella el sentimiento de una madre, las razones de un corazón que ama y sufre; pero, ¿comprendería él esas razones? Por otra parte, temía que sus palabras pudiesen perjudicar a Tioma.

El general se levantó también.

—He de decirle—dice al director—que participo absolutamente de vuestras ideas sobre la educación. Soy militar y comprendo toda la importancia de la disciplina... Pero he de permitirme una sola reserva en lo que concierne a la "camaradería". Estimo que esta es una cosa buena, que se debe alentar y no combatir...

Mientras hablaba el general, su esposa manifestaba visible impaciencia. Estimaba completamente inútil el seguir la conversación con el director, y deseaba marchar cuanto antes.

—Y yo creo—respondió el director—que se debe combatir esa decantada "camaradería" cuando toma formas peligrosas, cuando, por ejemplo, los alumnos se niegan a denunciar los delitos o faltas graves de un miserable como Vajnov.

—¡Dios mío! — murmura la señora Kartachev—. Un niño que ha hecho una tontería es calificado de miserable.

No puede contenerse al decir esto, y, llena de indignación, añade, dirigiéndose al director:

—Pero esos miserables, como llamáis a los niños, tienen, por lo menos, el derecho de ser oídos antes de que se les injurie.

El director se ha puesto rojo de ira.

—Señora, estáis en mi casa; no puedo contestaros como pudiera hacerlo... Pero permítame, sin embargo, decirle que yo no me creo obligado a darle cuenta de mis actos.

Ella comprendió que había sido excesivamente dura, y se apresuró a excusarse.

—Os pido perdón... Me he dejado arrebatar... ¡Todo esto es tan nuevo para mí!... Y dígame, señor director—añade débilmente—: ¿tiene usted hijos?

—Sí, señora.

—En este caso, le ruego diga a su esposa que deseo no sufra nunca lo que nosotros hemos sufrido hoy. Y deseo igualmente a sus hijos que no sufran lo que hoy ha sufrido el mío.

Diciendo esto, y conteniendo apenas sus lágrimas, salió del despacho del director, descendió la escalera y subió a su carruaje.

El general permaneció todavía algunos instantes con el director, procurando suavizar la ruda impresión producida por las palabras de su esposa.

Sentada en el coche, sola, la señora Kartachev pensaba con amargura que ciertas personas, como aquel director, pretenden usurpar derechos sobre los hijos. En cuanto a ella, se quiere descartarla de su educación, como si fuese para él una extraña, una cualquiera. A pesar de todo lo que ha sufrido por su hijo, no tiene ya ningún derecho sobre él. Y esas personas no aman a su hijo ni quieren comprender su mentalidad y su alma. La prueba es que hieren brutalmente su amor propio.

—Vámonos—dice a su marido al aproximarse éste al carruaje—. Dejemos a esta gente ensoberbecida, que no piensa más que en sus carreras y olvidan incluso que ellos mismos han sido niños...

Aquella noche fueron informados los padres de Tioma de la resolución del consejo de disciplina. Consistía en que durante una semana el chico debía permanecer en el colegio una hora más que los otros alumnos.

Al día siguiente se dirigió Tioma al colegio. Iba solo.

Al subir la escalera encontróse con el director. Al principio no le había visto. El director, de pie en lo alto de la escalera, miraba la pequeña figura del nuevo escolar. Cuando éste estuvo junto a él dirigióle el director una mirada fría y severa. Tioma, al reconocer al director, quitóse apresuradamente su gorra y saludó, muy asustado, como si hubiese tropezado de repente con un enemigo peligroso.

El director apenas responde a su saludo y mira a otro lado.

## VII

### Pasan los días.

Una fina lluvia de noviembre azota los cristales de las ventanas.

El gran péndulo del comedor señala las siete de la mañana.

Zina va también al colegio. Lleva un vestido

de colegiala color pardo y una mantilla blanca. Se halla sentada a la mesa; toma un vaso de leche y repasa sus lecciones, mirando de vez en cuando un libro que tiene ante sí.

Al oír el sonido del reloj se levanta, y acercándose al cuarto de Tioma, le dice:

—Tioma, son las siete y cuarto.

Tioma responde con unas palabras ininteligibles.

Zina vuelve entonces a la mesa y sigue repasando sus lecciones.

En el cuarto de Tioma reinaba un profundo silencio. El chico no manifestaba la menor prisa por levantarse.

Zina se acerca de nuevo a la puerta, y dice con imperio:

—¡Vamos! ¡Levántate!

Esta vez sí responde Tioma, pero con tono irritado.

—¡Déjame en paz! Me levantaré sin necesidad de ti...

—No te quedan más que quince minutos. No te esperaré un minuto más. Sin esto, me retrasaré todos los días por culpa tuya.

Tioma se levanta por fin.

Después de ponerse las botas, se acerca al lavabo, se lava negligentemente la cara, se seca y peina de prisa, viste su chaquetilla de colegial, y, mientras se la abotona, entra en el comedor.

Tania, la doncella, le da un vaso de te.

—Está muy flojo—dice, rechazando el vaso—. Bébetelo tú, si quieres.

—¡Pero Artemy! ¡Mamá no quiere que usted beba el te muy cargado!...

Tioma se calla. Luego se levanta, coge la tetera y escancia te muy cargado.

Tania y Zina cambian una mirada, como preguntándose qué se puede hacer con un muchacho indócil como Tioma. Este, contento de su victoria, se pone a comer y a beber.

—¿Quiere leche?—le pregunta Tania.

—Medio vaso.

—Mamá ha dicho que beba un vaso lleno—dice Zina.

Tioma no le hace caso.

Cuando Tioma ha bebido la leche, Zina se levanta, comienza a arreglar sus libros y cuadernos y dice con resolución:

—Tú haces lo que quieras. Pero yo no te espero más, ni medio minuto...

Sin la menor prisa, Tioma comienza también a preparar sus libros y cuadernos.

Un minuto después salieron ambos para dirigirse al colegio.

Un coche cerrado los esperaba a la puerta. El caballo *Moreno* piafaba impaciente. El cochero Eremey abrió la portezuela.

Zina subió primero y se acomodó en el coche, que partió al momento. De pronto, le parece a Tioma que su hermana ocupa más de la mitad del asiento, y se pone a empujarla ligeramente.

—¿Qué haces?

—Se diría que no entiendes. Tú sola ocupas casi todo el coche.

Y al decir esto, apretaba más a su hermana.

Si sigues estrujándome, volveré a casa y se lo contaré a papá.

Tioma se calla, pero sigue en su tarea, tanto más cuanto que él es el más fuerte.

—¡Eremey! ¡Vuelve a casa!—ordenó Zina fuera de sí.

—¡Siga, Eremey!—grita, por su parte, Tioma.

—¡¡Atrás, Eremey!

—¡Adelante!...

Desconcertado el cochero por sus órdenes contradictorias, no sabe qué hacer.

—A fe mía que no sé—balbucea—lo que debo hacer.

Por fin, se restableció el orden en el coche. Sin más contratiempo llegó ante el colegio de Zina. Tioma se quedó solo.

Entonces se abandonó a sus sueños. La imaginación le transportó a una isla inexplorada. Allí tiene que sostener difíciles, arriesgadas luchas con los salvajes y las fieras. Y, finalmente, sale victorioso de ellas. Los indígenas se inclinan ante él y le proclaman su rey.... Pero él está aniquilado por tantas luchas, y muere. Y esta idea le encanta. Y él mismo se compadece de su fin. Todos lamentarán su muerte y le llorarán. Y hasta él mismo está presto a llorar también...

El cochero ha detenido el carruaje a la entrada del colegio, y espera que Tioma se apee.

El niño vuelve a la realidad y baja apresuradamente del coche.

Por el silencio que reina en el patio comprende que llega con retraso. Su corazón se oprime. Lanza una ojeada al patio, sube la escalera, y después de quitarse el abrigo, procura pasar inadvertido por el corredor.

Pero el inspector Iván Ivanovich, alto y flemático, está allí. Pone la mano sobre el hombro de Tioma, le mira al rostro y pregunta:

—¿Kartachev?

—Sí... Iván Ivanovich... no apunte mi retraso... se lo ruego.

—Esto no servirá de nada, puesto que el profesor notará la falta.

—La primera lección es la de Religión... Yo pediré al sacerdote que me perdone.

—Bueno—contesta Iván Ivanovich—, por esta vez pase la falta.

Tioma abre la puerta de la clase y entra en ella, procurando pasar sin ser visto. Va encogido, como si de esta manera no se le viese. Saluda al profesor, un sacerdote, y se sienta en su sitio.

Al terminar la lección, se dirige Tioma al profesor y le dice, con tono suplicante:

—Tened la bondad de borrar mi falta de la lista.

El presbítero, con mucha calma, levanta el extremo de su sotana de seda, saca de su bolsillo

un pañuelo, se suena las narices y pregunta a Tioma:

—¿Y por qué has venido tan tarde?

Detrás del profesor y de Tioma van muchos alumnos, con algazara, curiosos de saber lo que hablan.

—Nuestro reloj retrasa—dice Tioma en voz baja, para que los colegiales no lo oigan—. Hoy lo adelantaré un cuarto de hora.

—No vale la pena—dice el presbítero—. Será mejor levantarse un cuarto de hora antes.

Algunos colegiales ríen de un modo mefistofélico.

Tioma procura aparecer indiferente, y vuelve al aula. Se sienta y comienza a reflexionar sobre lo que acaba de decirle el profesor de Religión.

Vajnov coge un papel, lo arrolla, lo moja con saliva y comienza a hacerle cosquillas a Tioma en el cuello y en la oreja.

—Déjame tranquilo—le dice Tioma.

Pero Vajnov continúa:

—¡Déjame!—gritó Tioma.

Pero Vajnov coge una mano de Tioma y la aprieta con fuerza, hasta hacerle daño.

—¡Por Dios! ¡Que me haces daño!...

Vajnov suelta la mano de Tioma. Entonces, Tioma, muy excitado, da un golpe a su martirizador y echa a correr. Pero Vajnov le sigue, le coge a la entrada del aula y comienza a pegarle.

Vajnov sigue dándole golpes.

—¡Pero déjame! ¿Por qué me martirizas?—dice Tioma, con voz llorosa.

Y las lágrimas se deslizan por los ojos del niño.

Ilopov, el joven profesor de Latín, aparece en el corredor. Los alumnos le han visto y corren a ocupar sus sitios.

El profesor dirige una mirada a la clase, se levanta de su sillón y pasea por entre los bancos de los alumnos, al mismo tiempo que va explicando su lección.

—La lección, Kornev—dice a un alumno.

Kornev se pone en pie y comienza a decir de memoria una pequeña fábula latina. Su voz parece alterada, y el profesor hace un signo de desagrado.

—¡Basta! Esa voz me crispa los nervios. Continúe usted, Ivanov.

Ivanov comienza a recitar la lección; pero se detiene inmediatamente por haberla olvidado.

—Usted, Vajnov, siga diciéndola...

Pero Vajnov no sabe ni una palabra, y, después de levantarse, permanece mudo.

—Kartachev.

Tioma pronuncia dos frases. El profesor le interrumpe.

—Bien; ahora siga usted, Ivanov.

—No me acuerdo.

—Y usted, ¿Vajnov?

—Ayer estuve malo.

—Ya conozco su enfermedad. Continúe, Kartachev.

Pero Tioma no sabe más que la primera mitad de la fábula.

—Esta mañana la sabía bien...—balbucea Tioma.

—¿Y ahora se ha evaporado?—le pregunta irónicamente el profesor.

Tioma, con el entrecejo fruncido, mira al profesor y permanece callado.

—Siéntese.

Tioma se sienta. Vajnov le mira alegremente como si acabase de obtener una gran victoria.

—Yakovlev, los verbos irregulares.

Yakovlev es el alumno más aventajado de la clase. Con voz segura comienza a enumerar los verbos.

—Bien. Ahora usted, Chvander, traduzca.

Chvander, un muchacho anormalmente grueso, se levanta confuso y mira al profesor como espantado.

—Parece que me está usted tomando la medida; ¿para qué me mira tanto?

Los alumnos ríen.

—Bien; ¿es esto todo lo que sabe?

Todos vuelven a reírse.

—"Un asno, conducido por un molinero"...—comienza a decir Chvander, con voz insegura.

—Traduzca eso.

El alumno se calla.

—¡Ese sí que es buen latín! ¡Siéntese!—dice con tono burlón el profesor.

Así va transcurriendo toda la clase. Por fin, se oye la campanilla tan impacientemente esperada.

Pero el profesor no se apresura a salir y sigue sentado, por lo menos cinco minutos; esos minutos de recreo tan gratos para los colegiales.

Cuando sale, por fin, el profesor, los alumnos parecen tristes. No hay la animación habitual.

Algunos minutos después aparece en el estrado el obeso profesor de Lengua rusa.

Se rasca con el puntero su calva cabeza y comienza a hablar.

—"Un ruiseñor se hallaba sentado sobre un árbol." Guerbert, haga el análisis gramatical de esta frase.

Guerbert, que es hijo del judío Leiba, el tendero y vecino de Kartachev, hace el análisis, pero comete faltas.

—Continúe usted, Kartachev.

Tioma se levanta, pero al instante desaparece bajo el pupitre. Vajnov le ha tirado con todas sus fuerzas.

—¿Qué es eso, Kartachev?—grita el profesor.

Tioma reaparece muy encarnado y dice que se había caído.

Apenas ha tenido tiempo de decirlo, cuando desaparece otra vez.

—¡Vamos a ver qué es esto!...—exclama indignado el profesor—. Se diría que estamos en una sesión de magia. Kartachev, por su conducta, le pongo I, la nota más mala.

Y en la lista busca el nombre de Kartachev. Cuando lo encuentra, escribe el signo I.

Tioma, furioso, da entonces un golpe a Vajnov y le tira de los cabellos.

La clase siguiente era la de Alemán. Entra en el aula el profesor, señor Knop, un hombre pequeño, delgado y tímido, de toscos modales. No parece de ninguna manera un profesor, y podría tomársele por un sastre, un jardinero, un empleadillo, en fin, por cualquier cosa menos por un profesor.

Los colegiales saben todo lo que pasa en casa de Knop. Saben que tiene una mujer perversa en extremo; las hijas, que ha perdido la esperanza de casar; una madre anciana y ciega y una tía jorobada. Saben también que Knop es muy pobre, que teme siempre perder su empleo y tiembla delante del director, como los mismos alumnos. Y saben también que se puede hacer con él todo lo que se quiere: echar arenilla en su tintero, engrasar su pluma, en fin, todo género de picardías, sin que él se atreva a protestar.

En la actualidad, Knop parecía estar muy enfermo.

Después de pasar lista bajó del estrado, se detuvo ante la clase, y tranquilamente sacó de su bolsillo de atrás un pañuelo. Luego comenzó a sonarse, y con voz suave y amable dirigió a los alumnos un pequeño discurso, rogándoles que no hiciesen ruido y que fuesen buenos y dóciles.

—Os lo ruego—dijo al terminar.

Había en esas palabras la súplica de un hombre abatido y enfermo.

Durante algunos minutos todo anduvo bien. El aspecto doliente del profesor inspiraba compasión a los alumnos. Pero Vajnov no podía renunciar a sus travesuras. Colocó una pluma en la hendedura del banco, y tocándola con el dedo, produjo un sonido agudo, bien conocido del profesor Knop, pues ese sonido era casi siempre la señal de un *concierto* ensordecedor en el que tomaban parte casi todos los alumnos.

El profesor se puso furioso.

—¡Son ustedes unos miserables!—exclamó—. Inútil es hablarles en lenguaje humano. No respetáis más que a los que os trattan duramente...

—¡Cállate, salchicha alemana!—dijo Vajnov.

Y mascando un pedazo de papel lo lanzó a Knop. El papel mojado cayó sobre el uniforme del profesor.

Durante algunos segundos reinó un silencio embarazoso.

—Está bien—dijo al cabo el profesor—. Iré a enseñar esto al señor director. Que lo vea él mismo. Y se lo diré todo: cómo me martirizáis, cómo hacéis todo lo que puede mortificarme. Y le diré que el animal más perverso, bruto e insensato, es Vajnov.

—¿Por qué me insultáis? — exclamó Vajnov, saltando como si le hubiese picado una avispa—. Me insulta siempre, aunque yo no haga nada.

Y de súbito comenzó a aullar como si estuvieran matándole.

El profesor, desconcertado, sacó lentamente del

bolsillo su estuche de rapé, dió con el dedo sobre la tapadera, lo abrió, cogió un poco de polvo, y, sin dejar de mirar a Vajnov, se puso a aspirar el polvo de tabaco.

Vajnov seguía gruñendo, tapándose la cara con las manos y mirando al profesor por entre los dedos.

—Iré a dar la queja al inspector—dice al fin el muchacho, cansado de gruñir y dirigiéndose hacia la puerta.

—¿Adónde va?—preguntó Knop—. Vaya a su sitio.

—¿Por qué me insulta? ¿Tiene pruebas de que fuí yo quien hice sonar la pluma?

—Es usted malo, Vajnov.

Este vuelve a sentarse, y toca otra vez la pluma, que lanza un sonido agudo.

—Ahora pretenderá también que no es usted quien toca la pluma.

—Como dice usted que soy malo...

Y al decir esto, comienza a imitar el ladrido de los perros recién nacidos.

—¡Vajnov!...—dice con tono suplicante el profesor.

—Sé desde hace mucho tiempo que soy Vajnov.

—Sí; sabe... sabe muchas cosas... ¡Ah! ¡Si yo tuviese el corazón tan fuerte como el suyo!... Un verdadero corazón de caballo... En fin, puede ir a quejarse de mí al inspector.

Al decir esto, cierra los ojos y apoya la cabeza sobre las manos. Se siente mal.

—Sí, vaya a quejarse—repite, abriendo penosamente los ojos—. Diga al señor director que me quiere usted mal porque soy viejo y estoy enfermo. No hay que preocuparse del pobre Knop, que tiene cinco personas que mantener...

Vajnov, insensible, comienza a hacer sonar la pluma.

—¡Basta!—le grita el alumno Kornev—. ¿No ves que el señor Knop se siente mal?

Pero Vajnov, irritado por esas palabras, se pone a imitar los gruñidos de los puercos.

El profesor dirige en derredor una mirada desesperada, como pidiendo ayuda.

—¿Quieres acabar, idiota?—grita Kornev otra vez.

Y dirigiéndose a los alumnos que están más cerca de Vajnov, añade:

—Pero vamos, ¡hacedle callar!

Un colegial, Avgustich, se levanta bruscamente de su asiento, corre hacia Vajnov, y con los ojos inflamados por la ira, con los puños apretados, le grita:

—¡Animal! ¡Mala bestia!... ¡Te voy a matar!...

—¡Fuera de aquí, canalla!—le grita Vajnov.

El profesor inclina aún más la cabeza, y dice con débil voz:

—Me siento mal... No sé lo que tengo en el corazón... Llamen al inspector, os lo ruego.

Avgustich se precipita hacia el corredor. Los alumnos, asustados, guardan silencio.

—No es nada... esto pasará—murmura Knop entre sus labios pálidos como los de un muerto.

E inclina la cabeza sobre la mesa.

Un instante después entra en el aula Iván Ivanovich, el inspector.

—Le ruego me ayude a salir..., estoy enfermo...

Y apoyado del brazo del inspector sale de la clase con paso vacilante.

La última asignatura era la Historia Natural.

Los alumnos acogen con visible simpatía al profesor, Tomilin, un hombre de unos cuarenta años, de continente majestuoso y rostro franco.

Lleva consigo ejemplares de diversos animales. Después de colocarlos sobre su mesa, saca un pañuelo blanco como la nieve, sacude el polvo de su uniforme, se limpia las manos y saluda a los alumnos.

—Buenos días, colegiales.

Este saludo tiene la virtud de poner a los niños alegres, como si les hubiese anunciado algo en extremo agradable.

—Os traigo hoy una serpiente disecada. Es un ejemplar magnífico de la serpiente boa.

Al decir esto, abre una caja grande, saca la serpiente y la levanta con la mano, a mucha altura, para que la vean todos. Los alumnos, curiosos, se levantan un poco para ver mejor, y alargan el cuello mirando a la terrible serpiente, de ojos grandes y amarillos que parecen tener lentes.

—Esta serpiente—dice el profesor—es venenosa,

y el veneno que derrama es mortal. Como en las otras especies de serpientes, ese veneno se halla en la cabeza, cerca de los dientes.

Cuando esto dice, oprime un pequeño resorte, y la serpiente abre la boca.

—Ved dónde se halla el veneno. Ahí, junto a los dientes, podéis ver una pequeña mancha negra...

Los alumnos se levantan y se aproximan estrepitosamente, poniéndose de puntillas para ver mejor.

—No os apretéis... Os la enseñaré a todos...

Cuando terminó el examen de la serpiente y se restableció el orden, dijo el profesor:

—Jóvenes: hoy se ha cerrado esa puerta, tal vez para siempre, para vuestro profesor de Alemán señor Knop. El pobre sufre una dolencia incurable. Y allá, en su hogar, esperan cinco pobres mujeres que no pueden ganar su vida y que sin él morirán de hambre.

Después callóse, dió algunos pasos por el aula y dijo:

—Y ahora, comencemos. Tioma, diga usted la lección.

Tioma, que sabía siempre muy bien sus lecciones de Historia Natural, no sabía la lección hoy. Los alumnos creían que la hora de clase se invertiría en explicaciones y demostraciones del profesor.

Tioma enrojeció de vergüenza aun antes de abrir la boca, balbució algunas palabras y de pronto guardó silencio.

—¿No has aprendido la lección?

Tioma se sienta y comienza a llorar.

El profesor seguía preguntando a otros alumnos, y parecía haber olvidado por completo a Tioma. Este cesó de llorar, lleno de cólera hacia sí mismo y hacia todos los alumnos testigos de sus lágrimas.

—Otra vez aprenderás la lección, ¿no es verdad?—le dice el profesor acercándose a él y poniendo una mano sobre su cabeza.

Tioma levanta los ojos, y encuentra una mirada tan amable y cariñosa, que le conmueve profundamente.

—Sí. señor, la aprenderé—contesta con acento de convicción.

—¿Y por qué no la sabías hoy?

—Creía que la hora de clase la emplearía usted en sus explicaciones.

—Bien; pero no olvides tu promesa.

Han terminado las clases. Los colegiales salen a la calle con algazara.

Tioma se dirige al colegio de niñas, en busca de Zina, y los dos hermanos se van a pie a su casa.

Zina está muy contenta, pues ha recibido buenas notas.

—Y tú, ¿has sabido las lecciones?—pregunta a su hermano.

—No te importa—contesta Tioma con sequedad.

Durante la cena, Zina come con mucho apetito y habla continuamente. Su hermano apenas come,

no dice nada y escucha con indiferencia a Zina. La familia ha cenado antes, pero está toda allí, en el comedor. La madre mira afectuosamente a Zina y a Tioma.

—Estás pálido—dice a éste—y no comes casi nada.

—Es porque compra confites, y esto le quita el apetito—dice Zina.

—¡No es cierto!—contesta Tioma, aunque sabe muy bien que la niña tiene razón.

—Sí, es verdad.

—Iré a ver al director y le diré que permita a los colegiales llevar merienda.

Después de cenar, Tioma se dirige al jardín. El viento sacude los árboles, privados ya de sus hojas. La tristeza se apodera del corazón de Tioma. Le parece que ya no es el mismo jardín que le procuraba tanta alegría cuando aun no era colegial.

Tioma va en busca de su amigo Joska, pero éste tampoco es ya el mismo, y Tioma comprende que su antigua amistad acabó. Entonces se dirige al solar; pero sus camaradas—los Gueraska, Kolka, Yachka—no están allí; todos trabajan para ganar su vida y ayudar a sus padres.

La tristeza de Tioma se intensifica.

—Tioma, ¿quiere entrar en mi casa?—oye preguntar de pronto.

Es la mujer del viejo Keiser, que se halla en la ventana de su casa.

El niño entra en la casita, limpia y caliente;

mira las paredes, recién blanqueadas, el suelo muy bien fregado.

—Dígame, Tioma: ¿quién es vuestro profesor de Alemán?

—El señor Knop.

—Entonces es el mismo. Mi hermana trabaja en su casa como doncella.

—Hoy se ha puesto enfermo.

—¿Sí? ¡Ay Dios mío! Si muere será una gran desgracia para la familia. Además, debe a mi hermana treinta rublos. Es muy pobre...

Tioma piensa en las cinco mujeres que componen la familia de Knop, y su corazón se oprime de piedad.

—¿Dice usted que son pobres?

—Sí; y si el señor Knop muere, la familia se quedará reducida a la miseria más extrema.

—¿Qué harán entonces esas mujeres?

—No sé. Tal vez se podría hacer ingresar en un asilo a la madre y a la tía. En cuanto a la viuda y sus dos hijas, se verán obligadas a mendigar.

—¿Cómo? ¿Mendigar?

—Sí, Tioma. Cuando sea usted mayor y pase por delante de ellas en su coche, les dará un *copeck*.

—No; les daré un rublo.

—Dios se lo pagará. Hay que ser bueno hacia los pobres, pequeño.

Cuando Tioma volvió a su casa sentóse al lado de su madre y le dijo:

—¿Sabes, mamá? Nuestro profesor de Alemán, señor Knop, ha caído enfermo. La hermana de la señora Keiser sirve en su casa de doncella. Si el señor Knop muere, su madre y su tía ingresarán en un asilo, pero su mujer y sus dos hijas tendrán que mendigar por las calles.

—¿Es la señora Keiser quien te lo ha dicho?

—Sí, mamá. Y ahora, ¿puedo coger una manzana?

—Bueno.

Tioma coge del frutero una manzana, vuelve a sentarse y comienza a comerla.

—¿Quisieras ir a ver al señor Knop?—le pregunta su madre.

—¿Con quién?

—Conmigo.

Tioma vacila un momento.

—¿Qué te parece?

—No sé... Me da vergüenza.

—¿De qué?...

—Bueno, vamos allá...

Una hora después llegaban a le casa del profesor.

Tioma, muy confuso, se halla sentado en una silla, mirando, unas veces a la anciana madre del profesor, una mujer pequeña y desmedrada; otras, a las hijas del señor Knop, jóvenes de alta estatura, blancas de rostro y ojos negros, que miran a Tioma afectuosamente. La esposa de Knop, obesa, pálida y adusta, no causa buena impresión al niño.

A los pocos momentos entran en la habitación del profesor. Es muy reducida, y todo el mobiliario consiste en una cama, una mesita y una silla. A los pies de la cama se ven unas bonitas pantuflas artísticamente bordadas. A Tioma le sorprende ver allí tan hermosas pantuflas. Si el señor Knop es tan pobre, ¿cómo puede tener unas pantuflas semejantes?

Pero al fijar su mirada en Knop, Tioma se asusta. El profesor está desconocido. En el espacio de algunas horas ha cambiado por completo. Está lívido como un cadáver. Con su mano descarnada y huesuda acaricia el profesor la cabeza del niño que se halla junto al lecho, con la mirada fija en el suelo.

Tioma vuelve al recibimiento. Allí se halla el profesor de Historia Natural, señor Tomilin. Hablaba con la madre de Tioma. Al ver entrar al niño, dice con tono cariñoso:

—Buenos días, Tioma.

Y atrayéndole hacia él le da un beso.

—Es muy simpático el señor Tomilin—dice la madre de Tioma, cuando vuelven en el coche a su casa.

Tioma está contento de que su profesor predilecto haya causado buena impresión a su madre.

—Mamá, ¿es que tú podrás ayudar a la familia del señor Knop?

—Tal vez. Acaso conseguiré colocar a sus dos hijas: a una, como institutriz, en el colegio de niñas, y a la otra, como profesora de música.

—¿De piano?

—Sí. En todo caso, si el pobre señor Knop muere, no se verán obligadas a pedir limosna como te ha dicho la señora Keiser.

Después de todas las peripecias del día, Tioma no tiene la menor gana de estudiar sus lecciones del día siguiente.

Zina estudiaba hacía rato, sentada a la mesa. Tioma se puso a buscar despacio, para ganar tiempo, unas veces los libros, otras sus cuadernos, otras una buena pluma. La madre, que vigilaba siempre el estudio de los niños, se halla sentada con un libro en la mano.

Por vigésima vez, Tioma iba de mal talante desde la mesa al armario en que se hallaban sus libros, como si buscara alguna cosa.

Zina le observa con aire burlón.

—Te voy a hacer ver cómo andas—dice a su hermano.

Al decir esto se levanta, da a su semblante una expresión en extremo atontada, abre la boca, deja caer sus brazos a lo largo del cuerpo, y, encogiendo un poco las rodillas, comienza a andar desgarbadamente, tropezando contra las sillas y las paredes.

Tioma reconoce que le imita muy bien, y la mira muy satisfecho.

—¡Vamos, niños! ¡A trabajar!—dice la madre.

—Mamá, yo he copiado ya media página—dice Zina.

—A mí se me ha perdido el cuaderno—dice Tioma para justificarse.

—¡Pobrecito cuaderno! Se ha perdido él mismo, ¿no es verdad?

—Ayer lo puse aquí...

—Y se escapó—dice irónicamente su madre.

Por fin, parece el cuaderno.

Tioma comienza a escribir, sentado en un extremo de la silla, en una postura muy incómoda.

Zina le observa y dice:

—Voy a enseñarte cómo escribes...

Para Tioma es esto una distracción. Suelta la pluma, se levanta y mira a Zina con visible placer.

Zina separa los codos todo lo que puede y los coloca sobre la mesa; saca la lengua, tuerce los ojos y parece como paralizada. Su rostro, así como toda su figura, adquiere una expresión estúpida.

—¡No! ¡Yo no escribo así!—dice Tioma con tono de duda.

—Pregunta a mamá. Dí, mamá, ¿no es así como escribe Tioma?

—Sí, y peor que eso.

—¿Ves?—dice triunfalmente Zina.

—Pero yo aprendo antes que tú los versos.

—¡Quia!

—¿Quieres apostar? No leeré más que dos veces una poesía cualquiera, y la sabré de memoria A ver quién la sabe antes

Zina declina, desdeñosa, la proposición.

—Eso no me interesa.

—Tu aprendes pronto—dice la madre a Tioma—, pero luego lo olvidas todo; mientras que Zina aprende para siempre.

El triunfo de la niña es completo.

—¿Acaso negarás que he adelantado más que tú en la música?

—¡Oh! eso...—dice despreciativamente Tioma—eso no me interesa. La música es cosa de mujeres.

Zina, vencida, continúa su escritura. Pero muy pronto vuelve a la carga.

—¿Y nuestro profesor de música, el señor Kravchenko?... ¡Y él es hombre!...

—No; es una mujer—contesta tranquilamente Tioma—. Por eso no tiene barba. Se viste como un hombre, pero es una mujer.

Zina se queda con la boca abierta ante esa insolencia de su hermano.

—Mamá, ¿oyes lo que dice?

—Tonterías; es que se burla de ti, nada más.

—El señor Kravchenko tiene incluso cuernos; pero los oculta bajo su cabellera—añade Tioma, con voz grave e imperturbable.

—¿Oyes, mamá?

—¡Basta! ¡Tioma!—exclama la madre.

El niño se calla; pero, al mismo tiempo, señala con la mano a Zina el sitio de la cabeza donde se hallan los cuernos del profesor de música.

—¡Mamá!—lloriquea Zina—. Hace tonterías.

—¿Qué hace?

—Enseña los cuernos...

—Si no estáis tranquilos, os castigaré.

Tioma enseña una vez más los cuernos a Zina, quien, para tomar su desquite, le enseña la lengua. Tioma no quiere ser menos, y comienza a hacerle guiños terribles. Su hermana le imita, y durante algunos minutos rivalizan con el mayor celo en este arte inicuo. Es Tioma quien obtiene el triunfo, pues hace una mueca tan extraordinariamente graciosa y terrible al mismo tiempo, que Zina no puede contenerse y lanza una carcajada.

Esto atrae la atención de la madre.

—¡Vamos! ¡Te pones imposible, Tioma! Siéntate aparte, en la mesita, de espaldas a tu hermana. Eres muy perezoso y debiera darte vergüenza.

Los niños guardan silencio, y Tioma termina por fin sus apuntes. Como de costumbre, su madre comprueba si ha aprendido realmente sus lecciones. Mas, en cuanto al Latín, que ella no conoce y va aprendiendo poco a poco, siguiendo los estudios de Tioma, no es ya tan fácil la comprobación. En esto podía engañarle el niño, y en verdad que no tenía escrúpulos. Engañando a su madre, pasaba, por decirlo así, por la escuela preparatoria, para engañar después a sus profesores.

—¿Y esta frase, Tioma? No la has traducido.

—Esto, mamá, se ha publicado por error en nuestro curso; para traducirla hay que saber la sintaxis latina...

Su madre desconfía, pero nada puede hacer.

Tioma ha concluído y mira al reloj. ¡Qué alegría! Todavía le queda una hora antes de acostarse; una hora entera, completamente desocupado, libre de toda obligación y cuidado...

En el corredor, el cochero Eremey quemaba paja en una estufa. ¡Esto es muy interesante! Tioma se sienta a su lado y ve cómo arde la paja. Eremey colocaba grandes montones de paja en la estufa, y ésta parecía insaciable y capaz de tragarse toda la que se le metiese en la boca. Tioma le ayudaba a atiborrar la estufa, y seguía con la mirada las chispas y llamas que llenaban el interior.

—¿Has recibido carta de tu hermano, el que está en el campo?—le pregunta el niño a Eremey.

—Sí.

—¿Y qué te dice?

—Que todo va bien. La cosecha es muy buena. Han comprado otro caballo; ya tienen cuatro.

Eremey se anima entonces y habla del campo, de las faenas agrícolas.

—Por la Pascua pediré permiso a su padre de usted e iré a pasar algunos días en el campo.

—¿Entonces no verás nuestro *árbol de Noel?*

Eremey se sonríe y contesta:

—¡Qué vamos a hacerle! Allí, en el pueblo, tengo a toda mi familia...

—¿Y la quieres mucho?

—Así es.

Por un instante se abisma Eremey en pensa-

mientos gratos. Allá, en la aldea, todo le es querido, fácil, mucho más que aquí. Se imagina la alegría con que le recibirá su familia, y piensa en la mesa servida amorosamente, en los pastelillos que su madre sabe hacer como nadie...

Tioma interrumpe sus pensamientos, preguntándole:

—¿Qué crees que me van a regalar por Pascua?

Eremey reflexiona un instante, contempla el fuego, y dice:

—¿Un fusil tal vez?

—Un fusil de verdad.

—Sí, de verdad--responde Eremey sin convicción.

En este momento se acerca Tania y se sienta también junto al fuego.

—Cuando sea usted mayor, Tioma, será oficial... Tendrá un sable y bigotes...—le dice Tania.

—No; no quiero ser oficial.

—¿Por qué? Es una buena carrera.

Eremey comparte la opinión de Tania acerca de las ventajas de la carrera militar.

—Y llegará usted a general como papá.

—Mamá no quiere que yo sea militar—dice Tioma.

—Si usted se lo pide, consentirá en ello.

—No; yo quiero ser un sabio... como Tomilin.

—¡Ah! A mí no me gustan los sabios—arguye la doncella Tania—. He conocido un... un profesor de colegio... No era simpático ni mucho menos... flaco... adusto... No; a mí me gustan los oficiales... Tienen hermosos mostachos...

—Yo también tendré bigotes—dice el muchacho, esforzándose por mirar su labio superior.

Tania mira también el labio superior de Tioma, y le da un beso en él. Disgustado, Tioma la aparta de sí, diciéndole:

—¿Por qué me besas?

—Eso hace crecer el bigote.

—No es verdad...

Tania mira maliciosamente a Eremey y se sonríe. Tioma mira a su vez a Eremey, quien sonríe también enigmáticamente.

—¿Es verdad lo que dice Tania, Eremey?—le pregunta el niño.

—¿Qué?

—Que los besos hacen crecer el bigote.

—No; es una broma de Tania.

Diciendo esto, se levanta lentamente. Ha terminado su tarea.

Tioma le imita y se dirige al comedor.

Allí, Zina, rodeada de otras niñas, procede a una operación misteriosa. Tiene en una mano, sobre una bujía encendida, un trozo de azúcar, y en la otra mano una cuchara. El azúcar se funde por el calor y va cayendo, en gotas amarillas transparentes, sobre la cuchara.

Natacha, Serecha y Anita siguen atentamente con la vista las gotas que caen.

—¡Yo también hago eso!—grita Tioma.

—Tioma, esto es para Natacha, que tiene tos.

Pero Tioma no le hace caso.

—Yo también toso.

Y con un trozo de azúcar y una cuchara se coloca al lado de su hermana y sigue su ejemplo.

—Si me empujas, retiro la bujía—le previene Zina—. La bujía es mía.

—No tengas miedo, no te empujaré.

Tan absorto se halla en su trabajo, que hasta saca la lengua. Pero la operación no resulta. Las gotas que caen en su cuchara no son amarillas, sino negras y mezcladas con humillo.

—¡Eso no sirve!—grita Zina al ver las gotas negruzcas.

La infantil compañía se ríe.

—Lo mismo da—dice Tioma.

Y comienza a comer con fruición los caramelos negros así fabricados.

—Niños, a acostarse—dice la madre al entrar en el comedor.

Los niños se dirigen al despacho de su papá, le besan la mano y dicen:

—Buenas noches, papá.

El padre interrumpe su trabajo y hace la señal de la cruz sobre los niños.

Al entrar en su habitación, se arrodilla Tioma ante el icono y recita su oración.

A través de la ventana se oye el ruido de la lluvia. Tioma, oyendo ese ruido monótono, se abisma en sus reflexiones. Por su mente pasan todos los recuerdos del día: Eremey, la señora Keiser, el señor Knop, Tomilin...

Siente gran cariño hacia Tomilin, y se imagina de súbito que éste es su padre. Pero este pensa-

miento le turba, como si acabase de cometer un pecado. Al instante se acuerda de su padre.

"No; yo quiero mucho a papá—se dice—. Y a mamá, a Eremey, al señor Knop... A todo el mundo..."

—Artemy, acuéstese—dice Tania, asomando la cabeza por la puerta—. Mañana tiene que madrugar.

Interrumpido en sus meditaciones, Tioma frunce las cejas. Sí; mañana habrá que levantarse temprano, ir al colegio... Y al día siguiente... y los otros... ¡Qué fastidio!

Y Tioma lanza un suspiro.

## VIII

### Ivanov.

A los pocos días murió el señor Knop.

La madre y su tía ingresaron en un asilo. Su mujer entró como auxiliar en el colegio de niñas, gracias a la madre de Tioma, y una de sus hijas como inspectora; en cuanto a la hija menor del señor Knop, la misma señora Kartachev la tomó a su servicio.

En el colegio de Tioma ha sustituído al profesor un joven alemán, grueso, de pómulos rojos, Robert Jvanich Klau.

Los alumnos comprendieron inmediatamente

que con Klau no podían permitirse lo que se habían permitido con el pobre Knop.

Los días se deslizaban monótonos y aburridos en apariencia, pero dejando en realidad huellas profundas en el alma de Tioma.

En la clase, su nuevo compañero de banco era un tal Ivanov. Torcía ligeramente los ojos, y esto, al principio, causó mala impresión a Tioma; pero poco a poco, a medida que se acostumbró a ello, comenzó a hallar algo agradable, atrayente, en aquellos ojos. Hasta comenzó él mismo a torcer la vista para imitar a Ivanov.

Su madre le reñía a menudo, y le costó mucho trabajo luchar contra esa nueva manía.

—Cuando tuerces la vista te pones muy feo y extraño—le decía.

Ivanov ejercía sobre Tioma una influencia, un ascendiente casi misterioso. Era un muchacho serio, ensimismado siempre. No hablaba con nadie, no se levantaba nunca de su sitio, permanecía completamente indiferente a los elogios o a las admiraciones de los profesores. En nada se parecía a los demás colegiales.

—¿Te gustan las "cosas terribles" de miedo?—pregunta un día a Tioma durante la clase.

—¿Qué cosas?—interroga a su vez Tioma, volviéndose hacia Ivanov.

—Cállate—murmura el otro nerviosamente—. Y no te vuelvas hacia mí. Haz como si escuchases al profesor... Las "cosas terribles" son los diablos, las brujas...

—Sí; me gusta eso.

—¿Y qué te interesa sobre todo?

Tioma duda un momento, y luego dice:

—Todo...

—Pues te voy a contar una historia que acaba de suceder en España... Pero ¡no te vuelvas hacia mí..., no me mires!... Que parezca que escuchas al profesor... Pues bien: era un caminante a quien sorprendió la noche en el camino durante su viaje por España. Vióse entonces obligado a pasar la noche en un castillo...

Tioma prevé un relato nada vulgar y siente un ligero estremecimiento.

—El caminante—prosigue Ivanov—sabía que ocurrían cosas misteriosas durante la noche en aquel castillo. Pero no hizo caso. Sabía que al dar la campanada de las doce se abren ellas solas todas las puertas, y se encienden, por sí solos también, todos los candelabros. Luego, en la estancia más apartada, aparece de repente una mujer muy alta vestida de blanco... Pero no te vuelvas de mi lado; mira tu libro, o no te cuento nada más.

Tioma escuchaba embelesado, encantado, elevándose a las regiones del misterio.

Sabía Ivanov innumerables historias fantásticas, y Tioma le oía estremecido de placer y de miedo, con los nervios crispados.

—No salgas después de la lección—le decía a veces Ivanov—y te contaré alguna historia.

Tioma renuncia entonces a sus juegos con los

otros colegiales y queda como clavado en su asiento. Y en cuanto Ivanov comienza su relato, se apodera por completo de su compañero. Este le mira, ve su chaqueta raída y sus botas rotas, escucha con embeleso las historias terribles y siente que ama cada vez más a ese pobre muchacho gentil, soñador, extraño, y piensa que por él es capaz de todos los sacrificios.

—¡Cuántas cosas sabes!—le dice un día Tioma a su amigo—. ¿Cómo puedes inventar todo eso?

—¡Qué inocente eres!—responde Ivanov—. Eso no son invenciones mías. Es en los libros donde leo todo eso.

—¿Es que se cuentan esas cosas en los libros?

—¡Ya lo creo! ¿Es que tú lees algo?

—No. Estudio mis lecciones, y esto es todo.

Entonces Ivanov se pone a explicarle que hay libros maravillosos que relatan toda suerte de historias.

Esto fué para Tioma como una revelación.

—Te voy a traer un libro muy interesante—le dice Ivanov—; pero, sobre todo, no lo estropees...

Al siguiente año, Tioma ha hecho conocimiento con Cogol, Maine-Reid, Wagner y algunos otros escritores. La lectura le apasiona. Por las noches, después de las lecciones, se retira a un rincón apartado, donde nadie puede verlo—a veces en el cobertizo, en el granero, en el quiosco del jardín—, y allí lee horas enteras extasiado, viviendo con los héroes de sus libros.

Poco después comienza a frecuentar la casa de Ivanov, intimando más con este muchacho bondadoso y soñador. Ivanov no tiene padre ni madre y vive en casa de su tío, un terrateniente. Pero hace su vida, aparte de la familia, en un cuartito situado junto a la cocina. Nadie de la familia se interesa por él, e Ivanov, a su vez, corresponde con la misma indiferencia, y hace una vida completamente aislada.

Algunas veces, Tioma llevaba a Ivanov a su casa.

—¿Te parece buen chico, mamá?—preguntaba a su madre.

—Sí, es muy gentil—contestaba la madre.

Y Tioma se sentía contento.

—¿Y qué es lo que te agrada más en él?

—Los ojos.

—Es verdad... Su madre murió hace dos años. Yo he visto su retrato. ¡Qué bella es! Ivanov lleva siempre en el pecho una pequeña fotografía de su madre. Me la ha enseñado, pero rogándome que no se lo diga a nadie. A ti te lo digo en secreto, mamá, y no hay que contarlo a quienquiera que sea... Si tú supieses cuánto quiero a Ivanov!...

—¿Más que a mamá?...

Tioma, confuso, baja la vista y contesta:

—Os quiero igualmente a los dos.

—¡Qué tonto eres, hijo mío!—dice la madre sonriendo.

—Mamá, me ha invitado a ir con él este verano a la casa de campo de su tío. Hay en la quinta un gran estanque, y allí pescaremos con caña. Tam-

bién hay una huerta muy grande, y las ramas de los árboles penetran, por las ventanas abiertas, en la misma quinta. También hay muchos libros. Leeremos juntos días enteros... ¿Me dejarás ir con él, mamá?

—Si sales bien de los exámenes, sí.

—¡Oh! ¡Qué alegría! ¡Te traeré muchas cerezas!...

—Bueno, bueno... Pero, entre tanto, es menester que estudies tus lecciones.

—No tengo ganas de estudiar—dice, estirándose perezosamente.

—Pues si no estudias, no irás al campo.

—Bueno, mamá, voy a estudiar.

Algunas mañanas, cuando Tioma tenía pereza de dejar la cama calentita para ir al colegio, se acordaba de pronto de su amigo, y, lleno entonces de impaciencia, se levantaba presuroso y comenzaba a vestirse. Se sentía dichoso al pensar que iba a ver de nuevo a Ivanov, que se saludarían afectuosamente y se sentarían el uno al lado del otro. Su vecino Kornev los miraba sonriendo, y dirá, mientras se roe las uñas, como de costumbre:

—Se dirá que no os habéis visto desde hace cien años. ¿A qué esperáis para abrazaros?...

En esos momentos se creía Tioma el hombre más feliz del mundo.

## IX

### Un drama.

¡Ay! Nada es eterno en este mundo. La amistad que unía a Tioma e Ivanov se extinguió pronto. La ilusión de partir juntos al campo se había desvanecido. Hasta el recuerdo de aquellos días felices de la infancia de Tioma se eclipsaba tras otros recuerdos, y acabó por borrarse casi enteramente.

Con arreglo al programa, correspondía la clase de Lengua francesa. El profesor, señor Bochard, que comenzó su carrera muy modestamente, como cochero de un gran señor ruso que le había llevado consigo de París, se halla sentado ante su mesa, y se prepara para explicar su curso. Su aire es majestuoso, como si se hallase en el pescante de su carruaje. Y como tenía la costumbre de dar con el látigo de vez en cuando a los caballos que guiaba, ahora daba golpecitos en la mesa con la mano, y decía:

—*Voyons! Voyons!*

Uno de los alumnos comenzaba a traducir algo; los demás parecían somnolientos y se preocupaban muy poco de la traducción. También había colegiales que leían a hurtadillas libros de Julio Verne o de Maine-Reid.

En la mirilla circular de la puerta del aula se percibe un ojo. Es que el inspector Iván Ivano-

vich mira desde el corredor lo que ocurre en el aula. Vajnov le enseña la lengua y hace un gesto en extremo grosero.

A pesar de su bondad, Iván no puede tolerar tal insulto. Abre la puerta, entra en la clase e invita a Vajnov a que vaya al despacho del señor director.

Vajnov está atemorizado y jura que no es él quien ha enseñado la lengua. Hasta invoca el testimonio del profesor señor Bochard, quien podría, según él, decir que Vajnov estaba tranquilamente en su sitio y no hacía nada vituperable.

Pero el señor Bochard, que miraba a Vajnov con la mayor curiosidad, como un ser de una especie infinitamente inferior, se negó a defenderle, diciendo en su lengua:

—*Allez! Allez! Sale bete!*...—(¡Vaya! ¡Vaya!, ¡bestezuela!)

Vajnov, viendo que nada puede esperar del profesor, sigue a Iván Ivanovich Pero en cuanto sale del aula y la puerta se cierra tras él; cuando ninguno de los colegiales puede verle, se arrodilla delante de Iván Ivanovich.

—¡No me pierda usted!—dice en acento suplicante—. Si da usted la queja, el director me expulsará del colegio, y mi padre me matará. Ya sabéis el carácter de mi padre...

En efecto, Iván conocía bien al padre, un verdadero bruto, cruel, implacable. Todo el mundo conocía su crueldad, al mismo tiempo que su honradez y su bravura.

—Bien; levántese...—balbucea el inspector, confuso y esforzándose por levantarlo del suelo.

Para hacer más eficaz su súplica, Vajnov, al levantarse, besa la mano de Iván. Este, desconcertado, más confuso aún, escupe como de repugnancia y se marcha, para poner término a aquella escena vergonzosa.

Vajnov, después de permanecer un instante en el corredor, vuelve a entrar en la clase.

Ahora bien: sin saberse cómo, el director ha sido informado del suceso. Y el consejo de disciplina, para castigar a Vajnov, ha decidido que durante dos semanas sufra dos horas diarias de arresto en el calabozo del colegio.

Vajnov se pregunta quién puede haberle denunciado al director. Está seguro de que no ha sido Iván Ivanovich. Y piensa entonces que es el profesor de Francés quien le ha delatado. Todos los alumnos son del mismo parecer, y todos se hallan indignados por la conducta del señor Bochard.

Vajnov, despreciado hasta entonces por todos los alumnos, se convierte de repente casi en un héroe, en un mártir, víctima de una injusticia. La compasión general ha despertado en él el amor propio, aplastado al principio por el estúpido sistema educativo de su padre, y luego por la disciplina del colegio. Ahora experimenta —acaso por primera vez en su vida—una satisfacción moral desconocida hasta entonces. Todos se interesan por él, todos defienden su causa, le

consideran como una víctima. Y él quiere probar a la clase que sabe vengar su honor. Puesto que es el señor Bochard quien le ha denunciado, es menester que su cobardía no quede impune.

Y Vajnov se tortura la cabeza para inventar un medio de venganza cualquiera. Por fin, se le ocurre una idea.

Unos minutos antes de comenzar la clase, Vajnov cree que debe poner al corriente de su proyecto a Tioma y a Ivanov, sus compañeros más próximos.

—Debéis saber—les dice con tono confidencial—que he puesto en el sillón de Bochard una aguja. ¡Figuraos el salto que va a dar cuando se siente!...

Con gran asombro de Vajnov, Tioma e Ivanov, en vez de felicitarle por su "idea genial", manifiestan su horror ante esa idea.

—Bueno...; pero ¡silencio!...—les dice Vajnov—. Espero que no me denunciaréis... En otro caso...

Y su rostro adquiere una expresión amenazadora.

—No te denunciaremos, pero no es a causa de tus amenazas—responde con dignidad Ivanov—, sino porque la camaradería nos lo veda. Pero lo que quieres hacer es tan cobarde, tan innoble...

Tioma subraya las palabras de su amigo con signos y gestos de conformidad absoluta.

La entrada del profesor interrumpe la conversación. Majestuoso y tranquilo, el señor Bochard sube al estrado, y sin apresurarse, con la mayor

calma, coloca sus libros sobre la mesa. Luego mira, con una mirada de águila somnolienta, a la clase, y después de separar lentamente los faldones de su levita, se deja caer sobre el asiento con todo su peso.

En el mismo instante da un salto, como mordido por una serpiente; lanza un grito terrible, se inclina sobre el sillón y comienza a tocar el asiento con la mano. Muy pronto encuentra la aguja, la coge y se lanza fuera de la clase.

Transcurren algunos minutos de ansiedad. En la clase reina un profundo silencio. De súbito se abre la puerta con estrépito y aparece el director. Entra lívido de cólera y sus ojos despiden chispas.

Sin titubear, se lanza hacia el último banco, ocupado por Vajnov, Ivanov y Tioma.

—¿Quién es el culpable?—grita a Tioma, con voz ahogada por la ira.

—Yo no soy—contesta Tioma aterrorizado.

—¿Quién es?

Y al preguntar esto, el director coge la mano de Tioma, oprimiéndola con fuerza, al mismo tiempo que fijó en el niño una mirada inquisitorial.

—¡No he sido yo!—balbucea Tioma.

El director le tira entonces con fuerza de la mano y lo lleva hasta el corredor. Tioma, espantado, temblando, le sigue con dificultad. Un instante después se halla en el despacho del director. Este cierra la puerta con llave. Luego se

aproxima al niño, le contempla con mirada severa y se inclina hacia él con actitud amenazante.

—¡Déjeme!... ¡Déjeme!... — grita Tioma, llorando.

Y huye hacia un ángulo de la estancia.

El director le coge por un brazo y le dice con voz sofocada:

—No le haré ningún daño; pero dígame en seguida quién ha hecho eso... si no...

En el fondo de su voz había una terrible amenaza. Los ojos del director iban acercándose más y más a los de Tioma y despedían llamas terribles. Tioma procuraba esquivarlos, volvía la cabeza; pero le seguían siempre, implacables, fascinantes.

—¡Pronto! ¡Dígame quién es! No saldrá de aquí antes de decírmelo todo... ¡Se lo ordeno! ¡Lo exijo! Si no...

Tioma sollozante, invadido por un terror indecible, siente vacilar su voluntad. Le parece que su corazón se desgarra. ¡Que esta tortura acabe cuanto antes!...

—No sé... déjeme... No sé nada...

—Sí; lo sabe usted todo, y me lo tiene que decir...

Tioma balbucea algunas palabras, suplicando que se tenga piedad de él, que, aun cuando supiese quién es el culpable, no podría decirlo, porque sería entonces un traidor despreciado por todo el colegio.

Pero el director es implacable.

—¡Diga quién es el culpable!...

Y acaba por arrancar la confesión a Tioma. Pero, apenas ha pronunciado el niño el nombre de Vajnov, se apodera de él un terror tal, que lanza un grito desgarrador.

—¡No!... ¡No quiero!... ¡No puedo!... ¡No es Vajnov!... ¡He mentido!...

—¡Basta!—dice fríamente el director.

Entonces abre la puerta de la habitación inmediata, hace entrar en ella a Tioma y cierra la puerta con llave, dejándole solo.

Tioma comienza a llorar, sintiéndose perdido para siempre. ¿Cómo podrá ahora levantar la cabeza ante sus compañeros?

Un minuto después oye abrirse con violencia la puerta del despacho del director. Y a los pocos instantes percibe la voz de su amigo Ivanov.

—¡No! ¡No puedo!—decía el colegial—. Haga de mí lo que queráis, pero no puedo decir nada.

Luego oye la voz amenazadora del director, sofocada por la ira, y después la de Ivanov, que dice:

—Estoy dispuesto a asumir toda la responsabilidad; pero no quiero hacer traición a mis compañeros...

—Pues en tal caso, queda usted expulsado del colegio. Puede marcharse. Nosotros no debemos tolerar alumnos semejantes.

—Muy bien. Puede usted arrojarme del colegio; pero no me obligará jamás a cometer un acto de cobardía...

—¡Fuera de aquí!—exclama el director.

La puerta se cerró de nuevo con estrépito, y el gabinete del director quedó en el mayor silencio.

Media hora después se reunía el consejo de disciplina. Ha tomado la resolución siguiente: Vajnov e Ivanov quedan expulsados; Tioma permanecerá dos horas más en clase cada día durante una semana.

La puerta de la habitación donde estaba encerrado Tioma se abre de pronto, y un inspector le ordena que vuelva a clase.

Allí se dirige Tioma, abatido, humillado, con la muerte en el alma, detestándose a sí mismo, sintiendo odio profundo hacia el director, hacia la vida misma. ¡Oh! ¡Si pudiese acabar de un golpe con esta vida miserable!

En el aula no están ya ni Vajnov ni Ivanov. Está solo, sin su amigo, frente a frente con su conciencia turbada, con el crimen de traición que acaba de cometer... Traidor, delator... ¡El, Tioma, hasta entonces tan leal, tan buen camarada, un amigo fiel, convertido en un traidor!...

Aquella tarde, al referir Tioma en su casa lo ocurrido en el colegio, no tuvo valor para decir que él había delatado a Vajnov.

Su padre, que le había escuchado, dijo:

—Has obrado bien no denunciando a Vajnov. Por su parte, el consejo de disciplina tenía plena razón para hacer lo que ha hecho. Hace tiempo que se debía expulsar a Vajnov. Contra Ivanov

tal vez había algo más..., y en cuanto a ti, el castigo no es grave; una semana pasa pronto...

El corazón de Tioma se oprimía de dolor. ¡Oh! ¡Si su padre supiese toda la verdad!

La madre se hallaba sentada en una butaca, y su presencia era lo que turbaba más a Tioma. No se atrevía a mirarla.

Pero ella lo miró fijamente y salió sin decir nada. ¿Había adivinado la verdad?

Tioma no ha comido nada y evita el encontrarse con alguien. Triste, abatido,, va de un lado para otro; permanece largo rato junto a las ventanas, contemplando el jardín y la campiña. Su cabeza parece vacía, sin ningún pensamiento preciso.

Al llegar la noche, el niño siente su corazón tan oprimido, que busca instintivamente la compañía de su madre. El niño se aproxima a ella y se diría que la madre le esperaba.

—Tioma—le dice con acento cariñoso, pero algo severo—. Cuéntame todo lo ocurrido en el colegio... sin ocultarme nada.

Tioma la mira con miedo y comprende que su madre lo ha adivinado todo.

—Sí; cuéntamelo todo..., no me ocultes nada.

El niño siente entonces un deseo irresistible de aliviar su corazón, de confesarle todo, de confiarse a su madre, que sabrá cómo comprenderle y perdonarle.

Y entonces se lo cuenta todo, sin omitir ningún detalle. Luego baja la cabeza como si esperase su veredicto.

—¡Pobre hijo mío!—dice la madre con voz llena de piedad y de ternura.

Tioma, con la cabeza reclinada sobre el sillón de su madre, se pone a llorar dulcemente.

La madre enjuga sus lágrimas con su pañuelo y le dice:

—Sí; has cometido una falta. Pero no es para desesperarse. En el porvenir, tendrás que luchar muchas veces con la debilidad del carácter... Que Dios te dé fuerzas para vencer.

—¡Ah! ¡Mamá! Cuando me acuerdo de Ivanov, quisiera morirme...

La madre le acaricia dulcemente la cabellera.

—¿Quisieras ver a Ivanov?

Tioma reflexiona un instante.

—No, mamá, no puedo. No me atreveré a mirarle. Y cuando pienso que no le veré más, que le he perdido para siempre... ¡Le quiero tanto!...

Al decir esto, comienza de nuevo a llorar.

—Bien. No quieres ir a verle. Pero más tarde, cuando seas mayor, cuando llegues a ser un hombre honrado, te encontrarás con él y podrás entonces mirarle con la cabeza alta, con la conciencia tranquila. Y ahora, cálmate, hijo mío. Esto pasará, todo pasa, todo se olvida...

La madre y el hijo guardan silencio, abismándose cada uno en sus reflexiones. Ella seguía acariciando amorosamente los cabellos del niño.

Había avanzado la noche, y Tioma, acostado hacía tiempo, se incorpora de pronto, y después de convencerse de que todos duermen y nadie

puede verle, baja del lecho y se arrodilla ante el icono del Salvador. Como en éxtasis, comienza a orar, pidiendo a Dios le perdone su gran pecado y le dé muchas fuerzas para ser intrépido y no tener miedo a nada.

Luego vuelve a acostarse, con el corazón aliviado del peso que lo oprimía. En la casa reinaba un silencio profundo.

Tioma permanece largo rato con los ojos abiertos, fijos en la mariposa encendida delante del icono. Mil pensamientos surcan, como nubes ligeras, su mente. De súbito piensa en Ivanov, en sus ojos dulces y bondadosos, que le miraban siempre con tanto cariño. Recuerda que ya no le verá más, y entonces invade su ser una tristeza tan profunda, que Tioma lanza un gemido doloroso y hunde sus dientes en la almohada...

## X

## En América

La vida del colegio se desliza para Tioma de una manera triste, ajena a toda alegría y a todo interés. Ya no le gusta el colegio, como en los primeros tiempos. Y en cuanto a la clase que había sido teatro del drama, la aborrecía.

Felizmente para él, ha hallado un apoyo moral inesperado en un compañero de colegio llamado Kasitsky.

Una mañana, en que Tioma se hallaba solo en su banco, entregado a sus tristes reflexiones, Kasitsky se acercó a él, sentóse a su lado, apoyó la cabeza en sus manos, y, mirando de hito en hito a Tioma, le preguntó:

—Dime: ¿cómo pudo ocurrirte aquéllo? ¿Por qué denunciaste a Vajnov? Por miedo, ¿no es verdad?...

—Que el diablo me lleve si sé cómo hice aquello—contesta Tioma sintiendo que la emoción ahoga su garganta—. El director se puso a gritar como un loco, a golpear el suelo con los pies, a amenazarme, y yo tenía tanto miedo, que estaba dispuesto a todo...

—Sí, fué un mal caso... Ahora espero que no tendrás miedo.

—¡Oh! Ahora...

Los ojos de Tioma brillaron.

—Ahora—sigue diciendo con exaltación—, que el director pruebe nada más otra vez a arrancarme una delación... ¡Abofetearé a ese miserable!

—¡Calla! ¡Calla! ¡Eres un hombre terrible!—le dice irónicamente Kasitsky—. Te aburres sin Ivanov, ¿no es verdad?

—¡Ah! Hubiera dado por él la mitad de mi vida.

—Sí; vivíais como dos *palomos*...

Todas las mañanas se sentaba Kasitsky cerca de Tioma y sostenía con él largas conversaciones.

Una de esas mañanas le hizo una proposición.

—Mira, voy a ser tu vecino de banco... Los que hay en el mío no valen nada, y me fastidian.

Tioma se alegró mucho y aceptó la proposición.

Otro colegial, llamado Danilov, hacía tentativas para estar más cerca de Tioma. El muchacho, sentado en su sitio, miraba atentamente, con aire pensativo, el pálido semblante de Tioma, como procurando adivinar el drama que se representaba en el alma de aquel "traidor". Quisiera expresarle su compasión, pero no se atrevía. Sólo por la mañana, al cruzarse con Tioma, le estrechaba fuertemente la mano.

Tioma se daba cuenta de la buena disposición de Danilov hacia él, y le observaba también a hurtadillas. Cuando Kasitsky recogió sus libros y cuadernos para sentarse al lado de Tioma, le preguntó Danilov:

—¿Adónde vas?

—Cambio de domicilio—dice alegremente Kasitsky—. Voy al lado de Kartachev.

—¡Es una buena idea!

Danilov reflexiona un poco. Luego se acerca a Tioma, y con voz algo embarazada, le pregunta:

—Si no hay inconveniente, voy a trasladarme también a tu banco.

—¡Me alegraré mucho!—contesta Tioma poniéndose encarnado.

—Pues ahora mismo.

—¡Hola! ¡Tú también!—dice Kasitsky al ver a Danilov que transporta sus libros—. ¡Entonces vamos a hacer una *troika* (1) magnífica!

---

(1) Coche tirado por tres caballos.—N. del T.

Danilov toma asiento en medio; Tioma, más cerca de la pared, y Kasitsky, junto al pasillo.

—¡Ahora todo irá maravillosamente!...—dice con entusiasmo Kasitsky.

Cierto día pregunta Danilov a Tioma:

—¿Te gusta el mar?

—¡Oh! Mucho...

—¿Y las pescas en canoa?

—Sí; pero nunca me he embarcado en canoa.

—¿Cómo? ¿No has disfrutado nunca ese placer, estando tan cerca el mar?

En cambio, él, Danilov, sabe remar perfectamente y dirigir una canoa. Estaba enamorado locamente del mar, a orillas del cual vivía. Pasaba horas enteras admirando el espacio infinito del mar, aspirando su olor salado mezclado a las emanaciones de las jarcias embreadas y al humo de los buques; escuchando el murmurio de las olas, ora dulce como un cuchicheo, ora amenazador como los mugidos de las fieras. Su padre era jefe del puerto, y frecuentaban su casa los jóvenes oficiales de marina. Sus relatos habían despertado en el corazón de Danilov un amor más apasionado todavía por el mar.

Incluso por la noche, en sus sueños, veía el mar. Y por la tarde, sentado a la ventana, admiraba las olas iluminadas por la dulce claridad de la Luna que proyectaba aquí y allí puntos plateados a través de las llanuras sin fin del mar. A veces, una canoa entraba de súbito en la zona iluminada por la Luna, y entonces los remos de-

jaban caer en el agua gotas que parecían misteriosas perlas.

Pero todavía amaba infinitamente más el mar cuando era agitado por la tempestad. En esos instantes sentía el deseo de luchar con las olas furiosas, embravecidas, altas como montañas; luchar solo, en una diminuta canoa, con aquel monstruo terrible que asaltaba el puerto lanzando contra él ejércitos de guerreros con blancos penachos.

Cuando la tempestad comenzaba a desencadenarse lo olvidaba todo, y permanecía en la playa como clavado, contemplando el mar agitado y terrible, que arrojaba a sus pies sus olas de espuma. He ahí una ola enorme, coronada de blanco, que corre a toda velocidad hacia él; pero antes de alcanzarle, se estrella contra la costa y cae, como un hombre fugitivo que tropieza de súbito con un obstáculo imprevisto.

Un día preguntó Danilov a Tioma:

—¿Quieres que mañana nos embarquemos en una canoa?

—¡Oh! ¡Sí!—exclamó Tioma lleno de alegría.

Kasitsky aceptó también con el mayor placer.

—Bueno. Pues mañana, después de salir del colegio, iremos a mi casa, merendaremos y después al mar...

—¿Y si sus padres no le dan permiso?—se preguntó Tioma.

Pero por este lado estaba arreglado todo aquella misma noche. Sus padres le concedieron el permiso que pedía.

El rato pasado en la canoa fué delicioso, quedando Tioma encantado. Desde aquel día, fué el placer favorito de los tres amigos.

En invierno, cuando el mar se cubría de hielo y era imposible embarcarse, paseaban a menudo a lo largo de la costa, contemplando la inmensa llanura helada que se extendía hasta el lejano horizonte, confundiéndose con las nubes planizas suspendidas sobre el mar. Temblorosos por el frío, con el rostro lívido y las manos amoratadas, pasaban largas horas en la playa. Por lo general, Danilov les refería historias marítimas. Tioma escuchaba embelesado; pero Kasitsky expresaba a veces su incredulidad por aquellas narraciones y comenzaba a discurrir con Danilov.

—Cierto día, un velero naufragó—decía, por ejemplo, Danilov.

—¿Había tempestad?—pregunta Kasitsky.

—Sí; soplaba un terrible viento noroeste...

—¡Entonces no es cierto!... —declaraba Kasitsky, con tono de suficiencia, como si poseyese grandes conocimientos náuticos—. Tenía que ser viento nordeste... Es el viento más peligroso.

—El noroeste es tan terrible. A veces más que el nordeste.

—¡Jamás!

—Pregunta a cualquier marino.

—No vale la pena..., lo sé muy bien...

Kasitsky era el más alegre de los tres amigos. Durante sus habituales paseos corría como un loco, hacía las mayores travesuras, comportándo-

se no como un colegial de tercera clase que era, sino como un niño pequeño.

—¡Es un *bebé!* ¡Es un *bebé!*—decía con indulgente ironía Danilov.

Este era mucho más circunspecto, acaso por su grande amor a las cosas del mar. ¡Ah! ¡Si pudiese dedicarse enteramente a él!... En lugar de eso, tenía que perder el tiempo en estudios que detestaba más cada día.

—¡Como si no pudiese uno abrirse camino en la vida sin pasar por el colegio!...—decía muchas veces.

Tioma estaba de perfecto acuerdo con él, y le oía con el mayor placer.

—Robinsón, por ejemplo—seguía diciendo Danilov—, no tenía su certificado de estudios. Pero esto no le impidió llegar a ser un hombre inteligente y notable... Y no sólo Robinsón. La mayoría de los marinos que se han hecho famosos no pasaron por los colegios. Eso no les ha impedido hacer una vida en extremo interesante. ¡Cuántas cosas han visto!... ¡Los desiertos de Africa!... ¡Los indios de América!... Los leones... Los tigres... Y, sin embargo, son hombres como nosotros. Tenían también sus padres, sus hermanos, sus hermanas. Pero reunieron todos los obstáculos y dispusieron su vida con arreglo a sus propios deseos, a su vocación.

En el curso de esas conversaciones, los tres amigos han llegado poco a poco a soñar con otra vida, una vida llena de aventuras y peligros.

Algún tiempo después, elaboraron un proyecto grandioso. En cuanto llegase la primavera, huirían de la casa paterna y se marcharían a América en el primer barco que hallasen.

La idea había nacido en el cerebro de Kasitsky. La comunicó a sus amigos, sin tomarla él mismo en serio. Pero Danilov lo ha dado por cosa hecha y propone su realización. Tioma se adhirió tanto más cuanto que aun faltaba mucho para la primavera. Kasitsky acabó por conformarse.

El alma del proyecto era Danilov. Pensaba noche y día en él y fué elaborando todos los detalles del plan.

Ante todo, para ir a América hacía falta algún dinero. Podían, sin duda, embarcarse como grumetes; pero esto sería más tarde. Entre tanto, necesitaban dinero. Se decidió, pues, que los tres amigos harían todo lo posible para ahorrar algún dinero. Todos recibirían algunos *copecks* para el desayuno con motivo de su cumpleaños, etc., etc...

Los tres muchachos se impusieron todos los sacrificios, renunciando a los pequeños placeres o satisfacciones que procura el dinero. Para que Tioma y Kasitsky no cayesen en la tentación y gastasen el dinero, Danilov se lo confiscaba en cuanto llegaban al colegio. Los amigos tenían un hambre atroz durante el tiempo que pasaban en las clases; pero se resignaban. Danilov resistía el hambre como un verdadero héroe; Kasitsky quitaba algo a los colegiales más felices que llevaban el almuerzo; pero Tioma sufría mucha

hambre, y a menudo pedía a los camaradas un pedazo de pan.

Tioma ha adelgazado, y esto no ha pasado inadvertido para su madre.

—¿Qué es lo que te ocurre?—le pregunta—. Estás flaco como un ésqueleto.

Tioma no contestaba, y seguía sufriendo diariamente hasta las tres de la tarde un hambre atroz.

Reflexionando sobre su plan, Danilov llegó a la conclusión de que no podían de ningún modo embarcar en el mismo puerto. En primer término, serían reconocidos, y, por consiguiente, no se les permitiría embarcar. Además, no tienen pasaportes. En vista de ello, Danilov tomó la resolución siguiente: después de enterarse con exactitud del día y la hora de la salida del buque, se embarcarían en una canoa y saldrían un poco antes del puerto para adelantarse. Una vez en alta mar se acercarían al buque, y entonces el capitán, que no tendría ya que temer a la policía del puerto, les dejaría embarcar, tanto más cuanto que le ofrecerían sus servicios como simples marineros o grumetes.

Lo más difícil era hallar una canoa. Se podía coger una del puerto; pero ¿cómo volvería después? Además, las del puerto están bien vigiladas y amarradas con cadenas.

Después de muchas deliberaciones y discusiones, decidieron los tres amigos construir un bote. Danilov obtuvo autorización de su padre, que, naturalmente, no sospechaba nada. Creyendo bue-

namente que su hijo quería tener un bote propio, de él solo, facilitó la madera necesaria, y los tres amigos comenzaron la tarea.

Se convino que la embarcación sería muy ligera y estrecha.

—Para que pueda navegar más—explicó Danilov—. Cuanto más estrecha es la embarcación, más fácilmente vence la resistencia de las olas.

—Naturalmente—declara Kasitsky—. ¡Pero que tengamos asiento para colocarnos!

Se trabajaba todo el invierno en la embarcación, y la tarea adelantaba mucho. Tioma y Kasitsky llegaron a asombrarse de aquel adelanto en la construcción. Pero pronto comprendieron la causa: manos invisibles ayudaban a los tres amigos. Era que, obedeciendo órdenes del padre de Danilov, algunos marinos ponían mano a la obra en ausencia de los colegiales.

Un hermoso día quedó terminado el bote. Pintado de blanco, con una lista azul en el centro, se mecía suavemente en el agua.

Los tres amigos estaban radiantes de alegría.

—¡Por fin!—gritaba Danilov, frotándose las manos—. ¡Ya hemos terminado!...

Kasitsky miró maliciosamente a Tioma y dijo con ironía:

—¡Nosotros!

—Naturalmente—arguyó Tioma—. Los marineros nos han ayudado; pero nosotros hemos trabajado también.

—Más con los ojos que con las manos... Sólo

Danilov ha trabajado de veras. Nosotros nos contentábamos con verle trabajar.

Su amigo Kornev fué a verlos al saber que habían construído una embarcación.

—¿Para qué necesitáis una canoa?—preguntó, como recelando algo.

Tioma y Kasitsky sentían un vivo deseo de revelarle su secreto. Pero Danilov les dirigió una mirada severa.

—Para pasearnos por el puerto—contestó.

Kornev manifestó una desconfianza visible, y dijo a Danilov:

—Tu padre tiene muchas canoas, y no valía la pena de hacer una nueva.

—Todas las de mi padre son muy pesadas. Y queríamos una ligera.

—¿Para qué?

—Una embarcación ligera corta mejor el agua.

—¿Y qué es eso?—insiste Kornev.

—Eso quiere decir que eres muy burro—le dice Kasitsky.

—¡Cállate, tonto!—replica Kornev, en tono de broma—. No es a ti a quien hablo...

Y dirigiéndose de nuevo a Danilov, agrega:

—Me ocultáis algo. Para pasear por el puerto no necesitáis una canoa especial.

—¡Es que queremos partir para América!—declara de pronto Kasitsky.

Kornev le mira para cerciorarse de si hablaba en serio o en broma. Pero no comprende nada y no sabe qué pensar.

—Sois unos borricos—dice disgustado, y echa a correr.

—¿Por qué le has hablado de América?—pregunta entonces Danilov a Kasitsky—. Puede creerlo.

—¿Y qué? Pero no tengas miedo. Precisamente por haberle hablado con tanta tranquilidad de América creerá que ha sido una broma.

A Danilov le parecía que tales bromas eran muy imprudentes, pudiendo comprometer la realización de su plan. Obligó, pues, a sus dos cómplices a que diesen su palabra de honor de no decir a nadie del mundo una sola palabra sobre su próximo viaje.

Las personas que se preparan para un viaje a América no necesitan, naturalmente, aprender Latin, Alemán, etc. Sería una pérdida de tiempo lamentable.

Así, Tioma no hacía caso de sus libros. Las circunstancias vinieron a favorecerle. Su madre dió a luz otro vástago, y no pudo durante algún tiempo cuidarse de las lecciones del niño. Los profesores estaban muy descontentos de él y le daban malas notas. Era considerado como un mal colegial, y tenía que pasar un año más en la misma clase.

Tioma ocultaba a sus padres las notas desfavorables. Y como quiera que sus padres debían firmar cada semana su cuaderno escolar, como prueba de que habían visto dichas notas, Tioma, con astucia, imitaba la firma de su madre.

Cuando ésta le preguntaba el motivo de no presentar sus notas, Tioma respondía con aire indiferente:

—Todavía no se nos han dado las notas.

Esto era anormal, y la madre desconfiaba.

—Dime la verdad, Tioma. ¿Es posible que tarden tanto tiempo en distribuiros las notas?

—Te lo aseguro, mamá...

—No; no te creo. Yo misma iré al colegio para enterarme.

Tioma encogió los hombros. Tenía otras preocupaciones más grandes: finalizaban los preparativos para su viaje a América.

Los tres amigos han dispuesto su viaje para el cuarto día de Pascuas. Habían señalado esta fecha para no llevar la perturbación a sus hogares en los días principales de la fiesta.

El buque que salía para el extranjero tenía señalada la hora de las seis de la tarde. Los amigos decidieron embarcarse en su canoa dos horas antes.

Tioma se hallaba muy emocionado, y mentalmente decía "adiós" a todos los suyos. Tal vez no vería nunca más a su mamá, ni a su padre ni a sus hermanos... En vano le buscarían; estará lejos, muy lejos, en camino para América...

Sale de su casa, le dirige una última mirada y se encamina rápidamente hacia el puerto.

Danilov se hallaba ya en él, junto a la canoa, que ostentaba esta inscripción altiva: *¡Adelante!*

Tioma dirige una mirada al interior de la embarcación y ve varios paquetes.

—¿Qué es esto?

—¡Víveres!... Pero, ¿adónde está Kasitsky?

En este momento aparece el muchacho.

—¡Ea! Podemos partir—dice entonces Danilov.

Tioma, conmovido, con el corazón palpitante, salta a la canoa y coge un remo.

"Tal vez sea para siempre—dice, y lanza un profundo suspiro."

Kasitsky coge otro remo. Danilov se halla en el timón. Un marinero sostiene la amarra de la embarcación.

—¡Soltad!—ordena Danilov.

El marinero soltó la amarra y se puso a empujar el bote.

—A los remos!—gritó Danilov a sus amigos.

Y los dos comenzaron a remar con todas sus fuerzas.

La canoa se deslizó sobre las aguas tranquilas del puerto. Al poco rato, al salir al mar libre, comenzó a ser juguete de las olas. Se había levantado un viento ligero.

—Este es nordeste—dijo lacónicamente Danilov.

Y con gesto de un verdadero capitán de navío, ordenó:

—¡Adelante!

Los remos caían sobre las aguas con movimientos metálicos, produciendo un ruido monótono. Cuando los remeros los retiraban del agua, brillaban en ellos gotas plateadas.

Después de haber navegado unas dos millas, levantaron los remos los dos amigos, por orden de Danilov, y comenzaron a enjugarse el sudor de sus frentes.

A los pocos minutos de descanso reanudaron su tarea los remeros. La canoa cortaba con su quilla, ligera y grácilmente, las olas que la atacaban.

El viento iba haciéndose más fuerte.

—Hacia la puesta del Sol tendremos tempestad—declaró Danilov, después de examinar el cielo.

El viento soplaba en aquel momento con tal violencia, que Kasitsky tuvo que sujetarse la gorra con la mano.

—¡Qué hermoso espectáculo!—exclama Danilov mirando en torno suyo—. Ved cómo las nubes atacan el Sol. Diríase que la noche lucha contra el día. Por una parte, todo está iluminado; por la otra, todo parece sombrío.

Absortos en sus pensamientos, Tioma y Kasitsky no dicen nada.

El primero mira atrás, hacia la ciudad, de blancas casas; divisa la costa, y su corazón se inunda de tristeza. ¿Qué harán en este momento mamá, papá, sus hermanas y hermanos? Acaso están tranquilamente en derredor de la mesa, tomando el te, sin sospechar siquiera que le han perdido para siempre...

Danilov se apercibe de la tristeza del muchacho y dice:

—Kartachev, al verte no se diría que estás contento por marcharte a América. ¿Querrás acaso que volvamos a la ciudad?

¡Ah! ¡Si fuese posible volver! Pero no; *la suerte está echada.* Además, en la ciudad le esperan el colegio, las malas notas, los exámenes. ¡No! ¡No hay ya elección! ¡Adelante!... Rumbo a América.

Y Tioma comenzó a remar con mayor energía.

—¡El buque!—grita alegremente Kasitsky.

Todos se vuelven para verlo.

En efecto, saliendo del puerto, y despidiendo densas y grandes nubes de humo, aparece un majestuoso trasatlántico.

—¡A su encuentro!—grita Danilov.

La canoa ha dado una media vuelta y toma la dirección del buque.

Este se iba acercando y parece cada vez más enorme. Muy pronto se pueden ver las siluetas de los pasajeros.

"Unos minutos no más y estaremos a bordo"—se dice Tioma.

—¡Ahora!—grita Danilov.

El buque estaba muy cerca. Y como estaba convenido ya, Kasitsky disparó al aire dos tiros de revólver para llamar la atención del buque; al mismo tiempo Danilov desplegaba una bandera blanca preparada de antemano.

El enorme monstruo trasatlántico pasa muy cerca de la canoa, envolviéndola en densas nubes de humo y ensordeciendo a los tres amigos con el ruido horrísono de sus máquinas.

La canoa, sacudida violentamente, comenzó a saltar sobre las olas.

—¡Hurra! ¡Han sido vistos! Los viajeros agitan sus sombreros y pañuelos...

Pero ¿qué significa esto? ¡El buque no se detiene!

—Dispara otra vez, Kasitsky. Y tú, Tioma, agita tu pañuelo—ordena Danilov con voz turbada.

Los amigos hicieron disparos, agitaron los pañuelos y la bandera, gritaron; pero todo fué en vano. El trasatlántico se alejaba siempre, aumentando a cada instante su velocidad.

¡Qué desencanto!

—Creyeron que les decíamos sencillamente "adiós"—dice Tioma con tristeza.

—Yo sabía de antemano que este proyecto era una tontería—arguye Kasitsky, tirando el revólver al fondo de la canoa—. Era estúpido creer que el trasatlántico se iba a detener para recogernos a nosotros.

Danilov no dice nada, y dirige la canoa hacia el puerto.

El retorno fué triste. La embarcación, impulsada por el viento, avanzaba rápidamente.

—Hay que elaborar otro proyecto—dice Danilov a sus amigos.

—¡Tonterías!—replica Kasitsky—. No quiero más Américas así. Te puedes marchar tú solo. Estas son niñerías.

—Pero ¿por qué?—pregunta con tono confuso Danilov.

—Porque esto no es serio. Somos demasiado grandes para juegos semejantes...

Tioma guardaba silencio, mirando el lejano horizonte tras el cual ha desaparecido ya el buque que tan cruelmente los ha defraudado.

—¡Hay que meditar!...—insiste Danilov.

—Sí; en la manera de salir bien en los exámenes—concluye Kasitsky con una ironía mordaz.

Luego Kasitsky estrechó la mano de sus amigos, y a paso rápido se dirigió a su casa.

—Ha perdido el valor—dice Danilov—. Y, sin embargo, la cosa es reparable...

Tioma se despide a su vez de Danilov y toma la dirección de su casa.

¡El proyecto de partir para América ha fracasado! Por una parte, Tioma estaría muy contento de volver a ver a su mamá, a su papá y a toda su familia, que no esperaba ver nunca más. Pero, por otra parte, pensaba tristemente en los exámenes, en las malas notas, en las inevitables explicaciones con sus padres, en todos los fastidios del colegio. Había creído que todo esto se había quedado atrás mientras él navegaba con rumbo a América, que ya no tendría que ir nunca al colegio, estudiar las lecciones, aprender Latín, y de súbito todo eso se derrumba. América hubiera podido salvarle, pero ya no le queda ninguna esperanza.

Tioma suspira...

Después de Pascuas, los tres cómplices se reunieron de nuevo en la clase, en el mismo banco.

Ya han olvidado algo la amargura del desencanto sufrido. Kasitsky no ha podido resistir la tentación de contarlo todo. Hizo un relato humorístico de su fracasada aventura. Tioma le ayudaba. En cuanto a Daniloy, nada decía, contentándose con sonreír.

Los colegiales escuchaban con mucho interés aquella historia, y reían a carcajadas por aquella malaventura de "los tres mosqueteros".

A partir de aquel día, se dió a Tioma, Kasitsky y Danilov el mote de "los americanos".

## XI

### Los exámenes.

Llegaron los exámenes.

A causa del malogrado viaje a América, Tioma estaba muy mal preparado para los exámenes. Comprendía muy bien que tendría que hacer un curso más en la misma clase, en la tercera.

Rezaba, se persignaba al pasar por delante de las iglesias, evitaba cuidadosamente el cruzarse con un pope (1) cuando iba por la calle. Nada de eso hacía que mejorase su situación. En los exámenes quedaba muy mal.

Pero no tenía el valor de confesarlo a sus padres.

---

(1) En el pueblo ruso existe la creencia de que el encuentro de un pope en la calle trae mala suerte.—(N. del T.)

—¿Has salido hoy bien del examen?—le preguntaba su madre.

—Sí, mamá.

—¿Qué calificación te han dado?

—No lo sé. No nos lo han dicho.

—¿Por qué crees entonces que has salido bien?

—Porque he contestado bien a todas las preguntas.

—Pero ¿estás seguro?

—Sí, mamá.

Por fin terminaron los exámenes.

—¿Qué tal?—pregunta a Tioma su madre.

—He terminado.

—Sé que has terminado; pero ¿cómo?

—Bien.

—¿En tal caso pasarás a la clase cuarta?

—Probablemente.

Las respuestas indecisas de Tioma despertaron las sospechas de la madre.

—¿Cuándo se podrá saber?...

—Se nos ha dicho que mañana.

Al siguiente día llevó Tioma la inesperada noticia de que ha sido suspenso en tres asignaturas. Pero que, insistiendo cerca del director, le permitiría el repaso durante las vacaciones.

—Si se lo ruegas así al director, consentirá—dijo Tioma a su madre—. Y yo tendré tres meses para preparame.

—¡Embustero! ¡Gandul! — exclama la madre, después de un penoso silencio.

Y la madre le rechaza de sí con un gesto de desdén.

Tioma esperaba una escena violenta, reprensiones airadas; pero el desprecio que le manifestó su madre era infinitamente peor.

Marchóse al comedor y se sentó abatido, desesperado. Era verdad. Mentía; se portaba de una manera abominable. ¿Mas justificaba eso aquel desprecio tan profundo? Jamás, en su vida, se le había ofendido tan gravemente. ¡Ah, la vida era una cosa terrible!...

Muy pronto entró el padre en el comedor. Acababa de enterarse de todo.

—¡Miserable! ¡Infame!—gritó con cólera y desprecio—. Te voy a meter a zapatero, puesto que no quieres estudiar.

Y al decir esto, salió del comedor, dando un golpe violento a la puerta.

Tioma le enseña la lengua, que su padre no pudo ver por haber salido ya. Luego se dice a sí mismo: "Haz lo que quieras. Me es igual..."

El tono del padre le hizo sentirse más desgraciado. Y lo peor era que él mismo tenía que considerarse un gandul, un embustero, un desaplicado, que merecía el desprecio. No había nada, nada en absoluto, que pudiera realzarlo ante sus mismos ojos. ¿Qué hacer? ¡Ah! ¡Si pudiese hallar un remedio!

Tioma se anima súbitamente. Ha hallado una solución. Va a morir. Sí; va a morir. Sólo le falta

esto: acabar de una vez para siempre con su triste vida.

¡Oh qué idea!

Una satisfacción vivísima invade el corazón de Tioma. Ya no se siente abatido. El problema está resuelto.

Piensa en el efecto que causará su muerte. Llegan a su cuarto; él ya está muerto. En lugar de Tioma encuentran un cadáver ya frío. Se arrojarán sobre él, gritarán, le llamarán; pero todo será inútil. Sí; él era un mal muchacho; pero con su muerte ha expiado todos sus crímenes. Mamá y papá llorarán amargamente sobre su cadáver. Y él no oirá ya, no entenderá, no sentirá más nada. Ni tendrá más deseos. Le enterrarán y se quedará solo en la tumba negra, bajo la tierra, entre otros muertos... solo, noches y días... Y la vida seguirá su curso. Sus hermanas y sus hermanos vivirán; Danilov, Kasitsky y todos sus demás amigos vivirán también..., se pasearán..., irán en canoa..., mientras él, Tioma, no existirá ya, y nunca, nunca, podrá volver a la tierra...

El niño se estremece. Por primera vez piensa seriamente en la muerte, y ésta se presenta ante él horrible, abominable. ¡No! ¡No!... ¡Eso no!... Y, sin embargo, es menester que muera. No hay otra solución. Después de todo lo pasado no puede seguir viviendo...

Extiende la mano para coger la caja de fósforos, sintiendo en el fondo de su corazón que no se suicidará. Esta seguridad le tranquiliza, y co-

mienza sus preparativos de suicidio de una manera resuelta.

Cogió un puñado de fósforos, y sosteniéndolos en la mano, debajo de la mesa, se puso a arrancar tranquilamente las cabezas. Tenía buen cuidado de que los fósforos, a fuerza del frotamiento, no se encendiesen, para no quemarse las manos.

Hecho eso, echó las cabezas en un tarrito, y viéndolas, se dijo con placer que, en todo caso, no será él quien se las trague.

Cogió una de las cabezas de fósforo y la tocó con la punta de la lengua. ¡Qué asco! Acaso será mejor tragarlas con agua. De una garrafa vertió en un vaso una poca, como una cuarta parte del vaso. Pero no; sería demasiado para un solo trago. Entonces se levanta, sale de puntillas al corredor, procurando no hacer ruido, y una vez allí, vacia un poco del contenido. Luego vuelve a entrar y se detiene en el centro de la estancia. Aunque está seguro de que no ingerirá los fósforos, se apodera de él una emoción extraña. Ya no está muy seguro de que no ingerirá los fósforos. Su voluntad comienza a decaer. En efecto, ¿por qué no tragárselos? Basta hacer un pequeño gesto, un movimiento insignificante.

Temblando de miedo, tiende automáticamente la mano hacia los fósforos y los echa en el vaso.

"¿Será verdad que voy a tragarlos?"—se pregunta, llevando el vaso, con mano temblorosa, a sus pálidos labios.

Su cerebro está en extremo agitado. ¡No! ¡No lo hará nunca! ¡Nunca! ¡Nunca! ¡No quiere morir! Quiere vivir, y vivirá...

De repente se abre la puerta y aparece Tania. Al instante observa la excitación de Tioma, lanza una ojeada al vaso, a los fósforos, y lo comprende todo.

—¡Artemy! ¿Qué hace usted?—exclama la doncella, aterrorizada.

Tioma no tiene ya más que un pensamiento: hay que vaciar el contenido del vaso antes de que Tania tenga tiempo de coger éste. Con un movimiento rápido bebe el contenido. Luego dirige a Tania una mirada de terror.

—¡Virgen santa!—exclama Tania.

Y se lanza fuera, gritando:

—¡Señor! ¡Señora! ¡Artemy acaba de envenenarse!...

El padre acude, mira a Tioma y ordena:

—¡Traigan leche!

Tania corre a la despensa en busca de la leche.

Cuando se la da a Tioma para que la beba, el muchacho hace con la cabeza un signo negativo.

—¡Bebe inmediatamente, miserable, o te romperé la cabeza!—grita el padre, al mismo tiempo que le coge por el cuello.

Le oprime con tanta fuerza, que Tioma, para poder respirar, tiene que inclinarse y alargar el cuello. Y en esta posición lamentable comienza a ingerir la leche.

En este momento se oye un grito de la madre, que acude muy sobresaltada.

—¿Qué ocurre?

—Nada—responde el general, con desprecio e ira al mismo tiempo—. Tu hijo, que hace sus *trucos*...

Al saber la madre lo ocurrido, cae como desplomada sobre la silla.

—¿Has querido envenenarte?...

Había en esta pregunta tanta angustia, tanta emoción y dolor, que Tioma siente que su corazón se oprime. ¿Cómo ha podido querer hacer tan desventurada a esa madre a quien ama tanto? No; él será para ella, siempre, toda la vida, un hijo bueno y afectuoso.

Tioma se lanza hacia su madre, coge sus manos, y, llorando, comienza a suplicarle:

—Perdóname, mamá... Ya verás... Seré un buen muchacho..., un buen hijo. No te haré sufrir más... Ya verás... Perdóname... Olvida...

—Sí; te perdono y lo olvido todo—dijo la madre, asustada por la excitación del niño

—Te lo suplico...—sigue diciendo Tioma, temblando como en un acceso febril—. Perdóname y no llores, mamá, mamá querida...

—Cálmate, Tioma. Bebe más leche—repetía ella, sin apercibirse de que las lágrimas corren aún de sus ojos.

—Bien, mamá. Mira cómo bebo la leche... Ya no hay miedo..., ya no hay peligro. He bebido tres vasos... Además, no ingerí los fósforos. Mira:

todas las cabezas han quedado en el fondo del vaso. Sé cuantas había en total, y quedan... una, dos, tres, cuatro...

Tioma seguía contando las cabezas con una voz convulsiva, aunque era imposible contarlas en realidad, pues se habían disuelto en el agua y sólo ofrecían una masa compacta.

—¡Catorce!—dijo al fin—. No había más. No he tragado ni una... Si quieres, beberé otro vaso de leche, pero tranquilízate.

—¡Hay que llamar en seguida al doctor.

—No hace falta, mamá. Te lo aseguro. Todo ha pasado ya...

—No; será mejor que venga el doctor.

El general escupe de indignación ante esa escena y se va a su despacho.

—Querida mamá—dice entonces Tioma—, déjale que se vaya... Si tú supieras lo que he sufrido... Si no me hubieses perdonado esta vez, no sé... Hubiera repetido esto... Sí; me habría suicidado... Pero ahora todo va bien. Siento como si hubiese nacido otra vez. Sé que he cometido hacia ti un crimen, pero sé también que voy a repararlo, y esto hace que me sienta alegre y confiado. Escucha, mamá: ve a visitar al director del colegio, y ruégale que me permita prepararme otra vez para los exámenes. Yo trabajaré, me prepararé bien, y verás cómo salgo aprobado, porque yo soy listo y puedo estudiar...

Tioma hablaba sin cesar, con voz febril, besando las manos de su madre, mientras ésta sollo-

zaba. Tania, sentada al lado del niño, lloraba también.

—No llores más, mamá; no llores, Tania—decía Tioma sin cesar.

Lo excepcional de las circunstancias ha cambiado por completo las normas de las relaciones entre la madre y el hijo. Este la trata ahora como a un camarada. Y Tania es ahora también como un miembro de la familia que comparte su dolor.

—Entonces, mamá, ¿irás a ver al director?

—Sí, hijo mío, iré.

—¡Ve ahora! Y yo me beberé otro vaso de leche. Con éste serán cinco vasos...

El pensamiento de Tioma pasaba, con incoherencia, de un objeto a otro. Sentía una necesidad irresistible de hablar, de hablar incesantemente. Su madre le escuchaba angustiada; el estado de excitación del niño le inspiraba inquietud.

—Tania, que avisen inmediatamente al doctor.

—Al instante, señora.

Cuando la doncella salió quedóse la madre al lado de Tioma, esperando con impaciencia al médico. Y eran inútiles todos sus esfuerzos para que el niño se callase.

—Tranquilízate, mamá—respondía él—. Todo va bien.

Y continuaba su charla.

Los niños llegaban del jardín y entraron en la estancia.

—¡No tenéis nada que hacer aquí!—gritóles Tioma.

Y al mismo tiempo las hizo salir y cerró la puerta.

A los pocos minutos llegó el doctor. Examinó y auscultó a Tioma; luego escribió una receta. El niño tenía quemaduras en el intestino.

—No es grave—dijo el galeno—. Se curará en seguida.

Cuando llevaron de la farmacia el medicamento prescrito, el doctor lo vertió en un vaso, y entregando éste a Tioma le dijo:

—Beba esto ahora. Y luego puede seguir hablando.

Después de beber la poción quiso volver a su charla; pero su excitación desaparecía paulatinamente, y de pronto se sintió cansado, abatido, diciendo a su madre:

—Tengo sueño.

Cuando le acostaron se durmió inmediatamente, gracias al medicamento.

Al día siguiente estaba Tioma fuera de peligro. Sentía cierta debilidad y atonía de estómago, pero estaba alegre, contento, e insistía para que su madre fuese a ver al director del colegio. Sólo cuando entraba su padre en la habitación quedaba el niño silencioso, y se observaba en sus ojos algo que obligaba al padre a marcharse, convencido de que Tioma le guardaba rencor.

Cuando se presentó el médico, la madre le dejó el niño a su cuidado, y fué a visitar al director del colegio.

—Para no perder tiempo voy a estudiar mientras regresa mi mamá—dice Tioma.

—Muy bien—dice el doctor.

Tioma cogió sus libros y se puso a estudiar.

El doctor pasó al despacho del señor Kartachev,

El general comenzó entonces a lamentarse. "La esposa—decía—aplica un mal sistema de educación a Tioma."

—Hará de él un ser débil, sentimental, nervioso.

—Sí, el niño es algo nervioso—dijo el doctor—. En general, vivimos en una época de nervosismo. Sin embargo, he de recomendar que no se le trate muy severamente. En otro caso, puede ocurrir algo malo...

—Pero yo quiero que sea un hombre fuerte, y esa blandura no hace sino estropear al muchacho.

—No olvide que actualmente el sistema nervioso es más sensible que en la época en que nosotros éramos niños. En todo caso, debo recomendar cierto tacto...

El señor Kartachev suspira, y dice entonces:

—Con ese sistema de educación será un hombre inútil.

El doctor se sonríe.

—Yo os aseguro que es un muchacho inteligente y que no tiene nada que temer.

El señor Kartachev se pone a pasear nerviosamente por el despacho.

Al poco rato regresa la madre de Tioma. Daba muestras de gran alegría.

—¿Consiente el director?—preguntóle Tioma,

saliendo a su encuentro con una *Gramática latina* en la mano.

—Sí, hijo mío.

Tioma salta de alegría.

—Mira, mamá. ¡He aprendido ya de memoria todos los verbos irregulares!...

Pasaban los días. Tioma, enfrascado en el estudio, apenas se daba cuenta de ello. No dejaba los libros de la mano. A ratos, cerraba los ojos y repetía en alta voz lo que había aprendido. Tenía que examinarse otra vez de Latín, de Geografía y Lengua rusa.

En ocasiones, preguntaba a su hermana mayor:

—Zina, ¿quieres examinarme?

La niña cogía entonces el libro de manos de Tioma, y se ponía a preguntarle de la manera más concienzuda. Tioma contestaba muy bien a todas las preguntas.

—Es un crimen no estudiar cuando se tiene capacidad como la tienes tú—decía Ziña.

—Ya verás... El año que viene seré el primer alumno de la clase.

—Lo dudo.

—¿Apuestas algo?...

—No.

—Porque temes perder.

—No es por esto. Sé que podrías ser el primero de la clase; pero no lo serás.

—Sí lo seré..., sobre todo si Mania me quiere.

Mania era una amiga de Zina, a la cual Tioma cortejaba ya.

Zina se echó a reír.

—Di, ¿me querrá Mania?

—No lo sé. Si lo mereces...

—¡Pues yo sé que me quiere!

—¡No es verdad!

—¡Sí es verdad! Y sé lo que te dijo anteayer en el jardín.

—¿Qué es lo que me dijo?

—No lo diré.

—Pues lo diré yo. Mania me dijo que le haces poca gracia y que está harta de ti.

Tioma fija en su hermana una mirada escrutadora para cerciorarse de si dice la verdad. Luego exclama alegremente:

—¡No es verdad! ¡No es verdad! ¡Si no me quisiera, no me hubiese dicho que quiere a *Yuchka* porque es mi perro!...

—Tú das crédito a las palabras más insignificantes. Te lo ha dicho adrede...

—No, no. ¡Yo sé que me quiere!—grita triunfalmente Tioma—. Cuando la veas, dile que soy su enamorado y quiero casarme con ella.

—No querrá nunca.

—¿Por qué?

—Ella puede encontrar un marido más conveniente que tú. ¿O es que tú crees que eres irresistible?...

Por toda respuesta, Tioma cogió por el talle a Zina y se puso a bailar con ella.

—¡Déjame!—dice Zina protestando—. O le diré a Mania que eres un mal chico...

El día de los exámenes, Tania despertó a Tioma a la salida del sol.

El muchacho se vistió a toda prisa, corrió al jardín y allí pasó revista a sus conocimientos. Se hallaba tan emocionado, que perdió el apetito y no pudo almorzar. Tomó un vaso de te y montó en el coche, conducido por el indispensable Eremey. Poco después llegaba al colegio.

El director asistía a los exámenes de todas las asignaturas.

Tioma contesta sin titubear a todas las preguntas. Los profesores adivinan por su enflaquecido rostro que ha trabajado mucho para ponerse al corriente y presentarse a los exámenes. El director escucha en silencio sus respuestas; mira los claros ojos de Tioma, iluminados por una intensa llama interior, y siente de pronto una inclinación afectuosa hacia el muchacho.

Después de terminar los exámenes, el director le dijo cariñosamente:

—Tiene usted excelentes aptitudes y podría ser el orgullo del colegio. ¿Me promete trabajar?

—Sí, señor. Yo quiero trabajar, estudiar—dice Tioma emocionado y ruboroso.

—Pues bien: diga a su madre que ha hecho un excelente examen.

Tioma, feliz, sale corriendo del colegio.

—¡Eremey, felicítame!—grita al cochero—. ¡He salido divinamente de mis exámenes!

—¡Alabado sea Dios!—dice Eremey suspirando—. Luego añade de una manera inesperada:

"¡Mal rayo parta a los exámenes! Se atormenta a los pobres chicos, y ¿para qué? Es menester, mi querido señorito, que sea usted lo antes posible oficial; luego general, como su señor padre."

Probablemente, era la primera vez en su vida que Eremey pronunciaba un discurso tan largo.

—¡A casa! ¡Pronto!—grita Tioma, subiendo al carruaje radiante de alegría.

Su madre le esperaba en el vestíbulo.

—¿Cómo has estado?—le pregunta, impaciente.

—El director me ha encargado que te diga que he hecho unos excelentes exámenes.

—¡Gracias a Dios!—dijo la madre santiguándose. Y agregó:

—Santíguate tú también, Tioma.

Pero el niño no lo hizo. Pensaba que Dios no había intervenido en su triunfo; que si había hecho unos exámenes brillantes era gracias a su propio esfuerzo.

—¡Tioma! ¡No hay que bromear con esas cosas!—díjole severamente su madre—. ¡Santíguate ahora mismo!

El niño obedeció, quitóse la gorra y se santiguó.

—¡Eres muy malo!—dijo entonces la madre sonriendo—. Sin Dios no podrás nunca hacer nada, ni lo más mínimo. El es quien te ha dotado de capacidad.

Hablaba su madre dulcemente, y Tioma sintió, al oír estas palabras, que su corazón se dilataba como se abre una flor bajo los rayos del Sol.

Su madre le atrajo hacia sí y besó muchas ve-

ces a su hijo. Una efusión de ternura desbordóse del corazón de Tioma, quien comenzó a besar calurosamente la mano de su madre.

—Ahora es menester que vayas a dar a papá la buena nueva—dijo la madre.

Tioma corrió al despacho de su padre y gritó lleno de júbilo:

—¡Papá! ¡He salido muy bien de los exámenes!

—Eres un buen muchacho—dijo el padre, besándole en la frente.

Tioma besó a su vez la mano de su padre, y muy contentó pasó al comedor.

La mesa estaba servida con cierta solemnidad. El "samovar" brillaba y despedía nubecillas de vapor. Delante del sitio en que se sentaba Tioma había un hermoso ramo de flores en un lindo vaso, y también los pastelillos que a él le gustaban tanto.

La madre le sirve un vaso de te un poco cargado, como a él le gustaba, y leche caliente. Tioma tomaba el te con los pastelillos, satisfecho, radiante, sintiéndose el héroe del día.

—¿Has salido bien de los exámenes?—le pregunta Zina, que entra en el comedor en este momento.

Tioma no se digna contestarle, y sigue comiendo.

—Sí, muy bien—dice la madre a Zina.

Ahora refiere Tioma todos los detalles de los exámenes, así como las alentadoras palabras del director. Su madre se siente feliz y orgullosa, es-

cuchándole. No quita los ojos de su hijo predilecto. Se diría que ahora no vive sino por él y para él.

—El director tiene un buen corazón—dice—, un noble corazón, a pesar de su aparente severidad.

Tioma no puede hablar. ¡Se siente tan dichoso! Como si fuese otro Tioma regenerado. ¡Oh! Ahora va a comenzar una nueva vida. ¡Adelante, y valor!

## XII

### El padre.

La excelente salud de Nicolás Semenovich Kartachev comenzaba a decaer. Aparentemente, nada ha cambiado en él: la misma esbeltez, la misma figura airosa, con mostachos y estrechas y pequeñas patillas; la misma raya en el peinado, echado hacia las sienes. Sin embargo, tras esa apariencia de hombre bien conservado, se nota un cambio en él. Se ha hecho más jovial, más afectuoso, y busca a menudo la ocasión de estar al lado de los suyos.

El más impresionado por ese cambio operado en el carácter de su padre era Tioma, pues aquél fué siempre más severo y más rudo hacia él que hacia los demás.

No obstante esa buena voluntad por ambas partes, la aproximación del padre y del hijo se verificaba muy lentamente.

—¿Y qué te parece el mar?...—preguntó una noche Tioma a su padre, cuando toda la familia tomaba el te, en compañía del profesor de música, un joven muy delgado, muy modesto y tímido.

—¡El mar!—interrumpió la madre con disgusto—. Se pasan todo el tiempo remando, hasta rendirse... Ayer estuvieron remando ocho horas seguidas, ¡figúrate! Y se embarcan en todo tiempo, aun cuando haya tormenta... Un día acabarán por ahogarse.

—En cuanto a eso, yo soy fatalista—arguye el padre, arrojando bocanadas de humo—. No se muere uno dos veces. Y, por otra parte, hay que morir. Y vale más morir haciendo algo, que esperar la muerte sin hacer nada.

Tioma lanzó una mirada a su padre.

—Escucha—dijo entonces la madre—. En primer lugar, trabaja, estudia como tu papá, cásate, y después hablaremos.

—¡Yo no me casaré nunca!—exclama Tioma—. El marino no tiene derecho a casarse; su esposa es... ¡el mar!

Al decir esto, adoptó una actitud de orgullo.

—¿Entonces, Danilov no se casará tampoco?—le pregunta Zina.

—¡Claro que no! Los dos iremos siempre juntos a bordo de un navío.

Hubo un corto silencio.

—En cuanto al fatalismo—dice el padre de Tioma, dirigiéndose al profesor de música—le

diré a usted que en nuestro servicio militar, como, por otra parte, en cualquier otro servicio, un hombre que no es fatalista no puede hacer nunca su carrera... En Germanstadt, nuestro regimiento estaba en el flanco izquierdo...—al decir esto dirige una mirada a su hijo—. En esa época era yo capitán de escuadrón, y mi tío, coronel. Yo tenía la reputación de un oficial rebelde. Y no lo era en modo alguno. Pero las órdenes estúpidas, absurdas, me desesperaban enormemente. Bien... A poco estaba montado en mi *Diablo*...

—El caballo de papá—explica Tioma.

—Me dirijo entonces a los oficiales... Desde la colina se veía muy bien todo el valle, ocupado por la vanguardia de los húngaros, con dos cañones y unos dos mil hombres formando el cuadro; detrás de ellos se hallaba el resto del destacamento, catorce mil hombres. Sobre la colina del otro lado estaban nuestras tropas. "Si se pudiera—me dije yo—, atacando la posición de ese cuadro, aprovechar la ventaja y seguir adelante, sería fácil acercarse sin disparar un tiro." "Para esto hay que sacrificar un regimiento por lo menos, y sólo para acercarse al cuadro"—dijo el capitán. Yo comencé a discutir con él, asegurándole que me basta con mi escuadrón para deshacer la posición enemiga. Y en efecto, ¿qué era aquel miserable ejército, con todos sus cañones, fusiles, etc.? Un ejército compuesto de zapateros, de organilleros, en fin, de toda clase de gentuza. En cambio, nuestros soldados son bravos gue-

rreros... Le digo esto a mi tío, y él me responde: "Estás loco. Dices tonterías... Se ve, jovencito, que no sabes todavía lo que es la pólvora... Ve, ve a la posición enemiga... eso te enseñará." No dijo más. En aquel instante veo al ayuda de campo del comandante en jefe que corre con la orden de enviar el escuadrón contra la posición enemiga. Sin pensarlo apenas, digo entonces al oído de mi tío: "Escucha, tío: O me das satisfacción por tus palabras ofensivas para mi honor, o buscaré otro medio de satisfacción..." Pronuncié estas palabras sin pestañear. Mi tío estaba casado... era padre. En los campamentos o vivaques les escribía cartas tranquilizadoras. ¡Y de repente le proponía yo un desafío! El me lanzó una terrible mirada, como preguntándose qué quiere de él ese diablo de sobrino. Escupió de ira, y dirigiéndose a los oficiales, dijo: "Señores: ¿creen que tiene el derecho de ir al ataque?" Luego, me dijo a mí: "Ahora tendremos el gusto de ver cómo te las arreglas. Ataca la posición... Pero, a propósito, ¿quieres decirme quién puede interesarse por el loco que eres, desde el momento en que no te queda nadie en el mundo, excepto yo?"

Al llegar a este punto, el padre de Tioma se sonrió y encendió otro cigarro.

En cuanto a Tioma, guardaba silencio, impresionado por lo que acaba de oír.

Luego, el padre, mirando a hurtadillas a Tioma, prosiguió:

—Y era verdad que en aquella época no tenía yo a nadie, era huérfano... Pues bien: al instante me dirijo hacia mi escuadrón, gritando:

—"¡Hurra! ¡Hijos míos! Vamos al ataque... Si lo ganamos, el zar nos recompensará. Y yo os daré todo el *vodka* que queráis. ¡Adelante! ¡Aunque sea a la boca del infierno!..." Al dar yo la voz de mando nos lanzamos al ataque. Al otro lado del barranco, en medio del valle, había una pequeña colina detrás de la cual quería yo situar el escuadrón, y luego, desplegadas las filas, lanzarme sobre el cuadro enemigo. De pronto veo un arroyuelo que no había observado antes. Había que bajar del lado derecho. El arroyuelo no tenía más que seis metros de ancho, pero sus orillas eran muy fangosas. Voy solo. No hay medio de marchar. Mis pies se hunden hasta la rodilla, y sólo gracias a mi caballo conseguí volver sobre mis pasos... No se puede hacer nada. Voy al pequeño puente para ver la manera de pasar el arroyo por un sitio menos descubierto; pero está en tal estado, que un hombre a caballo difícilmente puede pasar. El enemigo me ha visto y ha comenzado a hacer fuego. No se siente tanto la angustia de la muerte cuando se marcha a caballo, aun cuando éste o el jinete caigan... Pero el espectáculo de ver caer al soldado herido, de oírle gemir, produce mal efecto sobre las tropas. Comprendo que esto los desalienta... Yo mismo me siento intranquilo, pues comprendo que tengo alguna culpa... Algunos soldados caen heridos

por las balas enemigas... Siguen cayendo... He perdido ya un puñado de hombres. Esto pesa en mi conciencia. Entonces me vuelvo hacia mis soldados. Parecen muy disciplinados, peno no dejan de comprender lo que ocurre. Entonces les digo: "Compañeros: ha sido a causa mía, y os pido me perdonéis... Os juro que si vivo haré todo lo posible para expiar mi falta; pero, entre tanto, no me traicionéis."

Al llegar aquí, el narrador vuelve a fumar.

—Los soldados se animan. "No temáis—gritan—. Os queremos como a un padre..." No hay que olvidar, amigos míos, que ocurría eso en la época del zar Nicolás I, con su disciplina de hierro. Se comprende fácilmente hasta qué punto apreciaban el buen trato aquellos hombres buenos y bravos. Sus palabras, inolvidables, me conmovieron profundamente. Y aquel fué el momento trágico. Yo mismo estaba tal vez cerca de la muerte. Consideraba a los soldados como hijos míos, y no sólo los compadecía de todo corazón, sino que en aquel momento hubiera dado mi vida por cada uno de ellos. Y los soldados tenían idénticos sentimientos... Bajo el fuego enemigo ocuparon sus puestos. El espectáculo era realmente soberbio. Era el 25 de julio. El tiempo estaba espléndido, y el Sol brillaba sobre el cielo sin nubes. Todas nuestras tropas se hallaban a la vista... Los ulanos, arrogantes, con sus rojos uniformes sobre las cabelleras negras. ¡Qué bravura! Comenzó el avance como si se marchase al

paraíso, a pesar de la muerte, del infierno que les esperaba a todos..., a pesar de los millares de fusiles colocados ante nosotros...

El padre de Tioma guarda silencio un instante, como para recordar mejor a aquellos momentos trágicos.

—Pues bien: vamos al ataque. Cojo las bridas de mi caballo, y el animal comienza la marcha. Yo le llamaba *Diablo*. No podía tocársele entre las orejas. Para el caballo era eso una cosa insoportable. Se lanzaba entonces a la carrera, sin ver ante sí ningún obstáculo, ni talud, ni muro, ni el mismo fuego. A menudo se me había dicho que con aquel caballo me estrellaría cualquier día. Pero yo lo quería mucho y no tenía valor para separarme de él... Los corceles comienzan a acelerar el avance. Todo el escuadrón, como un solo hombre, marcha con las picas adelante... La tierra tiembla... La carrera es ya vertiginosa... El enemigo nos espera. No tira... Está preparándose... para disparar a boca de jarro. Ese silencio nos enerva; quisiéramos oír las descargas de fusilería... Nada... Esto es insoportable... Pero en un abrir y cerrar de ojos todo ha cambiado. Del escuadrón no se ve más que nubes de polvo... Una terrible mezcolanza de caballos, de cuerpos... "¡Adelante!" Nadie se mueve. ¡Qué vergüenza! ¿Qué es lo que veo? Mis soldados retroceden. "¡Hijos míos! ¿Qué hacéis?"—les grito. Ellos no me oyen siquiera. ¡Dios! Me siento lleno de cólera... "¡Miserables!"...—grito. Y para

salvar la situación excito a mi caballo entre las orejas. Como siempre, eso le pone furioso. Se encabrita y acaba por lanzarse adelante en una carrera vertiginosa. Hubo un momento de silencio. No recuerdo sino vagamente lo que pasó... Aquello es una verdadera tempestad. Mi escuadrón me sigue, hasta el último jinete, rompe las líneas enemigas y carga con furia. El enemigo, sobrecogido, deshecho, busca el modo de salvarse, de huir. La batalla es encarnizada. Mis soldados hieren, matan. El ruido es infernal. No sólo mis hombres, sino los caballos, están llenos de furia. Los corceles, con las orejas tendidas, enseñando las mandíbulas, aplastaban a los enemigos."

El narrador guardó de nuevo silencio, y comenzó a echar bocanadas de humo de su cigarro.

El silencio dura mucho y Zina lo interrumpe.

—Y tú, papá, ¿mataste muchos húngaros?

—No; yo no maté a ninguno—contestó su padre, sonriendo—. Mi sable ni siquiera estaba afilado. Además, era un sable muy malo, que no servía para nada.

—Papá, ¿y cómo conseguiste dominar a tu caballo?—volvió a preguntar Zina, a quien gustaban las cosas precisas.

—Fué otro quien le hizo detenerse... Con una bala. Esa bala iba destinada a mí; pero fué a mi pobre caballo, al que mató. El caballo había caído con todo su peso sobre una de mis piernas. Mientras yo hacía esfuerzos para librarme, vi de repente a alguien que apuntaba sobre mí. Fué

un momento terrible. Yo me despedía ya de la vida. De repente veo a uno de mis suboficiales que se acerca apresuradamente. Era un borrachín, pero un bravo soldado, de una poderosa musculatura; dió un golpe con todas sus fuerzas al húngaro, asestándole un formidable sablazo en el cráneo. El húngaro no lanzó un ¡ay! siquiera, y cayó muerto de una manera fulminante. Cuando le miré de cerca vi que era un muchacho, de unos quince años. Con las manos extendidas, miraba al cielo con sus ojos muertos... ¡Ah! ¡Dios mío! ¡Qué cosas he visto!... Por la noche tuve una pesadilla; no veía más que muertos, heridos, toda suerte de horrores... Por la mañana me despertó mi asistente. Mis soldados me creían muerto y se alegraron mucho al verme.

—¿Y cómo recompensaste al suboficial que te había salvado la vida?—preguntó Zina.

—Quiso que le diesen *vodka*, ¡el borrachín! Pero yo no le di una gota. En lugar de eso le regalé mil rublos, y fué a su mujer a quien los entregué, no a él.

Al llegar a este punto, el general se levantó y se dirigió o su despacho.

Algún tiempo después de ese relato, Nicolás Semenovich Kartachev se sintió tan mal, que tuvo que guardar cama. Ya no debía levantarse más. Las campañas, las heridas, el reuma, han producido sus efectos en aquella fuerte constitución física. Ya no es el mismo Nicolás Semenovich. Sin

su uniforme, en camisa de dormir, con la cabeza caída sobre la almohada a causa de la debilidad, cubierto por la ropa de la cama, a través de la cual se advierte un cuerpo flaco y doliente, el pobre Nicolás Semenovich parece agotado, impotente, aniquilado.

Ese aniquilamiento conmovía y provocaba lágrimas involuntarias. Muchas veces, Tioma, oprimido el corazón al ver a su padre en aquel estado, se apresuraba a salir, llevando consigo a su hermanito Sergio, que sólo tenía nueve años.

—¿Qué tienes, chiquito?—le preguntaba Tioma viéndole llorar después de salir de la habitación del enfermo.

Volviendo hacia su hermano su pequeño y pálido rostro, Sergio dice con voz temblorosa:

—¡Pobre papaíto! ¡Pobrecito papá!...

Esas palabras hacían sufrir a los corazones infantiles. Sus rostros se cubrían de pequeñas arrugas, las lágrimas se agolpaban a sus ojos y sus corazones se llenaban de tristeza.

—¡Calla, calla! No llores más—decía Tioma, queriendo detener sus lágrimas y las de su hermanito menor.

Pero no podían contenerse, y procuraban ocultarse lo más pronto posible en su rincón, desde donde no se oirían sus sollozos.

Un día, al regresar del colegio, Tioma adivina al instante que se acerca la desgracia irreparable. Come a toda prisa y entra de puntillas en

la habitación del enfermo, abriendo con cuidado la puerta.

Su padre no hacía el menor movimiento. Miraba ante sí con semblante pensativo y misterioso. Al verle así, Tioma sintió el impulso de abrazar muy fuerte a su pobre padre, de decirle cuánto le ama; pero el hábito es más fuerte que él. No podía vencer el sentimiento habitual de embarazo y timidez que experimentaba siempre delante de su padre. Y se sentó sin hacer ruido en una silla, cerca de la cama.

El padre fijó su mirada en el rostro del niño sin decir nada, pero con una expresión de ternura. Veía y comprendía muy bien lo que pasaba en aquella alma infantil.

—¿Y qué me dices, Tioma?—preguntó al fin, con voz llena de dulzura y cariño.

Tioma levantó la cabeza. Sus ojos expresaban su ardiente deseo de decir a su padre cosas filiales, amorosas; pero le faltaban las palabras necesarias.

"Es triste que yo tenga que aparecer tan frío, tan poco expresivo", piensa Tioma con sincero dolor.

El padre adivina su estado, y, dando un suspiro, dice con tono extraño:

—Consérvate bien, hijo mío.

—Los dos, mi querido papá.

—No, hijo mío... Ya es tiempo de que yo parta... a un viaje remoto...—añadió, al cabo de un instante de silencio.

Hubo una pausa, unos momentos de inquietud y de angustia. Los dos piensan a su manera. El padre, en su pasado. El hijo se siente atormentado por un sentimiento mezclado de amor a su padre y de pesar por la falta de palabras para expresarlo.

El padre rememora toda su larga vida.

—Yo vivía—dice al fin—como podía hacerlo... Todo pasó ya... Pero tú también vivirás... sabrás muchas cosas... y acabarás del mismo modo: al caer en el lecho esperarás la muerte... Y como la vida se hace más complicada, ésta será aún más difícil... Lo que ayer todavía era bueno, nada vale hoy... Nosotros éramos educados, por decirlo así, en el uniforme militar, y toda nuestra vida se concentraba alrededor de él. Considerábamos el uniforme como nuestro orgullo, como nuestra gloria, como una cosa sagrada... Amábamos la patria, el zar... Pero los tiempos han cambiado... Recuerdo que, siendo pequeño, nada más que el ver a un general me hacía temblar. Era para mí como un Dios. En cambio, yo paso ahora por la calle y ni siquiera se fijan en mí. Un petimetre cualquiera pasa al lado tuyo, con la cabeza alta, mirándote a través de sus lentes como si hubiese conquistado el Universo... Y es triste en todo caso morir en un medio extraño... Por otra parte, es la suerte de todos... A ti te acontecerá lo mismo, y entonces verás cuán triste es que no nos comprendan y no se vea más que el lado débil de los seres.

Al llegar a este punto, el padre se incorporó y miró fijamente a su hijo, con una expresión severa.

—Y ahora escucha—le dijo—. Si alguna vez traicionas al zar, yo te maldeciré desde el otro mundo...

Silencioso, con los ojos desmesuradamente abiertos, inmóvil, Tioma seguía apoyado en el borde de la cama.

Muy pronto manifestó el padre el deseo de quedarse solo.

Por la tarde pareció animarse un poco el enfermo. Bendijo a los niños y estrechó dulcemente la mano de Tioma, cuando éste, como de costumbre, cogió la de su padre para besarla. Entonces su progenitor le dijo con calma:

—Tú eres ahora el joven dueño de la casa.

Conmovido por estas inesperadas palabras, Tioma comenzó a sollozar, abrazando a su padre y cubriendo de besos su rostro.

En la estancia reina ahora el silencio; sólo de vez en cuando se oye el llanto, lleno de tristeza y desolación, de la familia huérfana; tampoco puede contenerse ya el padre. Una oleada de vida, vibrante y cálida, animó su ser, llegando a su corazón... Su rostro, hasta entonces inmóvil y tranquilo, se estremeció, y cálidas lágrimas comenzaron a caer sobre la almohada. Cuando todos se han tranquilizado y le contemplan en silencio, su semblante metamorfoseado tenía cierta expresión, como si el aura de una vida nueva e incógnita le envolviese. Su mirada tranquila y un poco severa hablaba de aquel abismo inmenso que le separaba, a él, moribundo, de los que debían

vivir aún: el abismo entre el infinito, la eternidad clara y lo que quedaba en la tierra lleno de movimiento, de transformaciones y de pasión.

—Yo os bendigo... Sed dichosos...—murmuró, haciendo la señal de la cruz sobre todos los suyos.

A media noche todos estaban en pie.

Comenzó la agonía...

Los niños, silenciosos, con los ojos muy abiertos, no se acostaban. Esperaban, angustiados, algo horrible e inevitable.

El padre murió cuando comenzaba a salir el Sol.

Su cuerpo descansa sobre una mesa de la sala. Los blancos tejidos y los candelabros encendidos marcan ese límite que existe entre la vida y la muerte. El padre, severo, pero tan bueno y honrado al mismo tiempo; el padre, con quien toda la vida estaba tan estrechamente ligada; cuya presencia se sentía siempre y en todas partes; que penetraba en todas las fibras de la existencia, no podía ser aquella cosa muda, inmóvil, inerte. Era inverosímil creer que había partido para siempre. Ha salido un momento, pero volverá pronto; se sentará y comenzará a fumar en su pipa, con aire alegre y satisfecho. Y contará todas sus campañas, no olvidando a sus camaradas...

Los candelabros están encendidos; la carroza fúnebre brilla bajo los cálidos rayos del Sol. El dilatado y solemne cortejo sigue al catafalco. Se

siente la brisa primaveral, llena de aromas, a pesar del polvo y del calor. Se querría ir al campo, arrojarse sobre la hierba fresca y tierna, y pensar en todas las alegrías de la vida, mientras el túmulo y el cortejo funerario anuncian la muerte. Ellos recuerdan insistentemente que, muy pronto, desaparecerá para siempre el ser querido.

Las lágrimas llenan los ojos del joven Kartuchev. Compadece a su pobre padre, a los vivos y la vida toda. Piensa en las caricias del amor puro. Ama a su madre... a todo el mundo... con todo lo que en él hay de bueno y de malo. Quisiera pasar por la tierra haciendo el bien a todo el mundo, y luego desaparecer en el cielo azul.

FIN

# INDICE


| | Págs. |
|---|---|
| I.—Un mal día. ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... | 7 |
| II.—El castigo.... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... | 34 |
| III.—El perdón. ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... | 38 |
| IV.—El pozo antiguo. ... ... ... ... ... ... ... ... ..... | 49 |
| V.—La banda infantil. ... ... ... ... ... ... ... ..... | 59 |
| VI.—En el colegio. ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... | 77 |
| VII.—Pasan los días. ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... | 99 |
| VIII.—Ivanov. ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... | 127 |
| IX.—Un drama. ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... | 133 |
| X.—En América. ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... | 143 |
| XI.—Los exámenes. ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... | 161 |
| XII.—El padre. ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... | 177 |

89101094662

b89101094662a

Garín X54Y
.G18
La primavera de P